



HAL
open science

Estudiar el racismo, textos y herramientas Antología de textos teóricos traducidos al español referidos al estudio del racismo

Odile Hoffmann, Oscar Quintero

► **To cite this version:**

Odile Hoffmann, Oscar Quintero. Estudiar el racismo, textos y herramientas Antología de textos teóricos traducidos al español referidos al estudio del racismo. 2010. halshs-00691352

HAL Id: halshs-00691352

<https://shs.hal.science/halshs-00691352>

Preprint submitted on 26 Apr 2012

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Cuaderno de Trabajo No. 8
Document de Travail No. 8

Estudiar el racismo : textos y herramientas

Coordinación : Odile Hoffmann y Oscar Quintero
Textos seleccionados y presentados por Oscar Quintero

México, Abril 2010

AFRODESC
<http://www.ird.fr/afrodesc/>

HOFFMANN, Odile y Oscar QUINTERO (coord.), 2010, *Estudiar el racismo. Textos y herramientas*. Documento de Trabajo No. 8 / Document de Travail No. 8, México: Proyecto AFRODESC / EURESCL

El Programa Internacional de Investigación AFRODESC, “Afrodescendientes y esclavitud: dominación, identificación y herencias en las Américas” está financiado principalmente por la Agencia nacional de investigación (ANR) francesa y comprende una docena de instituciones mexicanas, francesas, colombianas y de otros países. Para más información, se puede consultar el sitio web <http://www.ird.fr/afrodesc/>. Las actividades de AFRODESC se llevan a cabo en colaboración estrecha con el Programa europeo de investigación EURESCL « Slave Trade, Slavery, Abolitions and their Legacies in European Histories and Identities », www.eurescl.eu

Estudiar el racismo : textos y herramientas

Coordinación : Odile Hoffmann y Oscar Quintero
Textos seleccionados y presentados por Oscar Quintero
2010- Paris, México, Bogotá

Agradecemos a los autores y editores por la cesión de derechos para la presente edición, para la traducción al español y la reproducción de los textos en estos cuadernos de difusión restringida y gratuita. La referencias completas están mencionadas en cada texto, así como los traductores, a quienes agradecemos su puntualidad y entusiasmo.

Página

4	Oscar QUINTERO. Racismo, algunas definiciones y aproximaciones desde las ciencias sociales. Presentación del Cuaderno.
21	Pierre-André TAGUIEFF. Introducción al libro “El color y la sangre”. Doctrinas racistas ‘a la francesa’.
36	Colette GUILLAUMIN. Una sociedad en orden. Sobre algunas de las formas de la ideología racista.
53	Albert MEMMI. El racismo. Definiciones. (<i>trámite de derechos en curso, NO CITAR</i>)
73	Véronique DE RUDDER , Christian POIRET y François VOUREC'H. La desigualdad racista. Precisiones conceptuales y propuestas teóricas.
102	Teun VAN DIJK. Discurso y Racismo.
	Philomena ESSED. Hacia un concepto de racismo como proceso.
129	
171	Candace WEST y Sarah FENSTERMAKER. Haciendo la Diferencia.

Racismo, algunas definiciones y aproximaciones desde las ciencias sociales

Presentación del Cuaderno

Oscar Quintero*

En el actual contexto de globalización conocido también como la “era de la información” (Castells, 2003), el teléfono celular o móvil ha sido uno de los aparatos insignia de dicha época, presentando altos grados de masificación en la mayoría de países de América Latina y el Caribe¹. En Colombia, ha surgido una “expresión popular” en relación con la jerarquización social en el consumo de los celulares. Se trata del “celular flecha”, llamado así porque “cualquier indio lo puede tener”. Es el teléfono más barato del mercado, por lo general adquirido con un plan prepago o “prepobre”, también según el argot popular. Lo interesante aquí es que el chiste se popularizó y se banalizó al reproducirse sin cuestionamiento alguno en cualquier conversación cotidiana. “El flecha” se convirtió en el principal significante, donde la referencia al teléfono ya no es necesaria, verbigracia: “¿me prestas tu flecha?”.

La expresión no sólo se limita al espacio de lo cotidiano o de lo popular, ésta se reproduce constantemente, sin cuestionamiento ni problematización alguna, en los principales medios de comunicación como la prensa y la televisión, retomándola en su “acepción cómica”, ya sea en artículos de opinión o en noticias sobre el sector de telecomunicaciones². Esta expresión remite a toda una serie de estereotipos enunciados mediante chistes, expresiones e insultos sobre las poblaciones indígenas en Colombia, quienes han sido relacionadas históricamente con lo precario, retrógrado, incivilizado, como se hace de antaño con la

* Candidato al título de Doctor en Sociología, Universidad de Rennes, Francia. Ex-becario del IRD. Miembro del proyecto Afrodesc. oscar_quintero@hotmail.com. El autor agradece a Odile Hoffmann, Carlos Agudelo, Elisabeth Cunin y Gabriela Iturralde por sus comentarios y críticas hechos a la primera versión de esta presentación.

¹ Así lo confirman algunos estudios recientes, véase: Hernán Galperin y Judith Mariscal. *Oportunidades móviles: Pobreza y telefonía móvil en América Latina y el Caribe*. DIRSI-Diálogo Regional Sobre Sociedad de la Información, noviembre de 2007. Disponible en línea: http://dirsi.net/files/regional/REGIONAL_FINAL_spanish.pdf consultado el 11 de marzo de 2010.

² El Espectador: <http://tecno.elespectador.com/index.php/2007/11/29/celulares-de-todo-para-navidad/>. Véase además Canal de Televisión Señal Colombia: <http://www.senalcolombia.tv/infantil/kikiriki/consumoymoda> Revista Semana: <http://www.semana.com/noticias-opinion-on-line/hoguera-libros/135872.aspx>

popularísima expresión “¡no sea indio!” o “¡mucho indio!” para categorizar el comportamiento de una persona como vulgar, agresivo o inculto³.

Las configuraciones del racismo y las formas en que este se pueda manifestar en las sociedades contemporáneas dependen precisamente de los contextos históricos nacionales, sociales, culturales, políticos y económicos, aunque también puedan presentar algunas características similares. En este *Cuaderno* nos interesa abordar esta problemática de frente, empezando por preguntas elementales: ¿cómo se define el racismo? y ¿cómo se puede abordar su análisis desde las ciencias sociales?

El propósito principal es alimentar la reflexión teórica y metodológica en torno al proyecto internacional “*Aproximaciones Metodológicas y Teóricas al Racismo*”, desarrollado en el marco de los programas de investigación *Afrodesc* y *Eurescl*⁴, mediante la difusión de algunos textos claves, si se quiere “clásicos” sobre el racismo, publicados originalmente en otros idiomas y de los cuales hasta ahora no había una versión en español.

Como toda selección antológica, la intención no es abarcar toda la producción científica sobre un tema específico, lo cual correspondería a una tarea más enciclopédica, sino proponer un panorama que nos permita aprehender distintas miradas desde las cuales se ha abordado el tema del racismo, desde las ciencias sociales, en contextos diferentes al latinoamericano con el fin de obtener, de forma crítica, aprendizajes conceptuales y metodológicos que nos permitan enriquecer nuestros acercamientos a esta problemática en el marco de nuestras respectivas realidades nacionales y regionales.

Deseamos presentar un panorama amplio y diverso de formas de aproximarse al racismo, no sólo desde diversos campos de producción académica como el francés, estadounidense u holandés, sino desde diversas disciplinas, enfoques conceptuales, así como “estilos” de escritura y de trabajo. Algunos textos son ensayísticos, otros más históricos, otros

³ Para una interesante aproximación al racismo visto a través de las formas sutiles del discurso de las élites en ocho países de América Latina, véase Van Dijk, 2007.

⁴ Para mayor información sobre estos programas de investigación, véase: <http://www.ird.fr/afrodesc/> ; <http://www.eurescl.eu/>

puramente teóricos, conceptuales o metodológicos, para citar tan sólo algunas “diferencias”. El propósito de esta compilación es precisamente el de ofrecer la oportunidad de evaluar la complementariedad o contradicción entre dichas posturas y vislumbrar desarrollos que vayan más allá de sus limitaciones.

Desde luego que es una selección parcial, aunque no parcializada, y el lector podrá encontrar en los mismos textos referencias a otros autores y perspectivas que hacen del estudio sobre el racismo y las relaciones interétnicas un campo casi inagotable en términos de la producción bibliográfica, clásica y contemporánea. El racismo puede entenderse como ideología, sistema de significación, estructura, proceso, pero también como práctica social, en la interacción, los discursos, las instituciones, etc. Otros conceptos relacionados como el prejuicio, la discriminación, la segregación, la diferencia, “ellos” y “nosotros”, también intervienen en el análisis. Algunas otras nociones más puntuales y algunas veces todavía confusas serían las de etnismo, etnicización, racialización, relaciones sociales, interacciones sociales, heterofobia, interseccionalidad.

Resaltamos una idea subyacente en estas concepciones, la que tiene que ver con el racismo como un fenómeno moderno (en el sentido sociológico) y contemporáneo (en su acepción temporal), de poder y dominación que se fundamenta en la reproducción y mantenimiento de los privilegios de unos, los dominantes, sobre otros, los dominados o los minoritarios, con base en la construcción de diferencias que sirven para legitimar y mantener la posición de cada uno en la sociedad. Esto es de crucial importancia a la hora de pensar el racismo en contextos como el latinoamericano, en donde la conjunción del pasado colonial con el presente como “naciones bicentenarias” ha generado permanencias, rupturas, transposiciones y mutaciones. Dinámicas que precisan ser estudiadas, descritas y analizadas desde las ciencias sociales.

Esta publicación consta de siete textos, cuatro de ellos publicados originalmente en francés y tres en inglés. Tan sólo uno de ellos ya contaba con una traducción al español y los demás han sido traducidos expresamente para los propósitos de este *Cuaderno*. No sobra reiterar el agradecimiento a los autores y autoras, y a sus respectivas casas editoriales, por la

autorización gratuita para traducir y publicar sus trabajos en esta compilación, así como a los traductores y traductoras por su labor profesional y de la más alta calidad, sin la cual esta publicación no habría sido posible. Aunque el orden de los factores no altera necesariamente el producto, proponemos una organización de los textos de tal forma que se mantenga una cierta lógica entre ellos, cuando menos una suerte de diálogo que permita contrastar similitudes y diferencias.

El primer artículo que presentamos es la “Introducción” a la segunda edición del libro de Pierre-André Taguieff titulado *El color y la sangre. Doctrinas racistas a la francesa* (Taguieff, 2002 [1998]). Se trata del trabajo de uno de los autores franceses contemporáneos más prolíficos en el estudio del racismo desde una perspectiva histórica y filosófica, especialmente desde la historia de las ideas. Su obra es conocida parcialmente en lengua castellana, en particular los libros *Teorías del Nacionalismo*, (Delannoi y Taguieff, 1993) y *La nueva Judeofobia* (Taguieff, 2003). En “El color y la sangre” el autor se propone reconstituir los principales sistemas de pensamiento basados en la idea de “raza” que contribuyeron a la configuración del racismo contemporáneo, entendido principalmente como una *ideología*.

Taguieff propone dos tipos de estrategias argumentativas que contribuyeron al proceso de transformación del “racismo esclavista” al “racismo ‘científico’ ”; éstos son la *negación* de la realidad y la *racionalización* de la dominación. Esta última se basa en dos subtipos, característicos de la “dominación europea”: “la racionalización religiosa” que se puede encontrar en textos sagrados como la Biblia y en donde la esclavitud está basada justamente en creencias de este tipo. Por otro lado, la “racionalización naturalista”, que caracterizó principalmente el pensamiento del siglo XIX, en particular por el desarrollo del “darwinismo social”.

Estos tipos de racionalización tienen la común característica de llevar a cabo un mismo proceso de “deshumanización” mediante “la operación racista por excelencia” según el autor: “la proyección”, la cual consiste en culpabilizar a la víctima, atribuyéndole a ésta la causa del mal. Basado en algunos estudios de psicología social, Taguieff propone que este

mecanismo obedece a una especie de “racionalización conservadora” fundada en la creencia de que el mundo tiene un orden “justo”. En ese sentido, las personas o grupos sociales están en posiciones o en situaciones desfavorables porque así se lo merecen o “se lo han buscado”, ya sea por acción u omisión; en todo caso la culpa es de ellos.

El autor plantea una distinción conceptual entre “doctrinas racialistas” y “doctrinas racistas”. Las primeras obedecen a “elaboraciones ideológicas centradas sobre una intención explicativa” mientras que las segundas son aquellas que “incluyen prescripciones, definen valores y normas que se traducen en discriminaciones o segregaciones, expulsiones o persecuciones, incluso exterminaciones”. Así pues, aunque considera que el racismo es un “fenómeno moderno”, nacido en Europa y en las Américas en un periodo que va desde mediados del siglo XV hasta inicios del XIX, este no se constituye como “visión del mundo, en metafísica de la historia y en ideología política, en suma en racialismo” sino a partir de mediados del siglo XIX. De igual forma, recuerda que en este proceso la referencia a la “sangre” precedió a la “raza” en un sentido clasificatorio. La idea misma de “raza” en los siglos XVI y XVII tenía una connotación más relacionada con el linaje (es decir parentesco y genealogía) que con un tipo o sub-especie biológica.

El texto finaliza con la descripción de “cuatro figuras del racialismo”, entendidas como “tipos ideales” (en el sentido sociológico) o sistemas de pensamiento, construidas alrededor de la idea de “raza” en Francia a partir del siglo XIX y hasta el siglo XX. Estas se diferencian, ya sea explícita o implícitamente, en sus orientaciones, consecuencias sociales y políticas, lo cual es desarrollado en profundidad, tanto en la introducción que aquí publicamos como a lo largo del libro de Taguieff.

Las posibles configuraciones contemporáneas del racismo abren paso al artículo de la socióloga francesa Colette Guillaumin, titulado “Una sociedad en orden. Sobre algunas de las formas de la ideología racista” (Guillaumin, 1992). La obra de esta autora ya es clásica en la sociología francesa por sus aportes al feminismo materialista francés, proponiendo además el análisis de las articulaciones entre los sistemas de dominación de género, raza y clase. Sus escritos han sido poco difundidos en español aunque se han traducido

recientemente algunos de sus trabajos, entre los que cabe mencionar “Práctica del poder e idea de Naturaleza” (Guillaumin, 2005) y “Raza y Naturaleza. Sistema de las marcas. Idea de grupo natural y relaciones sociales” (Guillaumin, 2008 [1977]).

El texto inicia con unas aclaraciones de tipo conceptual, rastreando el origen y las distintas acepciones de los términos de “raza” y “etnia”. Más allá de los términos empleados, la autora propone identificar las características de la definición ideológica de los grupos humanos como provistos de una “esencia” propia, supuesta *“productora de conductas y de cualidades específicas inscritas en la carne y la sangre, en fin lo mismo que a lo largo del siglo XIX y hasta el nuestro, responde a la noción de raza”*. En ese sentido, la idea de “raza” es el resultado de un proceso histórico y no un suceso “sin memoria”, como justamente lo presenta la ideología racista con el fin de naturalizar la dominación.

Guillaumin propone una distinción conceptual que tiene algunas convergencias con el contraste entre “doctrinas racialistas” y “doctrinas racistas” de Taguieff. Según ella, es necesario distinguir entre “teoría” y “doctrina”. La primera obedece a esa invención inicial de las “razas humanas” fundamentada en descripciones basadas en un saber autoproclamado como científico, cuyo propósito es el de “describir y analizar” la variedad humana, generando así una concepción “racial” del mundo. Esta teoría, sin embargo, se transformó rápidamente en una doctrina, conformada por un conjunto de juicios y preceptos basados sobre el presupuesto de la existencia de las “razas”. Estos juicios y preceptos tienen la particularidad de definir el lugar que deben ocupar en la sociedad las distintas “razas”, así como el conjunto de “deberes” por cumplir y los “derechos” a los cuales pueden acceder. Según esta doctrina, la inscripción de caracteres culturales es también física, volviendo a los grupos humanos extraños entre sí por “esencia”, donde la heterogeneidad sería definitiva e irreductible.

La autora propone identificar las diferentes formas tomadas por el racismo a través del análisis de tres niveles de la ideología racista, tomando como ejemplo el contexto francés y basándose en diversas fuentes como conversaciones cotidianas en cafés, volantes electorales, documentos políticos de circulación restringida, discursos en mítines, prensa

escrita, etc. En primer lugar está la “ideología cotidiana” o el nivel más “espontáneo”, visto a través del mito popular de la homogeneidad y de la identidad nacional. Un segundo nivel de elaboración y explicación política de la ideología se expresa en la reivindicación del derecho a la “diferencia”. Finalmente, la expresión más formalizada de la ideología racista se puede rastrear por medio del estudio del sistema jurídico y las instituciones raciales del Estado.

Los análisis de Guillaumin sobre la ideología racista nos interesan aquí por su creatividad heurística, de la cual el lector podrá sacar interesantes aprendizajes. En efecto, la autora juega con los distintos niveles y modalidades de expresión, concluyendo que lo característico de la ideología racista es su postura doctrinal de un orden que “debe regir”, basado en divisiones que serían “naturales” y las cuales deben ser conservadas, desarrolladas y perfeccionadas por la sociedad.

El tercer texto que presentamos obedece al segundo capítulo del libro *El Racismo* de Albert Memmi (Memmi, 1994 [1982]). De origen tunecino, es uno de los filósofos insignes del pensamiento postcolonial, comparable con el talante intelectual de Franz Fanon. Aunque su obra ha sido bastante difundida en lengua castellana, *Retrato del colonizado* (Memmi, 1973) y *Retrato de un Judío* (Memmi, 1964) entre otros, *El Racismo* aún no ha sido traducido al español a pesar de ser una referencia obligada sobre el tema. El libro como tal recoge una serie de reflexiones producto del trabajo intelectual del autor y se caracteriza por su género ensayístico que se mueve entre la filosofía, la sociología política y la psicología social. El autor plantea que el racismo tiene en definitiva una función: “establecer y legitimar una dominación”, por lo cual existe una “conexión orgánica” entre racismo y dominio. En ese sentido, la definición que trata de concebir se ubica en un debate que se puede apreciar en casi la totalidad de textos publicados en este *Cuaderno*: ¿el referente principal del racismo tiene que ver con “lo biológico”? Para Memmi, contrario a una idea generalizada, la “acusación biológica” no es esencial al racismo, ésta no es sino su pretexto y su excusa.

Con el fin de desarrollar en profundidad esta idea, propone dos definiciones del racismo. La primera, en un “sentido estricto”, estaría relacionada con el “racista propiamente dicho”, es decir aquel que refiriéndose a las “diferencias biológicas” entre él mismo y el otro, aprovecha para avasallar este otro y así sacar ventajas, ya sean económicas, políticas, psicológicas o simplemente de prestigio. La segunda definición, en un “sentido amplio”, se refiere al racista o al “acusador” (para usar la terminología de Memmi) que tiene la misma actitud frente al otro de avasallarlo y sacar ventaja, pero en nombre de diferencias que no son necesariamente biológicas. Se trata de la misma operación de sobrestimarse y subestimar al otro para llegar a la misma conducta agresiva.

De acuerdo con esto, el autor ve el racismo como una “agresión” que se fundamenta en el miedo a la diferencia, porque lo diferente da miedo y este miedo a la vez suscita la agresividad. Se puede apreciar el análisis dialéctico propuesto por Memmi, entre un *ego* racista y un *alter* racizado. La lógica de esta dialéctica del racismo, si así nos permitimos denominarla, consiste en que los rasgos de *alter* siempre tienen un “coeficiente negativo”, significativamente malo, lo que implica de forma automática que los de *ego* son positivos, buenos.

El autor plantea una definición que trata de englobar tanto el sentido estricto como el sentido amplio, no sin antes recordar que toda definición es una herramienta, una “fórmula operativa”. El lector podrá deleitarse con la discusión que él mismo desarrolla en torno a su definición, criticando y justificando cada componente de la misma. Finaliza con una reflexión sobre la terminología y establece que el equívoco en las discusiones sobre el racismo viene precisamente de las ambigüedades de la palabra. En ese sentido, trata de superar la discusión en torno a lo biológico como “lo característico” del racismo y propone el término de “heterofobia”, el cual remite a toda acción agresiva contra el otro que se pretende legitimar sobre argumentos diversos: psicológicos, culturales o sociales y en donde el racismo, en el sentido biológico (estricto), sería una variante. Aunque llega incluso a cuestionarse si todavía es pertinente seguir usando la palabra *racismo*, piensa que es una batalla perdida porque “*las palabras tienen una historia que se nos escapa de las manos*”.

El cuarto texto cierra la “colección francesa” del presente *Cuaderno*. Se trata del capítulo conceptual y teórico del libro titulado *La desigualdad racista. La universalidad republicana puesta a prueba*, escrito por Véronique De Rudder, Christian Poiret y François Vourc’h (2000). Esta socióloga y sociólogos representan una corriente de investigación centrada en el análisis de temáticas de inmigración y relaciones étnicas en Francia. Este documento se ha convertido en una referencia de la producción francesa reciente. No sólo refleja el acumulado de conocimientos que sobre el racismo se han producido en este país, sino que además propone una discusión con la literatura anglosajona.

De Rudder, Poiret y Vourc’h establecen que las relaciones interétnicas y el racismo forman un campo de discordia y enfrentamientos pero también de transacciones y conciliaciones. En ese sentido, se proponen presentar, de la forma más clara posible, el “vocabulario” para describir e interpretar lo que denominan “etnismo” y “racismo”, así como sus “manifestaciones concretas” que son la discriminación y la segregación. Los autores dedican una gran parte de este capítulo a proponer algunas “precauciones de uso” sobre los términos que se han empleado tradicionalmente en las ciencias sociales y que ellos proponen superar con algunos neologismos, a pesar de ser algo “abigarrados” como ellos mismos lo confiesan.

De acuerdo con esto, proponen adoptar una posición “relativista” ya que los conceptos son herramientas para dar cuenta de relaciones y procesos históricos y sociales. Pero uno de los problemas en el proceso de “nombrar las cosas” es justamente “tomar las palabras por las cosas, el significante por el significado”. A esto se impone entonces una mirada histórica y crítica, pues la “producción del lenguaje es un hecho social” y el pasado de las palabras se sedimenta y persiste en sus usos posteriores. Recordemos la inquietud de Memmi sobre la pertinencia del uso actual del término racismo. Esta es una inquietud que caracteriza las ciencias sociales en Francia, en donde hay un alto “celo” en el uso de los términos que se emplean, no sólo para ganar en precisión conceptual sino para no reificar situaciones sociales que se suponen están bajo la lupa de un “método científico”. Esta situación es tal vez más fuerte en relación con el estudio de la idea de “raza” y sus derivados. Refleja en cierta forma los aprendizajes trágicos de la historia europea de primera mitad del siglo XX.

Los autores se enfocan en la discusión y propuesta de algunos conceptos específicos. Para ellos el racismo no es un dominio de investigación independiente; por el contrario, comparte la misma genealogía sociológica con el campo de las “relaciones interétnicas”. Complejizan aún más la terminología proponiendo una distinción entre “relaciones sociales interétnicas” (“*rappports sociaux interethniques*”) e “interacciones sociales interétnicas” (“*relations sociales interethniques*”)⁵; queriendo significar una diferencia de nivel en la estructuración y organización de las diferencias étnicas. En ese sentido las segundas se inscribirían en el orden estructurante de las primeras, pero también las podrían modificar a largo plazo en la contingencia de las situaciones y los sucesos.

Por último, proponen el concepto de “racialización” entendido como un proceso similar al de “etnicización”; pero donde el registro de la cultura queda integralmente subordinado a la imputación “racial”, la cual absolutiza la diferenciación cultural y de “origen” instituyéndola como “raza”, es decir, inscribiéndola en un reino exterior al de la voluntad humana: la naturaleza. No obstante, concuerdan en que esta distinción es difícil de encontrar en la realidad empírica, además que la mayoría de las veces el “etnismo” se convierte en eufemismo del “racismo”, otra distinción terminológica propuesta y que permitiría dar cuenta de lo que se ha denominado en la literatura reciente como “neo-racismo”.

El quinto escrito que incluimos se titula *Discurso y Racismo*, de Teun A. Van Dijk. Publicado originalmente en inglés (Goldberg y Solomos, 2001). Aunque este artículo ya cuenta con una traducción publicada en español (Van Dijk, 2002), decidimos volver a publicarlo por la pertinencia e influencia que ha tenido la obra de su autor en el estudio del racismo desde una perspectiva del análisis del discurso. Influencia que ha sido reconocida a nivel mundial a través de la traducción a varios idiomas de su prolífica producción

⁵ Es en efecto una distinción que tiene mayor sentido en francés pero que presenta problemas para su traducción al español pues ambas palabras *rapport* y *relation* tienden a ser traducidas indistintamente como “relación”.

académica, y específicamente en Latinoamérica por la larga difusión de sus escritos en español así como por su desempeño como profesor en algunas universidades de la región⁶.

Van Dijk establece que el “discurso” es más que “sólo palabras” y el texto y la conversación juegan un papel primordial en la reproducción del racismo contemporáneo. Esta situación es mucho más evidente en relación con las élites, pues éstas controlan y ejercen una gran influencia, en función de las decisiones que toman, sobre la vida de los grupos minoritarios. En ese sentido, el discurso puede ser definido como “una forma de discriminación verbal” y por ende el discurso de la élite se constituye en una forma importante de racismo de la élite. El propósito último del artículo es mostrar cómo y por qué “el discurso se aloja en el corazón el racismo”.

En primer lugar, propone ir más allá de una noción del racismo como ideología, entendiéndolo como un “sistema societal complejo” de dominación, fundamentado étnica o racialmente, que desarrolla consecuencias de inequidad. Este sistema estaría compuesto por dos subsistemas, uno social y otro cognitivo. El primero relacionado con prácticas sociales discriminatorias a nivel micro y por relaciones de abuso de poder por parte de grupos dominantes a un nivel macro. El segundo caracterizado por ser la base mental de dichas prácticas y está constituido por prejuicios e ideología racistas. Un aspecto clave en esta conceptualización es que tanto prejuicios como ideologías se adquieren y se aprenden, y este aprendizaje se desarrolla principalmente a través del texto y la conversación, lo cual nos aclara la relación estrecha entre discurso y racismo.

Van Dijk define el “discurso” como un “evento comunicativo específico”; en particular, puede ser una “forma escrita u oral de interacción verbal o de uso del lenguaje”. La perspectiva de este autor es bastante específica, y si se quiere sofisticada, en relación con la lingüística y el análisis del discurso aplicados al estudio del racismo⁷. Propone que también es necesario analizar algunas características del contexto social del discurso: “quiénes

⁶ Para encontrar una relación detallada de su producción, incluida aquella traducida al español véase la página web: <http://www.discourses.org/>

⁷ Los primeros resultados de una tal perspectiva formulada para el estudio del racismo en Cartagena (Colombia), principalmente desde la lingüística, se pueden apreciar en el Número 6 de los *Cuadernos de Trabajo* del proyecto Afrodesc-Eurescl, véase Fonseca, 2009. Disponible en línea: <http://www.ird.fr/afrodesc/spip.php?article277>

hablan y quiénes escriben”. Reitera entonces que el papel de las élites es crucial, no porque sean “más racistas” sino porque estas tienen un acceso especial al discurso público, así como su control. El análisis implica además una mirada sociológica y política que permita identificar cómo se relacionan estas “élites simbólicas” con el conjunto de la población.

Finalmente expone con más detalle algunos géneros discursivos en el contexto Europeo: la conversación como “tipo de práctica social discursiva”, los informes noticiosos en tanto fuente de conocimiento “legítimo”, los libros de texto como medio de socialización y finalmente los discursos políticos, específicamente los debates parlamentarios como espacios de toma de decisiones. El trabajo de Van Dijk ha sido bastante influyente en el estudio del racismo contemporáneo a partir de los años 1980, no sólo desde la perspectiva del análisis del discurso sino en el surgimiento de otras aproximaciones más relacionadas con el estudio de este fenómeno, visto a través del prisma de las propias víctimas.

En esto converge la propuesta de Philomena Essed, autora del libro *Comprendiendo el racismo cotidiano* (Essed, 1991). Su obra en general, y en especial este trabajo, se ha constituido en una referencia obligada en los estudios contemporáneos sobre el racismo. Su particularidad radica en la gran creatividad teórica y metodológica para estudiarlo, basándose en una diversidad disciplinaria proveniente de la sociología, la psicología, el análisis del discurso y los estudios de género.

Se trata de un estudio comparativo entre mujeres negras de Estados Unidos y Holanda, fundamentado principalmente en una investigación de tipo cualitativo y con una metodología bastante sofisticada de análisis, sobre sus experiencias vividas de racismo y la forma en que lo enfrentan día a día. Este es un trabajo que ha inspirado un nuevo paradigma en el estudio del racismo, entendiéndolo como proceso social y según la nueva acepción de “racismo cotidiano”. La parte que se ha decidido incluir en esta compilación obedece al primer capítulo y una parte del segundo en donde la autora se posiciona en relación con los marcos teóricos existentes sobre el racismo y define su concepto de “racismo cotidiano”. En la parte metodológica propone la forma en que este puede ser abordado por medio de una investigación empírica.

La autora propone establecer una “definición operativa” del racismo, basada en una conceptualización del mismo en términos de “realidad social”. Esta noción se inspira de diversas corrientes como la fenomenología, el interaccionismo simbólico, la etnometodología y la sociología cognitiva. Corrientes que enfatizan en la naturaleza activa de la conducta humana e intentan comprender su significado, sus razones y su experiencia. Retomando dos hipótesis teóricas en relación con las conexiones mutuas entre lo micro y lo macro sociológico, Essed insiste en el rol de la “rutina” y las “prácticas repetitivas” en la construcción de las estructuras sociales.

Según esto, el racismo es entonces una “ideología”, una “estructura” y un “proceso” en donde las desigualdades que caracterizan la estructura social más amplia se relacionan, de forma determinista, con *“factores biológicos y culturales atribuidos a quienes son considerados como pertenecientes a una “raza” o un grupo “étnico” diferente”*. En ese sentido la “raza”, además de ser una construcción social, también es una construcción ideológica pues *“la idea de “raza” nunca ha existido por fuera del marco de un interés de grupo”*. Nótese que esta conceptualización tiene algunos puntos de convergencia con los textos precedentes, discusiones entre lo biológico y lo cultural, la articulación micro-macro, lo ideológico y el sistema de significados, la construcción de una alteridad radical “nosotros” contra “ellos”. Sin embargo, a nuestro parecer el aspecto más innovador en el aparataje conceptual de Essed es la relación que propone entre racismo y cotidianidad.

La vida cotidiana obedece a la reproducción directa de la persona, la cual está inscrita dentro de las relaciones sociales. Pero por otro lado, la vida cotidiana no sólo es “reproductora” de personas sino también de las posiciones que éstas ocupan en las relaciones sociales, así como las relaciones sociales mismas. En ese sentido, la vida cotidiana presenta una doble característica, por un lado ella es heterogénea de acuerdo con las relaciones, posiciones y situaciones sociales, y por otro lado no habría reproducción de estructuras si no hubiera una uniformidad de la práctica dentro de esta heterogeneidad de relaciones, posiciones y situaciones. En suma, la vida cotidiana se caracteriza por la heterogeneidad-uniformidad y el “racismo cotidiano” es un conjunto de prácticas que

actúan por medio de relaciones heterogéneas de clase y género, presentes en – y productoras de – las relaciones de raza y las relaciones étnicas (aspecto que será detallado en el último texto de este *Cuaderno*).

Para finalizar, la autora propone algunos elementos metodológicos de interés. Cabe destacar la distinción hecha entre la “aprehensión” del racismo por parte de las personas que experimentan el racismo cotidianamente, y la “comprensión” del racismo que ella puede hacer de este proceso como investigadora social. Es lo que denomina como “la metodología dentro de la metodología”. Analiza y discute varias técnicas de investigación, y defiende el trabajo con base en “relatos sobre el racismo” por medio de entrevistas con las personas que lo viven a diario. Basada en la experiencia sobre la cual se fundamenta su libro, la autora afirma que este método permite que las mujeres negras verbalicen sus sentimientos, opiniones y experiencias de una manera relativamente libre y detallada, ya que apunta a “revelar”, más que a imponer, interpretaciones.

El artículo que cierra la presente colección fue escrito por Candance West y Sarah Fenstermarker (1995) en la revista *Gender and Society*, una publicación de referencia en los estudios de género a nivel internacional. El artículo “*Haciendo la Diferencia*” se ha convertido en un hito en la literatura de las ciencias sociales relacionada con el propósito de teorizar las relaciones y complementariedades entre los “sistemas de dominación” de clase, género y raza tradicionalmente estudiados y teorizados de forma independiente y exclusiva. Un hito no sólo por la ideas expuestas sino por el debate suscitado por parte de algunas representantes del célebre “feminismo negro” (*Black feminism*) en Estados Unidos⁸.

Las autoras proponen desarrollar una nueva comprensión de la “diferencia” como una “resultante interaccional y dinámica”⁹. Basadas en una definición etnometodológica del género, proponen la hipótesis según la cual, a pesar de las divergencias en sus

⁸ Para tener conocimiento detallado del debate véase Collins et al., 1995.

⁹ Uno de los desafíos de cualquier traducción es tratar de interpretar lo mejor posible el significado de las palabras en su uso dentro del texto. En ese sentido la palabra que aquí reproducimos como “resultante” obedece originalmente en el documento a “achievement” y que se intercambia muchas veces por “accomplishment”. Inicialmente se tradujo como “logro”, pero de acuerdo con la acepción dada por las autoras pensamos que conviene más la palabra “resultante”, la cual tiene una connotación más neutra y se usa como el resultado de cualquier acción, independientemente del propósito de la misma.

características y resultados, el género, la raza y la clase constituyen mecanismos comparables en la producción de la desigualdad social. Su propósito último es entonces proponer una nueva forma de pensar sobre las relaciones entre estos mecanismos.

Establecen que el pensamiento feminista estadounidense ha tenido un “sesgo blanco y de clase media” que ha impedido la articulación de los análisis en términos de raza y clase. En cierta forma, el pensamiento feminista ha reflejado directamente las identidades de las personas que lo han producido: académicas blancas y de clase media quienes ocupan las posiciones directivas en las principales publicaciones en ciencias sociales sobre el tema. Se crea un “solipsismo blanco” que consiste en *“pensar, imaginar y hablar como si la condición de ser blanco describiera el mundo”*.

Presentan un balance de cómo las académicas feministas han usado conceptos de la matemáticas para comprender las relaciones entre género, raza y clase, en particular el de la adición y el de la multiplicación. La tercera metáfora que más éxito ha tenido en la literatura especializada está más relacionada con la teoría de los conjuntos y se basa en la idea de que los efectos de la “opresión múltiple” no son simplemente aditivos ni multiplicativos, sino más bien obedece a la intersección entre estos mecanismos de género, raza y clase¹⁰. Se presenta una multitud de variantes de la “opresión” de acuerdo con la intersección en la cual se encuentran las personas o grupos sociales (*Cf.* Figura 1 del mismo artículo). La crítica que hacen de esta concepción es que limita la “opresión” a una “membresía a una categoría”; por el contrario, ésta se relaciona más con la noción de “experiencia”, pues “ninguna persona experimenta el género sin experimentar simultáneamente la raza y la clase”.

Es entonces algo más que un rol o una característica individual, es un mecanismo por el cual la acción social situada contribuye a la reproducción de la estructura social. West y Fenstermaker concluyen discutiendo cuatro implicaciones teóricas en relación con el “problema de la diferencia”. Ofrecen así una interpretación similar de la raza, la clase y el

¹⁰ Con algunas diferencias, el texto de Essed se inscribiría en esta perspectiva.

género como tres medios, no los únicos aunque sí poderosos, para generar diferencia y dominación en la vida social.

Bogotá, abril de 2010

Referencias

Castells, Manuel. 2003. *La era de la información: Economía, sociedad y cultura*. Vol. II “El poder de la identidad”. Madrid: Alianza Editorial, 2ª edición.

Collins, Patricia Hill et al. 1995. “Symposium on West and Fenstermaker’s “Doing Difference”, en *Gender and Society*, Vol. 9, No. 4, pp. 491-506.

De Rudder, Véronique ; Poiret, Christian y Vourc'h, François. 2000. *L'inégalité raciste. L'universalité républicaine à l'épreuve*. París : PUF.

Delanói Gil y Taguieff, Pierre-André (Comp.). 1993. *Teorías del Nacionalismo*. Barcelona: Paidós.

Essed, Philomena. 1991. *Understanding Everyday Racism. An interdisciplinary Theory*. London: Sage Publications.

Fonseca, Clara Inés (Coord.). 2009. *Aproximaciones teóricas y metodológicas a los estudios del racismo*. Documento de Trabajo No. 6 / Document de Travail No. 6, Colombia: Proyecto AFRODESC.

Goldberg, David y Solomos John (Eds.). 2001. *The Blackwell Companion to Racial and Ethnic Studies*. Oxford: Blackwell.

Guillaumin, Colette. 1992. “Une société en ordre. De quelques-unes des formes de l'idéologie raciste”, en *Sociologie et Sociétés*, Volume 24, número 2, pp. 13-23.

_____. 2005. “Práctica del poder e idea de Naturaleza”, en O. Curiel y J. Falquet (Compiladoras). *El Patriarcado al desnudo. Tres feministas materialistas: Colette Guillaumin, Paola Tabet, Nicole Claude Mathieu*. Buenos Aires: Brecha Lésbica, pp. 19-55.

_____. 2008 [1977]. “Raza y naturaleza. Sistema de las marcas. Idea de grupo natural y relaciones sociales” en Elisabeth Cunin (Editora) *Textos en Diáspora. Una antología sobre afrodescendientes en América*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia-Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, pp. 61-92.

Memmi, Albert. 1964. *Retrato de un judío*. Buenos Aires: Candelabro.

_____. 1973. *Retrato del colonizado: precedido por el retrato del colonizador*. Buenos Aires: Ediciones La Flor.

_____. 1994 [1982]. *Le Racisme*. París: Gallimard.

Taguieff, Pierre-André. 2002 [1998]. *La Couleur et le sang: doctrines racistes à la française*. París: Mille et une Nuits.

_____. 2003. *La Nueva Judeofobia*. Barcelona: Gedisa.

Van Dijk, Teun A. (Coord.). 2007. *Racismo y discurso en América Latina*. Barcelona: Editorial Gedisa.

_____. 2002. “Discurso y Racismo”, en *Persona y Sociedad*. Universidad Alberto Hurtado, Instituto Latinoamericano de doctrina y estudios sociales ILADES. Vol. XVI, n° 3, pp. 191-205.

West, Candace y Sarah Fenstermaker. 1995. “Doing Difference”, en *Gender & Society*, Vol. 9, No. 1, pp. 8-37.

Introducción al libro “El color y la sangre”.

Doctrinas racistas ‘a la francesa’.

Pierre-André Taguieff

Traducción de Isabelle Combès, con la amable autorización de los editores, del original:
TAGUIEFF Pierre-André : « Introduction », *La couleur et le sang, Doctrines racistes à la française*, Mille et une nuits, département de la librairie Arthème Fayard, janvier 1998-
février 2002, pp. 11-34 de la 2^{ème} édition
Copyright: © Mille et une nuits, département de la librairie Arthème Fayard, 1998, 2002

Introducción

Mientras Gobineau acababa de publicar en Francia los dos primeros tomos de su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* (1853), Frederick Douglass, el símbolo mismo del abolicionismo y el líder negro americano más ilustre del siglo XIX, notaba en 1854: “El orgullo y el egoísmo, combinados con las facultades intelectuales, nunca faltan de una justificación teórica; y cuando los hombres oprimen a sus semejantes, el opresor siempre encuentra, en el carácter del dominado, la justificación plena de su opresión. Las alegaciones más comunes contra el oprimido son su ignorancia y su depravación, así como su impotencia para elevarse desde la decadencia hasta la civilización y la respetabilidad. Los daños que la esclavitud y la opresión engendran más directamente son precisamente aquellos que los dueños de esclavos y los opresores quisieran transferir desde su sistema hasta el carácter natural de sus víctimas. De esta manera, los mismos crímenes de la esclavitud se transforman en su mejor defensa”¹.

¹ Frederick Douglass, citado por Henry Louis Gates, Jr., “Why Now?”, en Steven Fraser (ed.), *The Bell Curve Wars. Race, Intelligence and the Future of America*, Nueva York, Basic Books, 1995, p. 94. Ver, en el mismo sentido, Larry A. Greene, “A Gale in the *Zeitgeist*: A Bell Curve or a Bean Ball”, *Telos*, n° 106, invierno de 1996, p. 178.

Racionalizar la dominación naturalizando el prejuicio: del racismo esclavista al racismo “científico”

En efecto, frente a prácticas de explotación y dominación basadas sobre la discriminación, los explotadores pueden adoptar dos estrategias argumentativas: pueden *negar* la realidad social de la cual se aprovechan, o bien *racionalizar* su funcionamiento de varias maneras. Pues se puede por ejemplo, así como lo hizo Ralph Linton², distinguir entre dos tipos de *racionalización* de la dominación europea tal como se fue ejerciendo en la era moderna, tomando la forma sea de la esclavitud, sea del sistema colonial:

- 1) La racionalización *religiosa*³, esgrimiendo decretos sobrenaturales: por ejemplo refiriéndose a la Biblia, y más particularmente a un relato célebre que nos enseña que los hijos de Cam fueron condenados a la esclavitud en beneficio de los hijos de Sem⁴.
- 2) La racionalización *naturalista*, que acabó fundamentándose en el último tercio del siglo XIX sobre la teoría de la evolución interpretada en el sentido del “darwinismo social”: la prueba de la superioridad reside en la dominación, representa una victoria en la “lucha por la existencia”. De suerte que, como lo nota Linton, “la dominación europea se transforma en su propia justificación”⁵.

Como también lo había claramente apuntado Frederick Douglass, la esclavitud no se reduce a un proceso de explotación o al robo del trabajo de un hombre: también es, y más profundamente, “el asesinato de su alma”⁶. La explotación está acompañada por un proceso de *deshumanización* mediante el cual “se transforma a un hombre en un animal”⁷. En este

² R. Linton, *De l’homme* (1936), trad. francesa Y. Delsaut, París, Minuit, p. 66-67.

³ Ver E. Franklin Frazier, *Race and Culture Contacts in the Modern World* (1957), Boston, Beacon Press, 1968, p. 269-270.

⁴ Ver Génesis 9, 21-27. Noé, padre de Cam, Sem y Japhet, arroja su maldición sobre Canaán, hijo de Cam: “¡Maldito sea Canaan! Siervo de siervos será a sus hermanos”. También dice: “¡Bendito Jehová el dios de Sem. Y séale Canaán siervo”. Ver Louis Sala-Molins, *Le Code noir ou le calvaire de Canaan*, París, PUF, 1987, p. 21 y sig.

⁵ Linton, *ibid.*, p. 67.

⁶ F. Douglass, discurso pronunciado en Belfast en diciembre de 1845; citado por William Meely, *Frederick Douglass*, Nueva York, W. W., Norton, 1991, p. 128 (ver también Dinesh D’Souza, *The End of Racism*, Nueva York, The Free Press, 1995, p. 92).

⁷ F. Douglass, *The Life and Times of Frederick Douglass*, Nueva York, Collier Books, 1962, p. 124.

punto interviene la operación racista por excelencia: la *proyección* del efecto del sistema sobre la víctima del sistema, la censura de la víctima, atribuyéndole la causalidad del daño.

Un cierto número de investigaciones en psicología social han enfatizado la importancia de lo que podría llamarse la *racionalización conservadora*, basada sobre la “creencia en un mundo justo”, en el cual se puede sin embargo observar a individuos en posición de víctimas, de exclusión o de inferiorización. Por ejemplo, los trabajos de Melvin J. Lerner⁸ se basan sobre la hipótesis que, frente a situaciones deplorables, los actores sociales tienden a explicarlas achacando su causa a los individuos victimizados o a los miembros de los grupos caídos en desgracia, más que a la casualidad o al entorno social. Creer en un mundo justo, ordenado, controlable y previsible, es entonces creer que los individuos que parecen ser víctimas de injusticias o de infelices acontecimientos son en realidad responsables de su triste situación. En verdad se trata aquí de elaborar una “sociodicea”, a través de estrategias cognitivas que apuntan a encontrar explicaciones o “buenas razones” al estado lamentable de las cosas observables. Estas estrategias vienen a privilegiar un modo de atribución causal, el mismo que consiste en explicar las desigualdades sociales mediante las características de las personas o los grupos inferiorizados o marginalizados.

La racionalización conservadora llega de esta manera a una justificación absoluta del *statu quo*, expresada a través de la siguiente convicción: “la gente consigue lo que merece y [...] merece lo que le pasa”⁹. La más clara y radical ilustración histórica de esta convicción justificadora se encuentra en las corrientes del “darwinismo social”, que justifica todo lo que es con un simple axioma: “lo que es tenía (y tiene) que ser”. Esto presupone que, si lo que es no fuera, habría que inventarlo y “hacerlo ser”. De esta manera, parece demostrado en varios trabajos de psicología social que “tanto más grande es la distancia entre la inocencia de la víctima y la creencia en un mundo justo, tanto más se rebajará y devaluará a la víctima, para reestablecer un equilibrio entre la realidad observada

⁸ Melvin J. Lerner, *The Belief in a Just World. A Fundamental Delusion*, Nueva York, Plenum Press, 1980; *id.*, “Le thème de la justice ou le besoin de justifier”, *Bulletin de psychologie*, 39, 1986, p. 205-211.

⁹ Jean-Pierre Deconchy, “Systèmes de croyances et représentations idéologiques”, en Serge Moscovici (dir.), *Psychologie sociale*, París, PUF, 1984, p. 349. Ver también James Q. Wilson, *Le Sens moral* (1993), trad. francesa R. Guyonnet, París, Commentaire/Plon, 1995, p. 84-85.

y la creencia en un mundo justo”¹⁰. Ya no existen entonces víctimas inocentes, sino sólo dudosos individuos cuya predisposición basta para explicar los padecimientos. La explicación “disposicional” o “predisposicional” de la pobreza, la marginalización o la miseria de las personas equivale a censurar a la víctima con una buena consciencia inatacable. Volvemos a encontrar, una vez más, el “error fundamental en la atribución”: atribuir a las disposiciones o predisposiciones del sujeto lo que es del dominio de los factores de situación.

Ilustremos brevemente la argumentación racializante clásica, que consiste en *racionalizar* prejuicios y estereotipos anti-negros *naturalizando* ciertos atributos negativos de la “raza” deshumanizada, mediante una *proyección* de las consecuencias de la explotación racializante sobre la naturaleza específica de la “raza negra”.

En 1803, en el artículo “Negro” del *Nuevo Diccionario de historia natural*¹¹, el muy respetado médico y antropólogo Julien-Joseph Virey expresaba la idea corriente de su época (la cual, sobreviviendo a la abolición de la esclavitud, durará mucho más allá del siglo XIX), reafirmando a su manera, y no sin hacer alarde de un cierto cinismo, la tesis del “esclavo nato” aplicada al “negro”: “El negro es y siempre será esclavo; lo exige el interés, lo pide la política, y se somete a ello casi sin problema por su propia constitución: no se oirán nunca entonces a los reclamos contrarios”¹².

De suerte que la esclavitud sería entonces ordenada por la misma naturaleza: algunas razas humanas estarían destinadas a ser esclavas. Y la objetividad del saber científico garantizaría la realidad de este destino natural. Por ejemplo, el famoso naturalista Carl Vogt pensaba hablar en el solo nombre de la ciencia cuando enumeraba las “pruebas” de su convicción de una inferioridad natural de la “especie negra” y la comparaba a la vez con los simios superiores (chimpancés y orangutanes), los niños, las mujeres y los ancianos de las “razas blancas”¹³. Vogt llegaba incluso a dudar de la adquisición, por parte del

¹⁰ Jean-Claude Deschamps, Jean-Louis Beauvois, “Attributions intergroupes”, en Richard Y. Bourhis y Jacques-Philippe Leyens (dir.), *Stéréotypes, discrimination et relations intergroupes*, Lieja, Mardaga, 1994, p. 119.

¹¹ París, imprimerie de Crapelet, Deterville, t. XV, p. 431-457.

¹² *Ibid.*, p. 440. Ver Claude Blanckaert, “La science de l’homme entre humanité et inhumanité”, en C. Blanckaert (dir.), *Des sciences contre l’homme*, París, Éditions Autrement, 1993, vol. 1, p. 18. Para las reacciones críticas provocadas por el artículo “Negro”, ver Claude Bénichou y Claude Blanckaert (dir.), *Julien-Joseph Virey, naturaliste et anthropologue*, París, Vrin, 1988, p. 117-119.

¹³ Cf. Carl Vogt, *Leçons sur l’homme, sa place dans la création et dans l’histoire de la terre*, trad. francesa, J.J. Moulinié, París, Reinwald, 1865; 2ª ed. revisada por E. Barbier, 1878, p. 252-254.

“negro”, de la postura recta: “El negro rara vez se mantiene completamente derecho: la mayor parte del tiempo, sus rodillas quedan un poco dobladas y su pierna encorvada y arqueada”¹⁴.

Un “parentesco simiesco”¹⁵ se deja así “entrever” para las mentes ilustradas por la ciencia: y no hablamos de una ciencia marginal o hecha por marginales, sino de la ciencia normal, reconocida como tal por la comunidad intelectual. La ciencia cuya marcha triunfal encarnaba la idea de progreso, la de un movimiento lineal, necesario, indefinido, yendo desde el bien menor hacia el mejor. La ciencia fue aquí reducida a una doble función de racionalización de la dominación y de legitimación de los prejuicios etnocéntricos (entre ellos el “prejuicio de color”). La censura de la víctima podía ser garantizada por la autoridad científica.

Nacimientos modernos del racismo y doctrinas racialistas

El siglo XIX bien puede ser visto como la época de las “concepciones del mundo”, de estas nuevas gnosis en las cuales el saber científico llega a adornar mitos religiosos o políticos, para transformarse a su vez en mitología, un discurso cientista con una pretensión profética. Este eclipse de la dimensión crítica y problemática del conocimiento se produjo de manera lamentablemente ejemplar en las doctrinas político-científicas basadas sobre la idea de “raza”. Como elaboraciones ideológicas centradas sobre una intención explicativa, las llamaremos “racialistas”; y las calificaremos de “racistas” porque incluyen prescripciones, definen valores y normas que se traducen en discriminaciones o segregaciones, expulsiones o persecuciones, incluso exterminaciones.

Asumimos que el racismo no puede ser reducido a las actitudes o comportamientos etnocéntricos, que con buenas razones pueden ser considerados como universales, y que se trata más bien de un fenómeno moderno, nacido en Europa y en las Américas, desde mediados del siglo XV hasta inicios del siglo XIX. Esta hipótesis implica que el racismo nació con la aparición de las primeras clasificaciones jerarquizantes de las “razas humanas” vistas como variedades de la especie humana, aún si los naturalistas del siglo XVIII (Buffon, 1749; Linné, 1758), y luego los primeros antropólogos que recurrieron a la

¹⁴ *Ibid.*, p. 228. Ver C. Blanckaert, art. Cit., 1993, p. 16-19.

¹⁵ C. Vogt, *ibid.*, p. 228.

craneología (Blumenbach, Camper), contribuyeron a asentar muchos prejuicios y estereotipos acerca de las razas “superiores” e “inferiores”. En el primerísimo esbozo de una clasificación de las “diferentes especies o razas de hombres” que viven “en la Tierra” (1684), que debemos a François Bernier (1620-1688), las “razas de hombres” están diferenciadas según su distribución geográfica, algunos caracteres somáticos como el color de la piel, el tamaño, la forma de la nariz, etc. –transmitidos, según el filósofo-médico, mediante la generación (y entonces hereditarios)– y por las costumbres: pero se debe reconocer que no se encuentra en esta propuesta la afirmación de la superioridad absoluta de los europeos, como tampoco la de la belleza superior de la “raza blanca” (tesis que la mayoría de los naturalistas y antropólogos enunciarían como una evidencia a partir de finales del siglo XVIII)¹⁶.

Si bien nació en los albores de la modernidad, y en diversos lugares, antes de mediados del siglo XIX el racismo no se había constituido en una visión del mundo, en metafísica de la historia y en ideología política, en suma en racialismo. La referencia a la “sangre” precedió la referencia a la “raza” en un sentido clasificatorio; el temor por la mezcla de “sangres” y la obsesión por la “limpieza de sangre” propiciaron un imaginario proto-racista mucho antes de la construcción de la categoría clasificatoria de “raza humana” y la elaboración de una escala unilineal que permitía jerarquizar a las “razas” identificadas según un modelo prontamente estandarizado (de arriba abajo: los blancos, los amarillos, los negros). En los siglos XVI y XVII, la idea misma de “raza” opera de una manera totalmente diferente que en el marco del pensamiento taxonómico del siglo XVIII: la “raza” es primero la familia, el linaje, la progenie. En este sentido genealógico, la “raza” designa a un conjunto de individuos que tienen un origen y antepasados comunes (o se supone los tienen). La diferencia de los orígenes es entonces determinante.

El imaginario de la “sangre” y el de la “raza” (entendida como “linaje” y todavía no como “tipo” o “sub-especie”) se articulan en tres diferentes contextos, que son los del proto-racismo occidental: 1) el mito de la “limpieza de sangre” en España y Portugal a lo largo de los siglos XV, XVI y XVII, y el consiguiente temor a una “mancha de sangre” por

¹⁶ El artículo de F. Bernier fue publicado el 24 de abril de 1684 en el *Journal des Sçavans*, sin nombre de autor, bajo el título: “Nouvelle division de la Terre par les différentes Espèces ou Races d’hommes qui l’habitent, envoyé par un fameux voyageur à M. l’Abbé de la Chambre, à peu près en ces termes”. Bernier distingue en este escrito entre los europeos, los africanos, los asiáticos y los “lapones”, y confiesa su perplejidad sobre la eventual quinta “raza de hombres” que podrían representar los “americanos”.

los matrimonios entre “cristianos antiguos” y recién convertidos (descendientes de judíos o de moros)¹⁷; 2) la llamada doctrina aristocrática francesa de las “dos razas” antagónicas, que se suponía constituían la población de Francia (la nobleza auténtica, los “nobles de raza”, representando a los descendientes de los vencedores, francos o germanos, y los plebeyos a los galo-romanos), lo que implicaba un temor a la “hipogamia” que alteraría la sangre “clara y pura” de los hidalgos con la “vil y abyecta” de la plebe; y 3) el surgimiento de un imaginario anti-mezcla en las Antillas y en ambas Américas, en torno al mestizaje entre blancos y negros, es decir entre los amos europeos y sus esclavos africanos, suponiendo que “un poco de sangre negra” bastaba para que la raza-linaje fuese irremediabilmente “manchada”¹⁸. El fantasma de la “sangre negra” aparece desde entonces como una potencia de contaminación, lejano modelo de la obsesión central del antisemitismo racial a la alemana, la de una “infección” de la “sangre alemana” por la “sangre judía” asimilada a un “veneno” (Julius Streicher, siguiendo a Eugen Dühring)¹⁹. Antes de ser tematizada, afirmada y teorizada, la desigualdad entre las “razas” es implícita en las convicciones y las prácticas anti-mestizaje: los matices de los colores de la piel se van a transformar paulatinamente en el indicador visible de una diferencia de naturaleza de las “sangres”, invisibles portadoras de cualidades hereditarias superiores o inferiores. Las teorías racialistas y los racismos ideológicos de los siglos XIX y XX van a repensar estas representaciones, temores y esquemas, y reelaborarlos en el marco de un proyecto, positivista o materialista, de fundación de la “ciencia del hombre”, presuponiendo no solamente la existencia de clasificaciones naturalistas de las “razas humanas”, sino también

¹⁷ Ver el importante estudio de Yosef Hayim Terushalmi : “L’antisémitisme racial est-il apparu au XX^e siècle? De la *limpieza de sangre* espagnole au nazisme: continuités et ruptures”, *Esprit*, n° 190, marzo-abril de 1993, pp. 5-35.

¹⁸ Para una visión de conjunto, ver mi libro *Le Racisme*, París, Flammarion, 1997 y 3ra ed. aumentada, 2001, p. 19-43. Para ahondar en estos temas, ver Claude-Gilbert Dubois, *Celtes et Gaulois au XVI^e siècle. Le développement littéraire d’un mythe nationaliste*, París, Vrin, 1972 ; André Devyver, *Le Sang épuré. Les préjugés de race chez les gentilshommes français de l’Ancien Régime (1560-1880)*, Bruselas, Éditions de l’université de Bruxelles, 1973 ; William B. Cohen, *Français et Africains. Les Noirs dans le regard des Blancs, 1530-1880*, trad. francesa de C. Garnier, París, Gallimard, 1981 (1^{ra} ed. americana, 1980) ; Michael Banton, *Sociologie des relations raciales*, trad. francesa de Marie Maignon, París, Payot, 1971 (1^{ra} ed. inglesa, 1967) ; *id.*, *Racial Theories*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987 ; Jean-Luc Bonniol, *La Couleur comme maléfice. Une illustration créole de la généalogie des Blancs et des Noirs*, París, Albin Michel, 1992 ; Michel Foucault, “*Il faut défendre la société*”. *Cours au Collège de France (1975-1976)*, París, Gallimard/Seuil, 1997.

¹⁹ Sobre el tema anti-judío racista del “envenenamiento de la sangre”, ver Cornelia Essner, “Qui sera ‘juif’? La classification ‘raciale’ nazie des lois de Nuremberg à la conférence de Wannsee”, *Génèse*, 21, diciembre de 1995, p. 5-7.

la descripción “científica” de sus “caracteres distintivos” y sus “aptitudes respectivas”, la de sus costumbres contrastadas también, mediante la etnología y la antropología *stricto sensu* (la antropología física), y el estudio de sus respectivas lenguas por la filología histórica y comparada. Después de la publicación del *Origen de las especies* (1859) de Darwin, se ideologizó la teoría de la evolución mediante la selección natural, y surgieron de esta manera el evolucionismo social y el “darwinismo social”, como nuevos marcos para repensar la idea de “raza” según la distinción entre “razas primitivas” y “razas civilizadas”, o entre “razas menos evolucionadas” y “razas más evolucionadas”, presuponiendo la gnosis del progreso –de ahí la reformulación siempre posible de la afirmación de desigualdad mediante la distinción entre “razas” no perfectibles y “razas” perfectibles. El surgimiento, alrededor de los años 1865-1883, del proyecto eugenésico de mejoramiento de las “cualidades hereditarias” de las “razas superiores” o de los pueblos compuestos por “razas superiores” (los pueblos europeos por supuesto), dará a la idea de “raza” un poderoso medio de reciclaje, susceptible de relacionarla más directamente con un programa político reformista o revolucionario. El horizonte del racismo eugenésico es, de hecho, un horizonte de mejoría: el hombre puede y debe dominar su reproducción para orientarla hacia el mejoramiento de sus rasgos hereditarios. Transformándose en un ideal racial a ser concretado por la selección de los procreadores, la “raza” se vuelve un objetivo.

Las cuatro figuras del racismo

La palabra “racismo” se refiere hoy a actitudes (opiniones, creencias, prejuicios, estereotipos), comportamientos o prácticas sociales (apartar, discriminar, segregar, perseguir, etc.), funcionamientos institucionales de tipo exclusionista, y a construcciones ideológicas que se presentan como doctrinas o teorías. En el presente texto, que trata de lo que se suele llamar la historia de las ideas, sólo abordamos el racismo como elaboración doctrinal, con el afán de demostrar que el espacio ideológico del racismo “clásico”, considerado en su punto de realización a mediados del siglo XIX, no es para nada homogéneo²⁰. Si bien todas las doctrinas centradas alrededor de la idea de “raza”

²⁰ Sobre el racismo como fenómeno ideológico, ver Colette Guillaumin, *L'Idéologie raciste. Genèse et langage actuel*, París y La Haye, Mouton, 1972; id., “Caractères spécifiques de l'idéologie raciste”, *Cahiers internationaux de sociologie*, vol. LIII, 1972, pp. 247-274; Michael Banton, *Racial Theories*, op. cit.; Pierre-André Taguieff, *La Force du préjugé. Essai sur le racisme et ses doubles*, París, La Découverte, 1988 y

constituyen a la vez visiones del mundo, filosofías de la historia y esbozos de la “ciencia del hombre” que se procuraba fundar²¹, su análisis comparativo permite mostrar que es posible reducirlas a tres “tipos ideales” de sistemas racialistas. Estos sistemas de pensamiento contruidos alrededor de la idea de “raza” difieren en cuanto a los campos del conocimiento que solicitan y movilizan (desde la antropología física hasta la biología evolucionista, desde la etnografía hasta la filología histórica y comparada), pero se oponen sobretodo nítidamente por las orientaciones sociales y políticas que implican, estén éstas apenas sugeridas o por el contrario claramente definidas. Examinaremos sucesivamente el racialismo pesimista (Arthur de Gobineau), el racialismo evolucionista acoplado con el “darwinismo social” en el estricto sentido de la expresión polémica (Gustave Le Bon), el racismo biológico fundador del antisemitismo nacionalista (Édouard Drumont, Jules Soury, Maurice Barrès) y el racialismo eugenésico con mira “socialista” (Georges Vacher de Lapouge).

La doctrina racialista de Gobineau encarna la primera orientación del pensamiento sobre la “raza” en el siglo XIX, en el cruce entre el materialismo biológico, un pesimismo cultural singular y una visión de la historia como decadencia final²². El *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* ilustra a la vez un trabajo de síntesis de una multiplicidad de conocimientos (la historiografía de los “orígenes” derivada de la doctrina aristocrática de las “dos razas enemigas” que coexisten en la nación francesa; la etnografía nacida de los “relatos de viaje”; la antropología física clasificatoria; la gramática histórica y comparada de las lenguas semíticas e indoeuropeas), y la articulación de un cierto número de temas o esquemas que se inscribieron en el imaginario europeo desde fines del siglo XV hasta inicios del siglo XIX (el temor a la mezcla de las “sangres” o al mestizaje; el esquema

Gallimard, 1990 ; Tzvetan Todorov, *Nous et les autres. La réflexion française sur la diversité humaine*, Paris, Le Seuil, 1989 ; David Theo Goldberg, *Racist Culture*, Oxford, Blackwell, 1993.

²¹ Ver Théophile Simar, *Étude critique sur la formation de la doctrine des races au XVIII^e siècle et son expansion au XIX^e siècle*, Bruselas, Maurice Lamertin, Académie royale de Belgique, Classe des Lettres, Mémoires, 2^{da} serie, XVII, 1922 ; John R. Baker, *Race*, Oxford, Oxford University Press, 1974 ; Michael Banton, *The Idea of Race*, Londres, Tavistock, 1977. Más específicamente, ver Michèle Duchet, *Anthropologie et histoire au siècle des Lumières*, Paris, Maspero, 1971 ; Arlette Jouanna, *L’Idée de race en France au XVI^e siècle et au début du XVII^e siècle (1498-1614)*, Paris, Honoré Champion/Lille, Atelier de reproduction des thèses, 1976, 3 vol. ; Jacqueline Duvernay-Bolens, *Les Géants patagons. Voyage aux origines de l’homme*, Paris, Michalon, 1995) ; Jean Gayon, “Le philosophe et la notion de race”, *L’Aventure humaine*, n° 8, diciembre de 1997, pp.19-43.

²² Ver el lindo estudio de Claude Blanckaert, “L’ethnographie de la décadence. Culture morale et mort des races (XVII^e-XIX^e siècles)”, *Gradhiva*, n° 11, 1992 pp.47-65.

de la “lucha de las razas”; el axioma de la desigualdad de las “razas humanas”; el mito repulsivo de la decadencia, vista tanto como un ocaso cultural o intelectual que como una degeneración biológica)²³. El racialismo de Gobineau es una teoría de la raza perdida, la larga narración de la desaparición de la “sangre pura” por causa de las mezclas interracialas²⁴. Desemboca sobre la contemplación entristecida, sin esperanza, del paisaje final de la decadencia de la especie humana. El pesimismo antimoderno y contrarrevolucionario del hombre Gobineau concuerda perfectamente con la mirada resignada que el autor del *Ensayo...* echa sobre la historia universal. Semejante posición de reaccionario privado de esperanza es incompatible con la formulación de cualquier proyecto político²⁵.

Si bien la cuestión de la mezcla racial está en el centro de los racialismos pesimistas a la Gobineau, el esquema de la “lucha de las razas” es constitutivo de los racialismos evolucionistas, que suponen que la “lucha por la existencia” entre los grupos humanos (razas “naturales” o “históricas”, naciones, etc.) es la condición necesaria y suficiente del

²³ El tema de la degeneración (en francés “dégénérescence”, término que tiende a reemplazar el de “dégénération” a mediados del siglo XIX), crece en importancia durante el siglo XIX, en las ciencias antropológicas y médicas para las cuales la gran pregunta es la de la herencia, luego de la publicación de dos obras científicas: Prosper Lucas, *Traité philosophique et physiologique de l'hérédité naturelle dans les états de santé et de maladie du système nerveux...* (París, J.-B. Baillière, 1847 y 1850, 2 vol.), y Bénédicte-Augustin Morel, *Traité des dégénérescences physiques, intellectuelles et morales de l'espèce humaine et des causes qui produisent ces variétés maladives* (París, J.-B. Baillière, 1857). Ver Georges Génil-Perrin, *Histoire des origines et de l'évolution de l'idée de dégénérescence en médecine mentale*, París, Alfred Leclerc, 1913; Bernard Blan, “Prosper Lucas”, in Claude Bénichou, *L'Ordre des caractères. Aspects de l'hérédité dans l'histoire des sciences de l'homme*, París, Vrin, 1989, pp. 49-71; Jean-Christophe Coffin, “La théorie des dégénérescences et sa réception, 1857-1860”, *Sexe et Race*, t. VI, 1991, pp. 39-58; Jacques Hoffmann, “La théorie de la dégénérescence de B.-A. Morel, ses origines et son évolution”, in Patrick Tort (dir.), *Darwinisme et Société*, París, PUF, 1992, pp.401-412; Georges Vigarello, *Le Sain et le Malsain. Santé et mieux-être depuis le Moyen Âge*, París, Le Seuil, 1993, p. 220 y sig.; Anne Carol, *Histoire de l'eugénisme en France. Les médecins et la procréation, XIX^e-XX^e siècles*, París, Le Seuil, 1995, pp. 87-136. Ver también la introducción americana del famoso libro de Max Nordau, *Entartung* (1892) : *Degeneration*, Nueva York, Howard Fertig, 1968, pp. 1-44; el estudio de Steven E. Aschheim, “Max Nordau, Friedrich Nietzsche and *Degeneration*”, *Journal of Contemporary History*, 28, 1993, pp. 643-657; y finalmente los trabajos de Sander L. Gilman, en particular el compendio de ensayos: *Difference and Pathology: Stereotypes of Sexuality, Race and Abidness*, Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1985.

²⁴ Entre los análisis históricos y críticos clásicos del gobinismo, ver los de Maurice Lange, *Le Comte Arthur de Gobineau. Étude biographique et critique*, Estrasburgo y París, Publications de la Faculté des Lettres de Strasbourg, fascículo 22, 1924; Frank H. Hankins, *La Race dans la civilisation. Une critique de la doctrine nordique* [1926], trad. francesa (anónima), París, Payot, 1935, pp. 53-74 ; Jacques Barzun, *Race: A Study in Modern Superstition*, Nueva York, 1937 y luego Londres, Methuen, 1938, p. 72 y sig.; Andrée Combris, *La Philosophie des races de Gobineau et sa portée actuelle*, París, Alcan, 1938; Ruth Benedict, *Race: Science and Politics*, Nueva York 1940, p. 85 y sig.; Michael Biddiss, *Images of Race*, Leicester, Leicester University Press, 1979; Thomas F. Gossett, *Race: The History of an Idea in America*, Southern Methodist University Press, 1963, y luego Nueva York, Oxford University Press, 1997 (New Edition), p. 342 y sig.

²⁵ Sobre esta dimensión “impolítica” del racialismo de Gobineau, ver mis libros *La Force du Préjugé. Essai sur le racisme et ses doubles*, op. cit., pp. 22-23, 150-151; *Les Fins de l'antiracisme*, París, Michalon, 1995, pp. 58-59, 134 y sig., 147 y sig.

progreso –tesis fundamental de lo que se suele llamar el “darwinismo social”²⁶. En el marco de la concepción evolucionista del progreso, se redefine la tesis de la desigualdad entre las razas proyectando éstas sobre una escala unilineal en la cual el criterio de la facultad de progresar (la perfectibilidad) se confunde entonces con la capacidad de sobrevivir en la “lucha por la vida” (la “supervivencia de los más aptos”), cuyos testigos podrían ser tanto el éxito social como la victoria militar, el progreso científico y técnico como el hecho de tener una importante descendencia. Si bien el gobinismo es una impolítica, el racialismo evolucionista tiende por el contrario a definir el mejor régimen político como aquel que permite a la “lucha por la vida” y a la selección de los “mejores” operar sin obstáculos: el régimen del “*laisser-faire*” o de la “libre competencia”. Esta orientación pro-capitalista y liberal-conservadora es la de los verdaderos “darwinistas sociales” (que sólo son darwinianos por el vocabulario prestado), cuyo representante entre los más famosos es, en Francia, Gustave Le Bon²⁷.

El tercer tipo de racialismo que podemos identificar distintamente en las dos últimas décadas del siglo XIX se presenta como un determinismo biológico que toma la forma de un determinismo racial y se aplica al mismo tiempo al “asunto judío” y al asunto nacional. La concepción racista del antagonismo entre ambas “razas” aria y semítica constituye el núcleo duro de la ideología antisemítica, digamos del racismo dirigido en contra de los judíos identificados como los representantes de una “raza” extranjera y enemiga. Se atribuye a los judíos, imaginados como un grupo de conspiradores, un poder desmesurado que se manifiesta sea en la revolución, sea en el capitalismo (las “altas finanzas”). De ahí la conformación y la difusión de un mito conspiracionista, que promueve la fantasmagoría de los judíos como una potencia internacional oculta que aspira a la conquista del mundo o

²⁶ Ver mi libro *Du progrès. Biographie d'une utopie moderne*, París, Libro, 2001, pp. 79-88. Para un análisis histórico y comparativo, ver Mike Hawkins, *Social Darwinism in European and American Thought, 1860-1945: Nature As Model and Nature As Threat*, Nueva York, Cambridge University Press, 1997. Ver también Daniel Becquemont, “Aspects du darwinisme social anglo-saxon”, in Patrick Tort (dir.), *Darwinisme et société*, París, PUF, 1992, pp. 137-160; Britta Rupp-Eisenreich, “Le darwinisme social en Allemagne”, in *ibid.*, pp.169-236.

²⁷ Por ello es lamentable que, en su libro por lo demás muy interesante, *Social Darwinism in France* (University of Alabama Press, 1984) Linda D.Clark no distingue entre darwinistas sociales y partidarios de la eugenesia. Se crea así una confusión que asimila toscamente a un liberalismo económico radical (que exige lo menos posible del Estado) con un dirigismo de tipo socialista (que apunta a crear “el Hombre Nuevo”). A decir verdad, esta confusión entre darwinismo social y eugenesia es recurrente, en particular en los estudios científicos en francés.

ejerce una dominación total²⁸. La heterofobia se vuelve aquí xenofobia, y tiende a agudizarse en una judeofobia que se alimenta menos de antijudaísmo cristiano (más precisamente católico²⁹) que de anticapitalismo anárquico-socialista y de imaginario racial (creencia en herencias diferenciales de raza, postulado de la lucha de las razas, etc.). El llamado de Édouard Dumont para defender “la antigua Francia” contra la “conquista judía” está en el corazón del antisemitismo moderno a la francesa. Se trata de un antisemitismo político, que se puede entender en primer lugar como una reacción en contra del movimiento de emancipación y asimilación de los judíos en el moderno Estado-Nación³⁰, y en segundo lugar como un rechazo de la republicanización de Francia que se acelera en los años 1880 y 1890. En este sentido estricto, el antisemitismo moderno de fines del siglo XIX es inseparable del nacionalismo étnico o racial tal como los elaboraron doctrinalmente y lo ilustraron políticamente Jules Soury o Maurice Barrès³¹ en la época del asunto Dreyfus³². Este proceso de racialización del nacionalismo implica una triple reducción: de lo nacional a lo étnico, de lo étnico a lo racial, y de lo racial a lo biológico. El nacionalismo con base etno-racial constituye tanto un cuerpo de doctrinas como un proyecto político: se trata de defender la sustancial identidad francesa, amenazada por peligros de disolución, de mancha y de destrucción.

El cuarto tipo de doctrina racialista, que surge durante el último tercio del siglo XIX, es el producto de una síntesis de la teoría de las razas basada sobre el principio del determinismo biológico-racial (“tal raza, tal cultura”, o “tal raza, tal conjunto de aptitudes”), y del proyecto eugenésico, utópico programa de mejoramiento de las cualidades hereditarias de tal o cual población mediante la selección sistemática y

²⁸ Ver en particular Norman Cohn, *Histoire d'un mythe. La "Conspiration" juive et les Protocoles des Sages de Sion*, trad. francesa de Léon Poliakov, París, Gallimard, 1967; Léon Poliakov, *Histoire de l'antisémitisme, t. III: De Voltaire à Wagner*, París, Calmann-Lévy, 1968; Jacob Katz, *From Prejudice to Destruction: Anti-Semitism, 1700-1933*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1980.

²⁹ Ver sin embargo Pierre Sorlin, *“La Croix” et les Juifs (1880-1899). Contribution à l'histoire de l'antisémitisme contemporain*, París Grasset, 1967.

³⁰ Ver Hannah Arendt, *Sur l'antisémitisme*, trad. francesa de Micheline Pouteau, París, Calmann-Lévy, 1973 (corresponde a la primera parte de la compilación *Origines du totalitarisme*, Nueva York, 1951).

³¹ Ver los trabajos pioneros de Zeev Sternhell: *Maurice Barrès et le nationalisme français*, París, Armand Colin, 1972; *La Droite révolutionnaire 1885-1914. Les origines françaises du fascisme*, París, Le Seuil, 1978. Ver también mi estudio “Le nationalisme des ‘nationalistes’. Un problème pour l'histoire des idées politiques en France”, in Gil Delannoï et Pierre-André Taguieff (dir.), *Théories du nationalisme. Nation, nationalité, ethnicité*, París, Kimé, 1991, pp. 47-124.

³² Ver Robert F. Byrnes, *Antisemitism in Modern France, t. I: The Prologue to the Dreyfus Affair*, New Brunswick, New Jersey, Rutgers University Press, 1950; Zeev Sternhell, *op. cit.*, 1978, pp. 177-224.

voluntaria. Aquí, la “raza” ya no pertenece solamente a algo dado, no se reduce a un bien natural cuya degradación o pérdida se podría deplorar, o que tendríamos que conservar. La “raza” se debe primero crear, se piensa entonces en las “razas superiores” como en el producto de una fabricación voluntaria, recurriendo a los métodos de selección sistemática de la zootecnia. El “seleccionismo” de Georges Vacher de Lapouge, discípulo francés de Francis Galton y Ernst Haeckel³³ ilustra esta cuarta orientación de los pensamientos sobre la raza en el siglo XIX: la eugenesia racial o el racismo eugenésico –cuyo equivalente en alemán fue la “higiene racial” (*Rassenhygiene*), cuando esta expresión fue introducida en 1895 por Alfred Ploetz³⁴. La eugenesia racial presupone un diagnóstico de “ocaso” o “decadencia”, que implica un temor hacia la “degeneración” o de la “deterioración” de las “cualidades hereditarias” (o “raciales”) de una población dada (que puede llegar a incluir a toda la especie humana)³⁵. No es posible realizar el programa “seleccionista” sin la presencia de un estado intervencionista que controle las uniones y la procreación. Racistas o no, los partidarios de la eugenesia no creen en las virtudes del “laissez-faire”: la concretización de su proyecto de “refundición” de la naturaleza humana necesita por el contrario de un Estado fuerte, autoritario, incluso totalitario. De ahí las afinidades entre el “seleccionismo” y el socialismo de Estado: en ambos casos, se pone el liderazgo al servicio de la creación del “hombre nuevo”, hombre mejorado o superhombre³⁶. El compromiso

³³ La referencia reivindicada por Ernst Haeckel (1834-1919), un zoólogo alemán abiertamente darwinista que se impuso en el campo científico en los años 1860 y 1870, se vuelve a encontrar tanto en los textos de los “darwinistas sociales” como en los de los partidarios de la eugenesia. Sobre la importancia de Haeckel en la historia de las ideologías políticas, ver Daniel Gasman, *The Scientific Origins of National Socialism: Social Darwinism in Ernst Haeckel and the German Monist League*, Londres, Macdonald, 1971; *id.*, *Haeckel's Monism and the Birth of Fascist Ideology*, Nueva York, Peter Lang, 1998; Alfred Kelly, *The Descent of Darwin: The Popularization of Darwin in Germany, 1860-1914*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1981; Mario Di Gregorio, “Entre Méphistophélès et Luther: Ernst Haeckel et la réforme de l'univers”, in Patrick Tort (dir.), *Darwinisme et Société, op. cit.*, pp. 237-283. Haeckel fue uno de los principales legitimadores y un incansable vulgarizador de la clasificación evolucionista de las razas: sobre este tema, ver André Pichot, *La Société pure. De Darwin à Hitler*, París, Flammarion, 2000, pp. 317-339.

³⁴ Ver Sheila Faith Weiss, “The Race Hygiene Movement in Germany, 1904-1945”, in Mark B. Adams (ed.), *The Wellborn Science: Eugenics in Germany, France, Brazil and Russia*, Nueva York, Oxford University Press, 1990, pp. 8-68; Rolf Peter Sieferle, “Rassismus, Rassenhygiene, Menschenzuchideale”, in Uwe Puschner, Walter Schmits y Justus H. Ulbricht (dir.), *Handbuch zur “Völkischen Bewegung” 1871-1918*, Munich, K. G. Saur Verlag, 1996, pp. 436-448; Paul Weindling, *L'Hygiène de la race. I. Hygiène raciale et eugénisme médical en Allemagne, 1870-1932*, trad. francesa de Bernard Frumer, prefacio de Benoît Massin, París, La Découverte, 1998.

³⁵ Ver mi estudio “Eugénisme ou décadence? L'exception française”, *Ethnologie française*, t. XXIV, n° 1, enero-marzo de 1994, pp.81-103.

³⁶ Sobre los orígenes y el desarrollo del proyecto eugenésico moderno, ver mi libro *Du Progrès, op. cit.*, pp. 111-145. Sobre la eugenesia en Francia a partir de fines del siglo XIX, ver William H. Schneider, *Quality and*

socialista de Lapouge –entre 1886 y 1893– demuestra cabalmente esta convergencia entre ambos proyectos, más allá de lo que les separa (lucha de clases/lucha de razas, materialismo económico/materialismo biológico, “regeneración”³⁷ de la humanidad mediante la educación del ciudadano/mediante la selección de los procreadores, ideal igualitario/ideal jerárquico, orientación universalista/orientación diferencialista). Sacada de la literatura médica y antropológica, la noción de “degeneración” será metafóricamente transferida desde lo individual hasta lo colectivo: a los individuos “degenerados” se agregarán las familias o los linajes de “degenerados”, las “razas degeneradas”, los “pueblos degenerados”. Ésta es una representación mítico-cientista presente en todas las formas de pensamientos sobre la raza, coincidan o no con el darwinismo social, la eugenesia o el nacionalismo. En los programas de acción política, la “profilaxis de la degeneración” ocupa un lugar decisivo: se tratará de impedir la propagación de la “degeneración” por diversos medios, y evitar que se multipliquen los “degenerados”. Para aquellos que postulan la transmisión hereditaria de la “degeneración”, lo importante es impedir la reproducción de los “tipos degenerados”. En 1895, los doctores Valentin Magnan y Paul Maurice Legrain definen la “degeneración” como el conjunto de síntomas que indican una baja en la intensidad vital y afectan a un “ser” supuestamente incapaz de sobrevivir en la despiadada “lucha por la existencia” y que puede imaginarse como un individuo (sendito literal) o bien, metafóricamente, como un grupo humano (“raza”, “nación”, etc.):

“La degeneración es el estado patológico de un ser que, en comparación con sus genitores más inmediatos, está constitucionalmente debilitado en su resistencia psicofísica, y cumple sólo parcialmente con las condiciones biológicas de la lucha hereditaria por la vida. Este debilitamiento, que se traduce por estigmas permanentes, es esencialmente progresivo, menos en caso de regeneración intercurrente; cuando ésta no existe, se llega más o menos rápidamente a la aniquilación de la especie”³⁸.

Quantity: The Quest for Biological Regeneration in Twentieth-Century France, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1990.

³⁷ Sobre la problemática de la “degeneración” y la “regeneración” en Francia (siglos XIX-XX), ver William H. Schneider, *op. cit.*, pp. 4-54. Para una exploración más amplia del tema de la “degeneración”, ver Robert A. Nye, *Crime, Madness and Politics in Modern France: The Medical Concept of National Decline*, Princeton, Princeton University Press, 1984; J. Edward Chamberlin y Sander L. Gilman (eds.), *Degeneration: The Dark Side of Progress*, Nueva York, Columbia University Press, 1985; Daniel Pick, *Faces of Degeneration: An European Disorder, c. 1848 - c. 1918*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989.

³⁸ Valentin Magnan y Paul Legrain, *Les Dégénérés (état mental et syndromes épisodiques)*, París, Rueff et Cie, 1895, p. 79. Sobre el “asunto profiláctico de la degeneración”, ver *ibid.*, pp. 232-235. Ambos médicos no

En Francia, el siglo XIX de las doctrinas racialistas y racistas se inicia con la síntesis de Gobineau (1853-1855) y termina a mediados del siglo XX. Pues el siglo del racismo ideológico-político no se corresponde con un siglo cronológico. La época de las visiones biológico-racistas del mundo se terminó en Europa con la desaparición del nazismo. En cuanto al racismo post-nazi, recién está empezando. El neo-racismo ya no se refiere prioritariamente a la raza biológica y ya no afirma directamente la desigualdad entre las razas. El paradigma del relativismo cultural se impuso en desmedro del evolucionismo social. Lo que, precisamente, caracteriza el neo-racismo, es su refundación sobre la base de las tesis del pluralismo cultural radical. Presupone a la vez la inconmensurabilidad y la conflictualidad de las “culturas”, anuncia como un destino el “choque de las civilizaciones” y los conflictos interétnicos, y pregona la separación entre los diferentes grupos humanos como la única política realista, conforme a la diversidad cultural de la especie humana. El determinismo etno-cultural se sustituyó al determinismo biológico-racial³⁹. Sin embargo, paralelamente, se impone un reduccionismo genético en todos los campos de las ciencias del comportamiento y de la medicina, que conlleva la tentación de un “geneticismo social” como un modo de legitimación de nuevas formas de discriminación (en el empleo, los seguros, etc.); mediante la vulgarización de la terapia génica germinal o el recurso a la clonación reproductiva, deja abierto el peligro de resucitar, la utopía eugenésica, el sueño de una humanidad perfecta o de una superhumanidad fabricada por medios biotecnológicos⁴⁰.

ocultan su preocupación: “El degenerado es un peligro social, un peligro inmediato y sobretodo futuro en el sentido que reproduce a un degenerado, es decir un menor valor y luego un nuevo ser peligroso [...] La degeneración es más que una simple enfermedad individual, se trata de un mal y un peligro social; se debe combatirla con una higiene social rigurosa” (*Ibid.*, pp. 233, 235).

³⁹ Presenté esta problemática de manera sistemática en mi libro *La Force du préjugé. Essai sur le racisme et ses doubles*, *op. cit.*

⁴⁰ Para una visión de conjunto de estos problemas, ver mi trabajo “Le racisme”, *Les Cahiers du Cévipof* (París), n° 20, 1998, pp. 3-104; Michèle Carlier y Gérard Lemaire (dir.), *Racisme et exclusion*, Grenoble, Presses Universitaires de Grenoble, 1999 (*Psychologie française*, 44(2), junio de 1999). Más precisamente, sobre el nuevo planteamiento eugenésico, ver Ruth F. Chadwick (ed.), *Ethics, Reproduction and Genetic Control*, Londres y Nueva York, Croom Helm, 1987; Troy Duster, *Retour à l'eugénisme* [1990], trad. francesa de Colette Estin, introducción de Pierre Bourdieu, París, Kimé, 1992; Philip Kitcher, *The Lives to Come*, Nueva York, Simon & Schuster, 1996; Phillip R. Sloan (ed.), *Controlling Our Destinies: Historical, Ethical and Theological Perspectives on the Humane Genome Project*, Notre Dame, Indiana, University of Notre Dame Press, 2000; Catherine Bachelard-Jobard, *L'Eugénisme, la science et le droit*, prefacio de Pierre-André Taguieff, París, PUF, 2001.

Una sociedad en orden.

Sobre algunas de las formas de la ideología racista

Colette Guillaumin

Traducción de Camila Pascal, con la amable autorización de los editores, del original:
Colette GUILLAUMIN: Une société en ordre. De quelques-unes des formes de l'idéologie
raciste. *Sociologie et Sociétés*, 1992, XXIV, 2, pp13-23.
Copyright: © Sociologie et Sociétés, PUM Montréal, 1992

Las relaciones llamadas racistas. ¿De qué estamos hablando?

Algunas relaciones sociales son llamadas “raciales”. Por razones de cortesía, esta formulación se elude con el eufemismo, más aceptable, y por lo demás más ambiguo, de relaciones “étnicas”. Étnico y racial no son estrictamente sinónimos (suponiendo que dos palabras pudieran llegar a serlo). Tampoco son contemporáneos. Como recordatorio, el término “raza” es antiguo, los diccionarios lo localizan en las lenguas latinas en la época del Renacimiento. Entonces tenía un sentido completamente distinto al que le conocemos hoy en día; donde los regímenes monárquicos entendían por “raza” los grandes linajes aristocráticos, los tiempos modernos –y esto desde el siglo XVIII, como lo más temprano, y de manera masiva a partir del siglo XIX– distinguen a grandes grupos de hombres que presentan características somáticas comunes. Estos grupos ya no tienen nada de familiar ni de aristocrático.

El término “etnia” es mucho más reciente. Su referencia griega (*ethnos*) indica su origen culto o científico. Supuestamente designa a grupos humanos definidos por su cohesión social y, además, cuyos lazos políticos pueden ser diversos; no tiene, en principio, una implicación somática. Resulta más complejo el adjetivo “étnico”, que posee por sí mismo una historia particular anterior de dos siglos: data de la segunda mitad del siglo XVIII, mientras que “etnia” remonta a la primera mitad de nuestro siglo. “Étnico” era en su

origen un equivalente de “racial”; contiene, lo queramos o no, una coloración somática a pesar de la presunta limpidez de la palabra *etnia*, cuya forma adjetiva conforma. Y el funcionamiento social es astuto: no es el término “etnia” que, borrando los presupuestos biogenéticos, ha sustituido al término “raza”, sino que el sentido del término “raza” se ha transferido subrepticamente a “etnia”. El uso banal muestra que carga con la creencia implícita –o a veces explícita– en el carácter bio-hereditario de los rasgos sociales y psicológicos.

Pero cualquiera sea la expresión utilizada, se trata de nombrar a grupos que presentan rasgos específicos diferenciados: una lengua común, una historia compartida (o el mito de tal historia), una religión, una nación de origen (o un mito nacional), etc. Conjunto nombrado “raza” de manera completamente corriente y banal en el transcurso del siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX. El término “etnia” ha tomado a su cargo este conjunto, de forma voluntarista, pues en principio aparece menos cargado de las pesadas implicaciones ligadas a las doctrinas racistas y a los regímenes políticos que implantaron una “política racial”, es decir, una intervención sobre los grupos humanos que podía ir desde la segregación a la eliminación física, hasta la construcción planificada de un grupo que presentara ciertas características físicas corporales. Fue el caso de la fabricación de los “arios” por parte del Estado nazi. Hoy en día, el uso del término “raza” ha sido prácticamente abandonado en lo que respecta a la designación de grupos concretos, empíricamente descriptibles, comprometidos en la red de relaciones sociales de las sociedades contemporáneas llamadas “multiétnicas”, “pluriétnicas”, etcétera.

No obstante, cualquiera sea el término usado para designar los grupos, la aprehensión ideológica sigue estableciendo grupos provistos de una “esencia” propia, productora de conductas y de cualidades específicas inscritas en la carne y la sangre, en resumen, de lo mismo que, a lo largo del siglo XIX y del nuestro, responde a la noción de “raza”¹.

Observaciones históricas

¹ Acerca de estos asuntos, para más detalle, me permito sugerir a Colette Guillaumin (1972), *Idéologie raciste, genèse et langage actuel*, París-La Haye, Mouton. Sobre las características específicas de la ideología racista, *Cahiers internationaux de sociologie*, (1980) “The Idea of Race and its Elevation to an Autonomous, Scientific and Legal Status”, *Sociological Theories: Race and Colonialism*, París, Unesco Press.

La afirmación que sostiene que los grupos socio-humanos son en esencia particulares, que son heterogéneos los unos respecto a los otros y, aún más, que se trataría fundamentalmente de una realidad genética, hereditaria, se fue construyendo durante más de un siglo. No es, al contrario de lo que pretende el sentido común, un asunto “inmemorial”. Se respaldó primero en una “puesta en escena” de los fenómenos observables, que fue la gran empresa de los siglos XVIII y XIX. En el transcurso del siglo XVIII es cuando las ciencias inauguraron una categoría nueva de clasificación de la humanidad: las razas. Parte importante, sin duda alguna, pero sólo una parte, del desarrollo del conocimiento que hacía de la descripción y del análisis del mundo material, a partir de ese momento emancipado de su referencia teológica, una formidable conquista; la investigación antropológica, a la vez aquella que describe el cuerpo humano y la que se interesa en las diversas formas sociales en las que se encarna la humanidad, alcanza entonces un auge sorprendente. No olvidemos tampoco (lo cual es importante para nuestro propósito) que es el momento en que el dominio material del hombre (occidental) en el mundo alcanza una amplitud y una forma sistemática jamás vista hasta entonces, en la que la exploración del mundo, el reconocimiento de las tierras, el establecimiento de las colonias –primero mercantiles y después de doblamiento –, asocian el desarrollo de las técnicas (de navegación, de cultivo, de administración, de cartografía, de taxonomía, de maquinaria...) con el desarrollo del conocimiento. Tanto el análisis como la descripción del mundo son en ese momento asociados estrechamente a las necesidades técnicas. La posesión del mundo es un trabajo técnico y científico, y las repercusiones son intelectuales e ideológicas. Fueron igualmente importantes, por lo tanto, el desarrollo de la competencia y del dominio técnico del mundo, y el de las ciencias de la naturaleza. Este conjunto provocaba e implicaba una descripción de las distintas formas de sociabilidad que practicaba la especie humana. Desde los grandes relatos de exploración y de viajes alrededor del mundo, que experimentaron en el siglo XVIII una curva exponencial después de su primer desarrollo en el siglo XVI, hasta las consideraciones filosóficas inspiradas en ellos. Desde las *Cartas persas* (Montesquieu, 1721) hasta el *Suplemento al viaje de Bougainville* (Diderot, 1772), pasando por el *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres* (Rousseau, 1755) (por citar solamente textos en lengua francesa) hasta los grandes inventarios científicos, la *Historia*

natural (*El hombre*) de Buffon (1749) o el *Systema naturae* (en latín) de Linné (1758), la reflexión sobre la variedad de los hombres obsesiona a ese siglo sediento de conocimiento.

Teoría y doctrina

Vino entonces la descripción/invencción de las *razas humanas*. Es decir, los distintos tipos de hombres diferenciados por sus “costumbres”, como se decía entonces (ahí donde hoy en día diríamos su “cultura”) y su apariencia física, sin distinguir entre los dos campos. Esas descripciones constituían lo que puede llamarse un conjunto *teórico*, a saber, una visión con forma científica, una constatación descriptiva y analítica de la variedad humana. Este conjunto, esta visión teórica de la diversidad humana, es un primer nivel, de alguna manera la base de lo que podríamos llamar una concepción del mundo “racial”. Esa que observa en la humanidad conjuntos heterogéneos desde el punto de vista físico y moral (moral en el sentido del conjunto de costumbres). Pero esta visión, teórica en un primer momento, conduce rápidamente a una visión *doctrinal* o *política*. Una especie de segundo nivel en el que se elabora un corpus de juicios y de prescripciones basadas en el presupuesto de la existencia indiscutible de las “razas”. Los juicios están dirigidos al valor comparado de esas presuntas razas, y establecen eventualmente prescripciones sobre el lugar que éstas deben ocupar, los derechos que pueden ejercer unas sobre las otras, los “deberes” que tienen que cumplir y, finalmente, y sobre todo, el derecho a la existencia, a la independencia, al territorio que pueden ocupar. Este nivel doctrinal es inaugurado en el transcurso del siglo XIX, inicialmente con un tratado en lengua francesa, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* (Gobineau, 1852-1854). Se establece así una distinción entre *teoría* y *doctrina*. La teoría es considerada y presentada como una visión científica (de descripción y de análisis); la doctrina, al contrario, es considerada un juicio sobre el desarrollo del mundo y el estado de las cosas, y eventualmente un proyecto de sociedad. Sobre el conjunto teórico que establecieron las descripciones de la época de la Ilustración se construyó, según una trayectoria ligeramente desfasada en el tiempo, una forma doctrinal: la de la teoría racial de la historia. Esta doctrina enunciaba primero la radical heterogeneidad de los grupos humanos en su diversidad geográfica y cultural, luego afirmaba la permanencia de esta heterogeneidad, la concebía como natural y esencial. No sólo la inscripción de las

características culturales sería física, volvería extranjeros, por esencia, a los grupos humanos los unos respecto a los otros, sino que, más aún, esa heterogeneidad sería definitiva e irreductible...

Fue en un segundo momento que se empezó a hablar de jerarquía entre los grupos. La afirmación de tal jerarquía es por lo que se define hoy en día al racismo, al menos de manera común. Pero el presupuesto de que ciertos grupos serían inferiores y otros superiores no es lo central en esta ideología. O ha dejado de serlo. De hecho, no hay ninguna necesidad de jerarquizar ahí donde basta la proclamación de una radical heterogeneidad. La diferencia de poder material conduce *de hecho* a una jerarquía, lo cual exime de proclamarla o la convierte en una tautología.

El sistema de significación, o ideología

Extraña idea, y tan extendida, según la cual los seres humanos diferentes políticamente, moralmente, culturalmente lo serían debido a características anatómicas tales como la textura del cabello, el sexo anatómico, el alto del cuerpo, el color de la piel, el volumen del cráneo, los grupos sanguíneos, etc. (Poco falta para que sea la sensibilidad a la sal o el azúcar, el tamaño de los pies, la rapidez con que uno se broncea o la cantidad de estornudos por minuto...) Este presupuesto, pedestal de la ideología racista, hoy como ayer, es el objeto de las observaciones que siguen. Intentaremos mostrar algunos de sus asideros, y la coherencia profunda que presentan, desde esta perspectiva de los niveles de la realidad social, en apariencia tan particulares, como lo son los sistemas jurídicos, el mito popular de la homogeneidad nacional y un fenómeno de sociedad moderno, la atención dirigida a la *Diferencia*, y su reivindicación. En resumen, nos dedicaremos al examen de un sistema de significación, ese que se expresa en esta afirmación: “Es en la etnia, en la sangre y en la herencia que reside la causa de toda cosa.”²

Lo haremos apoyándonos en discursos de distinto tipo. Tanto conversaciones sostenidas en las barras de los bares, panfletos de grupos con ambiciones parlamentarias,

² *Horizons européens*, núm. 11 (años 1970), citado por René Monzat (1992), *Enquêtes sur la droite extrême*, París, Le Monde-Éditions.

folletos políticos de difusión muy limitada, afirmaciones sostenidas en mítines, opiniones individuales expresadas o consignadas en los periódicos. Pero también conocimientos básicos propuestos en textos de análisis filosófico o científico, al igual que formas jurídicas o institucionales basadas en la presunción de la existencia de razas diferentes. En todo caso, ningún texto es utilizado en el sentido que lo podría ser un cuestionario elaborado por investigadores o una encuesta de opinión.

Es a partir de esos elementos, de intención y condiciones de enunciación y de producción diversas, que intentaremos hacer ver las formas diferentes que toma el racismo. Una se enmarca en la ideología cotidiana, la otra en la práctica militante y política, y la tercera en las instituciones del Estado. Es decir, de la forma más espontánea (la presunción de homogeneidad del grupo comunitario o nacional) a la expresión más formalizada de la ideología racista (el sistema jurídico), pasando por un nivel de elaboración y de explicación política: la idea de la diferencia.

I. La identidad nacional y el mito de la homogeneidad

Nos encontramos aquí en el terreno del sentido común. Por ello no se trata de una idea formalmente explicitada. Sentida con fuerza, considerada como evidente para todos, conforma la base ideológica de los partidos populistas y de la mayoría de las formaciones políticas conservadoras y reaccionarias. ¿Cuál es? Una misma carne formaría al “pueblo”. Ésta sería, en definitiva, de la misma naturaleza que su cultura, su historia, su mentalidad, sus gustos, etc., fundamentalmente irreductibles a cualquier otro. El discurso explícito de la identidad es todavía más difícil de discernir porque, *al mismo tiempo* y en un movimiento único, los particularismos (por ejemplo, el regionalismo) constituyen una tendencia fuerte del mismo conjunto ideológico. Lo que contradice con toda evidencia el presupuesto de homogeneidad. Tomando el ejemplo de Francia, las lenguas, las costumbres, los votos políticos, y las comidas también, se definen precisamente por su especificidad respecto a la “Francia central”. Ese objeto de revuelta y de odio, fuente de todos los males vía la centralización jacobina, es también indiscernible. (Que bien podría ser, después de todo, la ciudad de París, la ciudad más odiada del país.)

La verdadera heterogeneidad, reivindicada también, contradice superficialmente la mítica “identidad nacional”, a cada instante reafirmada, obsesiva. La identidad aparece en realidad de manera negativa. El mal anti-identitario por excelencia, por tanto el más adecuado para ponerla en evidencia, es la *inmigración*. Tema vector del impacto de la extrema derecha y del nacional-populismo recurrente en la vida política francesa, actualmente se encuentra, en este inicio de la década de 1990, en el primer plano del debate y de la confrontación de los partidos.

El conjunto de amenazas concretas que la inmigración haría pesar sobre Francia traza, por contraste, una unidad que sería difícil de discernir en sí misma y una homogeneidad completamente fantasmal. Tomemos tres ejemplos de ese mecanismo, cuya carga afectiva es considerable, aunque operan de manera distinta, y tomémoslos en Francia.

a) Conocemos la importancia de *la comida*. Es uno de los espacios más irrefutables de la pertenencia cultural. A través de los productos consumidos cotidianamente (bebedores de té, bebedores de cerveza, comedores de arroz, comedores de ñame, etc., se diferencian sin duda), pero también a través de la preparación y el modo de consumo de esos alimentos (y entramos ahí en un campo de vertiginosa e inacabable diversidad, según las culturas, por supuesto, pero también según las épocas, las clases, los sexos incluso). La “cocina francesa”, cuya existencia no es puesta en duda, espacio de gloriosa homogeneidad, es en realidad un objeto imposible de encontrar. Vayamos al detalle: ¿es el “cassoulet” (guiso de alubias), es el “poulet à la crème” (pollo a la crema), es la “choucroute” (chucrut), el “civet de lapin” (encebollado de conejo) o el “boudin frites” (morcilla con papas fritas)? Todos y ninguno, pues todos son platos populares, en efecto, muy significativos de una región, es más, de una provincia determinada. El “cassoulet” es de Toulouse y la “choucroute” de Estrasburgo, y no a la inversa. Esta diversidad no se le escapa a nadie. Sin embargo, la cocina de los inmigrantes asegura el polo negativo que permite establecer la unidad tácita de la “cocina francesa”. Desde el olor insoportable de las sardinas asadas de los portugueses (no hace mucho un hombre político francés de primer plano aludía a esos “olores” que hacen las cohabitaciones irritantes) hasta el “cordero degollado en el patio” de

los musulmanes del norte de África³, las costumbres culinarias de los inmigrantes son objeto de quejas expresadas con vehemencia⁴. Esas cocinas son aceptadas mientras se presenten en el ámbito mercantil, pero se vuelven amenazantes en la esfera privada, donde actúan como garantía negativa, de alguna manera, de la existencia de una cocina “normal”, unificada, sin olor (o deliciosa, por supuesto), pero a la que sería difícil definir con precisión. Se podrían hacer los mismos señalamientos respecto a las prácticas corporales, las maneras de comportarse, de lavarse, de vestirse, las supuestas costumbres sexuales extrañas y sobre todo las enfermedades sexuales que son un espacio de fijación privilegiado de la “extrañeza”⁵.

b) La *religión*, materia cuya seriedad no es cuestionada por nadie, actúa de manera parecida. Hoy en día, el Islam es el modelo contrario a una supuesta homogeneidad religiosa francesa. Tal homogeneidad no es, claro está, real. Además de que el Islam es la segunda religión practicada en Francia, puesto que una fracción importante de sus fieles son franceses, las grandes confrontaciones entre laicos y católicos resurgen regularmente, y hace no mucho tiempo, a principios de la década de 1980, medio millón de personas se manifestaron en la calle durante un conflicto sobre la enseñanza, que es el eje más importante de esta confrontación. El antisemitismo de los católicos, que no se limita ciertamente a estos últimos, tiene una formulación religiosa. Ésta es retomada por la extrema derecha cuyo antisemitismo es constitutivo: “Cada año se realiza el día de la

³ Cita tomada de una encuesta del periódico *Le Monde* en la circunscripción 20 de París, feudo tradicional de la izquierda, después del primer triunfo electoral de J.-M. Le Pen, líder del Frente Nacional, ganado en esa entidad en marzo de 1983.

⁴ Subrayamos que esas fricciones, a veces fuertes, tienden a disminuir y a desaparecer; el tiempo y la coyuntura modifican las apreciaciones. Pero, fundamentalmente, como lo analiza Véronique de Rudder: “La mayoría de las conductas denunciadas como insoportables –ruidos, olores, cantidad y educación de los hijos [...] son las mismas que tenían, hace no mucho tiempo, los trabajadores franceses recientemente urbanizados. Aparecen antagónicas, hoy en día, con las de los autóctonos sólo porque otras normas les fueron impuestas progresivamente, al término de una larga resistencia por parte de ellos, como precio de su integración social siempre más o menos puesta en tela de juicio. A menudo son menos las prácticas sociales mismas que lo que significan en la historia social de las clases obreras lo que hace insoportable las diferencias culturales.” Véronique de Rudder (1987), en colaboración con Michèle Guillon, *Autochtones et immigrés en quartier populaire*, París, L’Harmattan.

⁵ Lo vinculado con la sexualidad desaprobada presenta la característica frecuente de no ser autóctono, de remitir al “extraño”. Como recordatorio, los preservativos y la homosexualidad poseen a menudo, en Europa occidental, la nacionalidad vecina. Recordemos que en el siglo XVIII y XIX la homosexualidad era conocida en Francia como “el gusto italiano” y en Italia como “el gusto francés”. De igual manera, en Francia los preservativos se llamaban popularmente los condones “ingleses” y pasaban en Inglaterra por ser “franceses”.

deportación con lamentos del gran rabino”⁶. La memoria protestante es una memoria minoritaria en una nación donde esta religión permaneció durante mucho tiempo fuera de la ley y fue objeto de una represión militar sangrienta y duradera hace apenas un poco más de dos siglos. Subrayemos que cuando la mayor parte de los inmigrantes venía de Europa y eran en su mayoría católicos, lo cual es considerado hoy en día como un factor de integración (“somos de la misma religión”), les era reprochado como un factor de inadmisibilidad, puesto que no se trataba, a ojos de la opinión pública, realmente de la misma religión que la practicada en Francia. Polacos o españoles practicaban una religión “fanática” y prácticamente supersticiosa, como los italianos, por lo demás, los cuales acumulaban razones de sospecha suplementarias por su cercanía con el Vaticano. Fueran unos y otros practicantes o no. Las violencias físicas y materiales a las cuales estaban expuestos, razias, expulsiones, eran las mismas que padecieron y siguen padeciendo hoy en día los inmigrantes “no católicos”⁷.

c) El *color de la piel*, convertido en la característica dominante de las percepciones sociales de la extrañeza y, de manera más general, de la imputación racial, desempeña actualmente un papel principal de figura negativa en el presupuesto de la identidad/unidad nacional, siendo los “blancos” sin color por decreto no escrito. Esto a pesar de que una proporción no descartable de franceses, en especial de las Antillas, son “negros” y que una gran cantidad son “morenos”: se sabe que en Francia los humanos nacidos sea en el norte, sea en el sur del Mediterráneo, tienen supuestamente un color de piel distinto, precisión que no resulta inútil. En el discurso de la derecha, se benefician de la atención y el amor especial de los cuales gozan los legítimos no del todo conformes. Constituyen el pretexto frecuente de los poseedores de la identidad nacional pura y dura, esos franceses que lo son sin serlo del todo, ya sean antiguos colonizados –lo cual puede indicar el color de su piel, arbitraria o factual, su religión, real o supuesta, su nombre que indica el origen geográfico o lingüístico – o naturalizados o hijos de naturalizados (pero, de hecho, la mayoría de los franceses tienen al menos un abuelo que no nació francés), ya sean practicantes, o considerados como

⁶ Esta cita es sacada de un folleto mimeografiado, de escasa difusión. “Cada año tiene lugar el día de la deportación con lamentos del gran rabino y piyamas a rayas sacados de la naftalina.” *Militant. Revue nationaliste d’action européenne* (mediados de la década de 1970).

⁷ Sobre la evolución de las conductas hacia los inmigrantes en Francia véase Gérard Noiriel (1989), *Le Creuset français*, París, Le Seuil.

tal, de una religión no mayoritaria. Así aconteció durante la primera mitad del siglo XX con los valientes tiradores senegaleses y con otras unidades del ejército reclutadas “en las colonias”, y así acontece hoy en día “con los musulmanes que están orgullosos de haberse convertido en mocosos de nuestro país”⁸.

Pero aparte de esos homenajes de la hipocresía a la virtud y sus demostraciones de bondad paternalista gratuita, el color de la piel desempeña sin duda el papel de estereotipo negativo de la homogeneidad del cuerpo (en el sentido propio) de la nación francesa: “¡Hay demasiados inmigrantes! cabezas amarillas, cabezas negras y cabezas árabes [...] están por todos lados”⁹.

Y esto puede llegar hasta el elogio a la endogamia patriarcal, de manera no muy alejada del esquema estructural de la sociedad mediterránea que describió Germaine Tillion en *Le Harem et les cousins*. Escuchamos así en boca de un personaje político: “Quiero más a mis hijas que a mis sobrinas, a mis sobrinas que a mis primas, a mis primas que a mis vecinas”. Se habrá notado que es un hombre el que habla, que se trata de mujeres y que en otra ocasión ese mismo hombre mostraba que sabía lo que significaba hablar en ese terreno: “No soy el caballo que entretiene a la yegua mientras llega el semental, lo hago yo mismo”¹⁰. Se estaba refiriendo, por supuesto, a tácticas electorales...

El mito identitario encuentra un apoyo en la repetición obsesiva de la amenaza que representaría la “inmigración” para Francia y los franceses. Al mismo tiempo, una

⁸ Volante electoral del Frente Nacional, Lyon, 1987.

⁹ *Le Monde*, 25 de febrero de 1988. Artículo sobre un mitin de J.-M. Le Pen realizado en Versalles, declaraciones narradas por un asistente.

¹⁰ La primera cita reproduce una declaración realizada por J.-M. Le Pen en el mitin de Versalles mencionado más arriba. La segunda, igualmente, fue narrada en *France-Culture* el 10 de julio de 1984. En el registro acerca del legítimo lugar de las hembras humanas, también podemos citar, entre tantos y tantos otros: “el cristianismo y otras juderías deberían ser destruidas, el honor y las virtudes guerreras cultivadas, las muchachas folladas, la chusma eliminada”, *La Bretagne réelle*, núm. 342, 1973. Citado por René Monzat, *op. cit.* Estas apreciaciones remiten crudamente al fundamento de la homogeneidad identitaria, la apropiación y el uso de las mujeres, objetos y vectores (pero no “sujetos”) de transmisión de la identidad, de transmisión de las propiedades del sujeto macho. Esta apropiación es a la vez física en la reproducción (la producción material de seres humanos) y mental e ideológica en la producción de la identidad comunitaria. Véase sobre estos temas Paola Tabet (1985), “Fertilité naturelle, reproduction forcée”, *L'Arraînement des femmes*. Nicole-Claude Mathieu (ed.), París, Cahiers de l'Homme, EHESS; Danielle Juteau-Lee (1983), “La production de l'ethnicité ou la part réelle de l'idéal”, *Sociologie et sociétés*, vol. XV, núm. 2.

justificación *a posteriori* de las inmigraciones anteriores logra confrontar y duplicar el peligro de las actuales:

“La vieja inmigración italiana y española le proporcionó a nuestro país por lo general una mano de obra de calidad [...] Lo mismo sucedió entre las dos guerras con los migrantes polacos [...] Una vez pasadas las inevitables dificultades de adaptación, esos hombres y mujeres se integraron de manera perfecta casi siempre a nuestra comunidad nacional, si no en la primera generación al menos sí en la segunda. No hay nada de sorprendente en ello puesto que se trataba de gente de nuestra sangre, las únicas diferencias que nos separaban de ellos eran de orden cultural y podían por lo tanto ser borradas a través de la educación recibida. No sucede lo mismo con la inmigración extra-europea, ya sea africana o asiática. No se cuestiona el valor y la dignidad de esas poblaciones, sino las diferencias genéricas fundamentales que los separan de nosotros”¹¹...

II. El derecho a la diferencia

En este caso nos enfrentamos a un conjunto de propuestas completamente conscientes y explicitadas. Abandonamos el terreno de la evidencia no cuestionada para entrar en el de la exposición y la argumentación deliberada. De manera completamente opuesta al presupuesto de la homogeneidad, el derecho a la diferencia parecería caracterizar a una sociedad heterogénea que, según el punto de mira, es denominada pluricultural, multicultural, plural... La idea de “diferencia”, la reivindicación del derecho a esa “diferencia”, es una de las categorías político-ideológicas más importantes de las décadas de 1970-1980. Iniciada, parece, por movimientos y tendencias progresistas en el transcurso de la década de 1960, y después adoptada, cooptada más bien, por los reaccionarios y conservadores que vislumbraron muy bien los vínculos con la defensa de los particularismos “culturales”, nacionales, religiosos... su éxito mediático e ideológico está lejos de declinar. La reflexión sobre este fenómeno es ahora considerable, y hemos notado que de un extremo al otro del campo social, desde la izquierda a la derecha, desde la

¹¹ *Militant* (1978).

autogestión al autoritarismo, de la misma manera que en las canciones lo hacen “el hurón y el amor”, la idea de la diferencia aparece y vuelve a aparecer. Conciérne en primer lugar a todos o a casi todos los grupos *minoritarios* de las sociedades ricas. Entendemos aquí por minoritarios aquellos que “disponen de un poder menor o nulo”. Los inmigrantes, las mujeres, los homosexuales, los discapacitados, los ancianos, los niños, y otros grupos más, de acuerdo con problemáticas más o menos radicales orientadas hacia los derechos específicos o hacia la tolerancia, reivindican el derecho a la diferencia en su faceta progresista. Esta demanda era en su origen una reivindicación del derecho a *vivir en la seguridad* y, de ser posible, en la dignidad: es mejor permanecer con vida que estar muerto, es mejor ser respetado y tolerado que despreciado o excluido, es mejor poder ser defendido que quedar a merced de los que nos rodean, es mejor vivir libre que estar obligado a esconderse. ¿Quién se atrevería a sostener lo contrario? Reivindicación progresista, por lo tanto, defendida por los movimientos antirracistas primero, y después por las organizaciones internacionales y, de manera más matizada, por una parte de las organizaciones mismas de las minorías. El tema fue rápidamente retomado por los simpatizantes de las sociedades del orden que no habían tenido la idea de formalizarla. Ya que si la enunciación ideológica vino de lo que puede llamarse la izquierda, la práctica y la puesta a punto institucional o estatal de la diferencia ya habían comenzado, o ya se había concretizado. El sistema del *apartheid* fue una, no la única, de las aplicaciones más rigurosas de la diferencia, de su mantenimiento y de su puesta en práctica en los derechos, el trabajo, el hábitat, las condiciones de vida, de desplazamiento, de residencia, de enseñanza... Es decir que eso que, para los progresistas, se entendía como la defensa de los derechos y la búsqueda del respeto de las formas culturales (lengua, tradiciones, prácticas, etc.) de los grupos minoritarios, se entendía en otra perspectiva como la necesaria *partición* de los grupos humanos, la diferenciación de sus derechos y deberes y la “complementariedad” de la obligación de unos y del beneficio de otros, de la sumisión de unos y de la libertad de otros. Se entiende que en esas condiciones la “diferencia” haya provocado un entusiasmo general.

Aunque los ejemplos que siguen también provienen de Francia, dan cuenta de una situación que no es de ninguna manera particular a este país. El congreso anual de la logia masónica del Derecho Humano, fundada por la feminista Maria Deraismes, se preguntaba

todavía en 1987: “¿Cómo preparar esta sociedad multiétnica y multicultural de mañana en la que cada uno podría vivir su diferencia en el seno de una misma nación?” El movimiento contra el racismo y por la amistad entre los pueblos (MRAP) llamó a su asamblea nacional de 1983: “Vivir juntos con nuestras diferencias”. El nuevo formato de su periódico, lanzado en abril de 1981, lleva el título *Diferencias*. He aquí por el lado progresista y antirracista. De manera simétrica, del otro lado del tablero ideológico, el Club de l’Horloge [Club del Reloj] habla en 1985, en su proyecto de programa *Preferencia nacional*, de “la dignidad de los extranjeros que no pueden o no quieren asimilarse”. Pero ello para “preparar su regreso” a su país, pues:

[...] “entre los franceses y la inmigración planetaria que padecen no existe la posibilidad de compatibilidad por la cultura, por la historia, por la religión, por la lengua. Es por esto que la “inserción” de los inmigrantes haría de Francia un conjunto multicultural que sólo podría durar en la historia al precio de un terrible empobrecimiento mutuo en el que las comunidades extranjeras, así como la nación francesa, perderían poco a poco los valores esenciales que definen su carácter propio”¹².

En efecto, la defensa de las diferencias está centrada, en esas tendencias, en los derechos de los dominantes. Hay que

[...] “asegurar a cada pequeño francés la posibilidad de adquirir en la escuela no una enseñanza multicultural que sería de todas partes, por lo tanto de ningún lado, sino las bases fundamentales de la ciudadanía: el dominio de la lengua, el conocimiento de la historia y de la geografía nacional”¹³,

lo cual no impide de ninguna manera a los partidarios de esta perspectiva recurrir a los propias minorías racializadas (o pretender hacerlo) para argumentar a favor de la discriminación. En junio de 1987, el número 3 de *J’ai tout compris* [Comprendí todo], publicación mensual de extrema derecha, fue consagrado a la inmigración bajo el título de *Inmigrantes, mañana el odio*¹⁴. Éste presenta, para apoyar sus tesis, el punto de vista de un

¹² *Lettre d’Information* del Club de l’Horloge, 1er trimestre, 1985.

¹³ *Ibid.*

¹⁴ Este número es la continuación de un número sobre la amenaza del SIDA presentada de manera apocalíptica. Los dos están ilustrados con fotos de corte terrorífico impresas en una versión muy oscura. Por

joven escritor senegalés (real o supuesto) con el título: “Un negro ve rojo” y el subtítulo: “Vibrante alegato por el mantenimiento de las diferencias”:

“Antes el “derecho a la diferencia” era todo bonito y bueno, la panacea del antirracismo. Pero todo ha cambiado. Los medios llamados “antirracistas” acaban de darse cuenta de que el tema de la diferencia chocaba con su asimilacionismo, su jacobinismo [...] Detrás de la apariencia física (que tampoco es despreciable, a mí me gusta mi físico *black*) se esconde lo más importante: la herencia de la mentalidad, de la psicología, de la manera de ser que hacen que un negro es –por suerte– profundamente distinto de un blanco, desde el nacimiento, de manera irreversible [...] los africanos, los magrebinos, los chinos o los tamules son muy conscientes no sólo de su “identidad cultural”, ese concepto estúpido para intelectual cansado, sino simplemente de aquello que llaman su “raza”. Pues ellos se atreven a emplear esa palabra. Estiman que tienen derecho a su especificidad religiosa, nacional, racial. [...] ¿Qué diría la Sra. X si se le negara el “derecho a la diferencia” de ser europea y de raza blanca?”

La explicación política del derecho a la diferencia que hacen sus promotores de derecha es remarcablemente estable, ya sea que adopte una forma religiosa o nazi. Léase esta apreciación sobre el *apartheid* expresada en 1960: “El único medio de obedecer a la Ley divina es el de dejar a cada nación expresar su propia identidad en el marco del desarrollo por separado, puesto que cada nación representa una entidad específica resultado de un orden preciso de Dios, quien ha programado su estructura interna particular”¹⁵, juicio que encuentra eco en 1980 en esta declaración de FANE, grupo nacional-socialista francés: “Nuestro racismo es el respeto a las razas, el respeto a los otros [...] en tanto que nacional-socialistas buscamos [...] el buen entendimiento de las razas basado en el rechazo absoluto de cualquier mestizaje, y el principio de desarrollo por separado”¹⁶.

lo demás, el título de esta revista, *J'ai tout compris*, evoca el de otra revista publicada en la época del Estado francés (1940-1944), *Je suis partout* [Estoy en todas partes].

¹⁵ Dr. Treuernicht, *Die Kerkbode*. Citado por B. Chenu (1987), “L’apartheid comme théologie”, *Lumière et Vie*, núm. 181.

¹⁶ Citado por P. A. Taguieff (1988), *La Force du préjugé*, París, La Découverte, p. 335.

III. Las instituciones raciales del Estado

La inscripción jurídica de la “raza” en el sistema de Leyes del Estado es una particularidad de nuestro siglo. Ciertamente no lo son la violencia, ni la brutalidad de la dominación, ni las exacciones, que probablemente son “inmemoriales”; la edad de oro no es considerada otra cosa que un mito o un deseo y los creyentes en sociedades que, en otros lugares u otros tiempos, serían “igualitarias” (sin Estado), sin dominación de sexo, dan prueba, sin duda, de más esperanza que realismo. Aquí nos referimos a la formalización jurídica. A saber, de la elevación de una característica *somática*, o de una supuesta característica, al estado de categoría de clasificación legal, de categoría fundadora del derecho y del no derecho. Varios Estados procedieron al emplazamiento de disposiciones de este tipo. El Estado francés autoritario y reaccionario que gobernó Francia entre 1940 y 1944 promulgó leyes raciales a partir de octubre de 1940, que hacían de los judíos una categoría específica, y procedió a la desnaturalización de los ciudadanos de nacionalidad francesa que lo eran por adquisición reciente a partir de una fecha determinada. El régimen del *apartheid* de la República sudafricana implantado legalmente en los años 1945-1947 es hoy en día progresivamente desmantelado, al menos en lo que concierne a sus formas jurídicas (lo cual no es de ninguna manera el sistema en su totalidad). El Estado nazi introdujo la “raza” en la ley por medio de un cuerpo de disposiciones, las primeras de las cuales remontan a su llegada al poder en 1933. Pero ya desde antes, en 1931, una de las estructuras del partido nazi (Partido nacional-socialista de los trabajadores alemanes), la SS, poseía una Oficina racial que expedía autorizaciones de matrimonio a sus miembros única y exclusivamente atribuidas y rechazadas según criterios de raza y de salud hereditaria.

La “raza” entra en la ley por dos vías: el empleo y el matrimonio o las relaciones sexuales. En 1933, la *Ley sobre la renovación del cuerpo de funcionarios* prescribe el despido de todos los funcionarios o empleados del Estado judíos o semi-judíos. En 1935, la *Ley sobre la protección de la sangre alemana y del honor alemán* ordena:

1. Los matrimonios entre judíos y ciudadanos de sangre alemana o emparentados están prohibidos...

2. Las relaciones sexuales extra conyugales entre judíos y ciudadanos de sangre alemana o emparentados están prohibidas.

Esas relaciones son llamadas en ese momento *Rassenschande*, es decir “infamias raciales”. En 1937, la esterilización de los niños alemanes de color se decidió y es aplicable tras la valoración de antropólogos raciales¹⁷. Se sabe que esas leyes fueron uno de los instrumentos de un proyecto racial que planificaba la exterminación de los judíos, de los gitanos, de los “anormales”, al mismo tiempo que la construcción sistemática y paralela de una raza aria de acuerdo con la perspectiva definida por Walther Darré, ministro desde 1933: “La selección animal [...] se acerca, por su propósito mismo, de la doctrina de la herencia aplicada a la raza humana, en particular para todo aquello que atañe a la necesidad de reconstruir nuestro pueblo de acuerdo con las leyes de la selección”¹⁸.

Hanna Arendt describe de la siguiente manera al Estado racial¹⁹:

[...] “el mérito principal en la reorganización de las SS realizada por Himmler fue que halló un método muy simple de “resolver el problema de la sangre por la acción”, es decir, de seleccionar a los miembros de la élite según su “buena sangre” y de prepararles a “realizar una lucha racial sin piedad” contra cualquiera que no pudiera hacer remontar su ascendencia “aria” hasta 1750 que midiera menos de 1,73 metros (“Sé que las personas que han alcanzado una cierta altura deben poseer en algún grado la sangre deseada”) o que no tuviera azules los ojos y rubio el pelo. La importancia de ese racismo en acción estribaba en el hecho de que la organización se tornaba independiente de casi todas las enseñanzas concretas de cualquier “ciencia” racial, independientemente también del antisemitismo como doctrina específica concerniente a la naturaleza y al papel de los judíos, cuya utilidad habría concluido con su exterminio. El racismo se hallaba seguro e independiente del cientifismo de la propaganda una vez que una élite había sido seleccionada por una

¹⁷ Una cronología detallada de ese proceso ha sido establecida por Benno Müller-Hill (1984), *Tödliche Wissenschaft*, Rowolt. Traducido al francés con el título *Science nazie. Science de mort, l'extermination des Juifs, des Tziganes et des malades mentaux*, París, Odile Jacob, 1989.

¹⁸ Walther Darré (1939), *Neuadel aus Blut und Baden*, J. F. Lehmanns, traducido al francés con el título *La Race, nouvelle noblesse du sang et du sol*, París, Sorlot, 1939 (p. 183).

¹⁹ Las citas entrecorriadas son de Himmler.

“comisión racial” y colocada bajo la autoridad de “leyes matrimoniales” especiales, mientras que, en el extremo opuesto y bajo la jurisdicción de esta “élite racial”, existían campos de concentración para la “mejor demostración de las leyes de la herencia y de la raza”²⁰.

El sistema de significación, la ideología, basada en la aceptación y la recreación de la idea de raza, presenta niveles de actualización distintos. Único en su arraigamiento, podemos discernir en el proceso que gobierna esta forma ideológica tres niveles (o etapas) sucesivas de construcción. 1) Una percepción popular, más o menos explícita, de los fenómenos sociales. Puede ser ampliamente bastante inconsciente. De alguna manera se trata del nivel de “es”, es así como son las cosas. Es lo que expresa el enunciado: “La comunidad nacional es homogénea, físicamente, esto es un hecho.” 2) La “demostración” científica –o de tipo científico– que intenta establecer una cadena causal en esos mismos fenómenos y procede por lo tanto a una separación y a una identificación de los elementos cuestionados. Este nivel sería el del “porque”. Vimos el ejemplo que sostiene que las culturas particulares, específicas de los grupos humanos demuestran su heterogeneidad física. 3) La fase, finalmente, de la doctrina política, cuyo objetivo es disponer del Estado (y que a veces lo consigue). Ésta prescribe la conducta que se supone que deriva del “conocimiento” de los hechos. Sería el nivel del “por lo tanto...”. En el caso de la ideología racista la propuesta doctrinaria equivale a decir que el orden debe reinar conforme a divisiones que serían naturales, que las sociedades deben conservar, desarrollar y finalmente perfeccionar.

Incluso si cada uno de estos niveles puede ser considerado de manera autónoma, el conjunto es coherente. Sobre todo, esta coherencia es jerárquica en el sentido lógico del término, en el sentido en que cada nivel implica el precedente y descansa en él, que sólo es posible a partir de él. Pero los primeros pueden existir independientemente del que los sigue.

²⁰ Hannah Arendt (1951), *The Origins of Totalitarianism*. Traducido al español con el título *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Taurus, 1998, pp. 474-475.

El racismo. Definiciones.

Albert Memmi

Traducción de Camila Pascal, trámite de autorización en curso. NO CITAR.
MEMMI Albert (1994 [1982]), "Définitions", p. 103-133 dans *Le Racisme*, Paris,
Gallimard: 248 p.
Copyright : © Gallimard, 1982, 1994.

El orden de la lógica no es siempre el de la vida. Siendo metódicos, la definición debería ser el resultado de esta larga búsqueda. En realidad, ya había intentado antes varios esbozos. Y cuando Lucie Faure, la directora de *La Nef*¹, quien deseaba publicar un número especial sobre el racismo, me pidió que colaborara en él, no me costó mucho esfuerzo escribir un texto titulado "Le racisme, essai de définition" ["El racismo, ensayo para una definición"]. Retomé los cuatro puntos enumerados en el *Portrait du colonisé* [*Retrato del colonizado*], y desarrollados después en el *Portrait d'un Juif* [*Retrato de un judío*], seguidos de un comentario, término por término, a la manera espinosista. Fue esa redacción que propuse como hipótesis de trabajo para la encuesta del MRAP [Movimiento contra el racismo y por la amistad entre los pueblos, según sus siglas en francés]. Más adelante, incorporaría ese estudio en *L'homme dominé* [*El hombre dominado*] donde, aumentado por la conclusión, sirvió de alguna manera de resumen con el título general "Racisme et oppression" ["Racismo y opresión"].

El artículo "Racisme" ["Racismo"] que me fue solicitado por la *Encyclopaedia Universalis* es el resultado de todo ese recorrido. Se diferencia, no obstante, de los textos precedentes en dos puntos importantes.

Se ceñía a una acepción estricta de racismo, es decir, al sentido biológico de éste. Respondía así a una objeción que se me había hecho. En la actualidad ya he repetido bastante que, para mí, *la acusación biológica, a pesar de su importancia, al menos entre nuestros contemporáneos, no es la parte esencial del racismo*. Es el pretexto y la coartada.

¹ *La Nef*, número especial sobre el racismo, 1964, p. 41-47.

Pero no se debe dejar de distinguir, al menos por la forma, la acusación estrictamente biológica de las otras. Lo cual hice en ese artículo.

La segunda precisión se remitía a la función del racismo. En pocas palabras, mostré que, más allá del delirio del racismo, de sus incoherencias y sus contradicciones, *el racismo posee una función*: en líneas generales, la de marcar y legitimar una dominación. ¿Era necesario detallar esta dominación, por las ventajas que procura, en una definición, misma que debería apuntar a la mayor brevedad posible? Me decidí, finalmente, por la respuesta afirmativa. Por lo demás, la dificultad no es tan grande; se trata más bien de un asunto de formulación, volveré a ello al instante. Sin embargo, nunca dudé respecto de lo que me parece fundamental: *el vínculo orgánico entre racismo y dominación*.

Y, ciertamente, sigo pensando que el racismo, o de manera más general, el mecanismo que lo sostiene y del cual es un caso particular, resume y simboliza todo lo que he escrito en esos campos. Desde esta perspectiva, lo contiene todo y podemos encontrar todo en él: la dominación y la sujeción; la agresión y el miedo, la injusticia y la defensa de los privilegios, el alegato del dominador y su autopersuasión, el mito y la imagen negativa del dominado, la destrucción finalmente, la anulación de la víctima en provecho de su verdugo². Con la condición de que, por supuesto, se perciba claramente esa generalidad de la forma de actuar racista. No se trata de un círculo, en el que pido que se me otorgue por adelantado lo que pretendo demostrar; es limitarse a las conductas comprobables de la mayoría.

Sentido amplio y sentido estricto

Resumamos: existe, en efecto, un racista en el sentido estricto: ese que, remitiéndose a diferencias *biológicas* entre él y el otro, aprovecha para abrumar a ese otro y sacar provecho. Ese que cree poder juntar sus rasgos diferenciales en constelaciones coherentes, a las cuales denomina *razas*: la del otro, impura y aborrecible; la suya: pura y admirable. Ese que, a nombre de esa superioridad particular, pretende gozar de manera legítima de

² En una nota, el autor remite al anexo (Essai de définition commentée) del libro original (NdT).

beneficios de otro tipo: económicos, por ejemplo, o políticos, o incluso psicológicos o simplemente de prestigio.

Pero también existe, indiscutiblemente, un racismo en el sentido amplio –esta palabra deja entonces de convenir – en el cual el acusador, ignorando o no las diferencias biológicas, se complace, sin embargo, con la misma actitud, en nombre de otras diferencias. Se trata siempre de valorizarse y de desvalorizar al otro, para desembocar en la misma conducta: una agresión, verbal o efectiva. De tal manera que no es posible interpretar de manera conveniente uno sin comprender el otro. Y, puesto que el segundo está mucho más extendido que el primero, me pareció lógico volver a situar el racismo biológico, que es un fenómeno relativamente reciente, dentro de una forma de actuar más común y más antigua.

Como sea, me pareció posible, *a la vez, distinguir esos dos sentidos del racismo y englobarlos en una definición común.*

Recordatorio de la definición

El racista, en sentido estricto, es aquel que afirma con fuerza la existencia de diferencias biológicas: color de la piel, forma de la nariz, dimensiones del cráneo, curvatura de la espalda, olor, composición de la sangre, o incluso la manera misma de comportarse, caminar, mirar... Hemos escuchado de todo. Para el racista, se trata de evidencias.

Naturalmente, es posible discutírselas, acusarlo de mala fe o de visión defectuosa; podemos denunciar su falsa información, desmontar su pseudo-ciencia. En general es fácil demostrar que se trata de diferencias pretendidas, inventadas o interpretadas según las necesidades de su causa. Poco importa: él hace como si existieran, en su discurso y en su conducta. Por lo cual es evidente que la puesta en relieve de las diferencias, reales o imaginarias, resulta ser un incentivo cómodo para otra cosa que ella misma: la puesta en duda de una víctima.

De ahí la consecuencia lógica: *esos rasgos del otro siempre tienen un coeficiente negativo*: son significativamente malos. Segundo resultado: significan, por lo tanto, que los del racista son buenos. Retengamos esta correlación inversa: la encontramos siempre, incluso si no siempre resulta aparente, incluso si el orden de los argumentos no sea siempre

el mismo. Utilizando una noción que me sirvió mucho durante el estudio de la dominación-sujeción, así como en el de la dependencia-provisión, digamos que existe, entre el racista y su víctima, un *dúo*: el racista es amable puesto que su víctima es detestable. El universo del racista es el del bien, el universo de la víctima es el del mal.

De ahí, en fin, una conclusión pragmática, que también el racista considera legítima: éste debe, por lo tanto, protegerse, y proteger a los suyos, contra la contaminación de ese mal, contra la agresión, incluso potencial, de esos otros; si es necesario atacándolos primero. Los judíos tiene los dedos ganchudos, las manos sudorosas y la nariz fisgona; lo cual indica su habilidad para sonsacar dinero: *por tanto*, la autodefensa exige ser antisemita. Comparados con los blancos, los negros poseen un poder erótico perverso: *por tanto*, se debe proteger a las mujeres y a la raza blanca; aunque se deba proceder a linchamientos.

Ahora bien, esta relativa coherencia en la locura agresiva e interesada del racismo en el sentido estricto se encuentra *precisamente confirmada en la existencia del racismo en el sentido amplio*: es curioso que, aunque nunca nadie me haya rebatido la definición estricta, basada en las diferencias biológicas, que a menudo son descuidadas, algunos hayan cuestionado el sentido amplio, el único, sin embargo, que da la clave del primero.

Aquí de nuevo, no obstante, sólo formulé una confirmación. Este mecanismo de exclusión argumentadora y compensatoria, que prepara una expulsión concreta, se encuentra en otras muchas relaciones humanas, en las que la biología no está presente o de forma vaga. Forma parte de un conjunto, más o menos confuso, en el que predominan el miedo y la agresión; el miedo empuja a la agresión y la agresión suscita el miedo. O, de manera más detallada: el miedo empuja a la agresión, la agresión suscita la agresión, la agresión provoca el miedo. Como es corriente en los asuntos humanos, se trata de un círculo, que se alimenta de sí mismo y que se rehace sin cesar. Por eso se puede describir también el racismo comenzando por el miedo o por la agresión: uno engendra al otro, como la gallina el huevo y el huevo la gallina. *El racista es un hombre que tiene miedo*; que tiene miedo porque agrede y agrede porque tiene miedo. Que tiene miedo de ser agredido o que tiene miedo porque se cree agredido; y que agrede para exorcizar ese miedo. ¿Por qué ese miedo a ser agredido? Por lo general para arrebatarse o defender algún bien. He dicho ya

muchas veces cómo ese bien puede adoptar distintas formas. Como sea, hay que defender la integridad del yo individual y del yo colectivo, pretendida o realmente amenazada, contra todo aquello proveniente del exterior o que no forma parte exactamente de lo propio. Pero, la defensiva obliga a la ofensiva y viceversa. Al convertirse en agresor, uno queda a la espera de los golpes: el miedo alimenta el miedo y la agresión alimenta la agresión. Lo vemos: *la afirmación racial es una herramienta en esta afirmación de sí mismo*. Herramienta detestable, pero una más entre otras, en el reforzamiento del cuerpo colectivo, la exaltación de sus rasgos específicos y, de forma correlativa, el envilecimiento de los otros. No es casualidad que el nacionalismo se transforme tan a menudo en chovinismo, es decir, en una reducción agresiva de las demás naciones.

Por lo demás, como el argumento racial ya no tiene buena prensa, numerosos son los racistas que lo abandonan de buena gana... pero no por ello dejan de acusar, de privarse de agredir a sus semejantes, si así puede decirse en este caso. ¡Tienen tantas otras diferencias nefastas reprochables! La psicología, la cultura, las costumbres, las instituciones, la metafísica misma, proporcionan su contingente de escándalos. Ya no detestan a los árabes porque tienen la tez oscura o la fisonomía levantina, sino porque profesan, “convengámoslo”, una religión ridícula, tratan mal a sus mujeres, son crueles, o, sencillamente, impuntuales. Todos los judíos no se parecen al Judío errante, de acuerdo, no tienen los dedos ganchudos y la nariz redonda; pero, “hay que reconocerlo”, en general son ávidos, cosmopolitas, inclinados a la traición y, además, los evangelios lo dijeron: capaces incluso de sacrificar a Dios. Los alemanes, los ingleses, los italianos no tienen un físico particular (aunque los italianos...), pero en cada alemán hay un prusiano dormido y, en la actualidad, un industrial obstinado en regentar Europa; en cada inglés hay un adversario desleal, que nunca ha renunciado al dominio de los mares, a estrangular a Francia y, en la actualidad, que en el Mercado común sólo busca sus intereses (como si los otros miembros buscaran otra cosa). Respecto a los desgraciados italianos, es el desorden, la cobardía, el hurto –vean esas trágicas y ridículas Brigadas rojas. Agreguemos, desde hace poco, a los japoneses (que les ha dado por comportarse como siempre lo han hecho las naciones industrializadas; y eso que los tiempos han cambiado: las naciones coloniales no dudaban en emplear la fuerza, véase la guerra del opio). E incluso los árabes, ¡que quieren imponer sus precios! (como siempre lo han hecho todos los que poseen un monopolio)... Ahora

bien, todo esto significa *también* que el francés, él, es humanista, mesurado, leal, generoso (¡al punto de rayar en la tontería a veces: pero por exceso de calidad!), organizado justo lo necesario: ni demasiado como los alemanes ni demasiado poco como los italianos, valientes (no como los italianos), pero no sumisos (como los prusianos)... basta con defender lo contrario de todas las vicisitudes de otros pueblos para obtener un retrato positivo del francés por sí mismo.

Naturalmente, esta doble descripción puede rehacerse en función de la perspectiva de cada uno. Cada persona posee su reserva de imágenes autosatisfechas de sí mismo y de imágenes poco favorecedoras de los otros. (En cada uno de nosotros, individuo o grupo, existen también actitudes, discursos y conductas, autodevaluadoras e incluso autodestructivas; pero nos saldríamos de nuestro propósito.) Todo esto es contradictorio; lo cual debería incitar a cada persona a la modestia, sino es que a una sabia ironía sobre sí mismo y sobre la humanidad. Pero, para ello, se necesitaría imaginación y la voluntad de ponerse con el pensamiento en el lugar del otro. Se tendría, precisamente, que dejar de ser racista, puesto que el racismo implica, al contrario, tomar partido por la desigualdad. Poco importa si, al interior de cada descripción, los rasgos conforman o no un conjunto coherente. No se trata de una lógica racional sino de otro tipo de lógica: la del miedo y la pasión.

En resumen, si mi pretensión era la de no renunciar a incluir entre los racistas a aquellos que practican las mismas exclusiones sin utilizar la coartada biológica, tenía que admitir ese *mecanismo general*, al cual tanto se parece el racismo, de la misma manera en que un hijo recuerda al padre, y que lo anuncia y engloba. Había que formular *una definición más abierta*, que tomara en cuenta *todas* las coartadas: la biológica, sin duda, pero también las demás.

Hela aquí como recordatorio:

El racismo es la valoración, generalizada y definitiva, de las diferencias, reales o imaginarias, en provecho del acusador y en detrimento de su víctima, con el fin de justificar una agresión.

Una definición, y disculpen que lo vuelva a repetir³, es sólo una herramienta, una fórmula operatoria. Demasiado amplia, no cumple con su objetivo: por abarcar un campo demasiado extenso, no consigue captar nada de manera adecuada. Demasiado estrecha, deja, fuera de ella, demasiado de la realidad que pretende discernir. No supe hacerlo más breve, como decía Pascal, ni tampoco creí necesario desarrollarla más. Intenté incluir el máximo de sentido en un mínimo de palabras. No debía, por preocupaciones de elegancia, dejar de alcanzar lo esencial; ni que, por bulimia, se transformara en descripción. Tampoco pretendo que todas las dificultades, inherentes a este difícil asunto, hayan desaparecido con ella; pero me parece que contiene todo lo necesario para solucionarlas.

En suma, la objeción principal que se me ha hecho consistía en lo siguiente: esta definición más extensa corría el riesgo de anular la acusación y de dejar escapar la exacta especificidad del racismo, que se refiere siempre a la raza y a la biología. Ahora bien, esto es objetivamente falso: muchas personas hablan y se comportan como racistas, pero levantan los hombros cuando se les acusa de tal. Además, la respuesta formal a esa dificultad es fácil: nada impide tener *dos* formulaciones de la misma definición. Una que dé cuenta del sentido estrictamente biológico, la otra, de todos los otros sentidos.

Ahora bien, aquí, por suerte, el dios del lenguaje vino en mi ayuda. Todo el asunto se resume, en suma, a ese término de biológico: basta entonces con agregarlo o quitarlo para obtener la formulación estricta o la formulación amplia, sin cambiar nada a los análisis previos. Obtenemos lo siguiente: “El racismo es la valoración de las *diferencias biológicas*, reales o imaginarias, etc.” o más extensamente: “El racismo es la valoración de las *diferencias*, reales o imaginarias, etcétera.”

De manera contraria, se me sugirió condensar aún más. Confieso no estar tampoco de acuerdo. Pensé en un momento escribir de manera más lapidaria que *el racismo es el rechazo al otro*. Lo cual es verdad, pero resulta insuficiente, al punto de rayar en la falsedad. La indiferencia es ya una especie de rechazo; y, después de todo, no todo rechazo es agresivo, ni desvalorizador: puedo rechazar a alguien sin dejar de admitir su superioridad, en un plano o en todos. Existen personas a las que no les gustan los judíos, pero que les reconocen ciertas cualidades. Aunque el elogio hecho a una víctima, a un

³ Véase A. Memmi, *La dépendance : esquisse pour un portrait du dépendant*. [Paris]: Gallimard, 1979

acusado, sea a menudo sutilmente envenenado: el judío será *demasiado* inteligente (por no decir corrosivo), el levantino será *exageradamente* amable (por no decir hipócrita). Ciertamente, a veces es difícil no descubrir algo de animosidad en el rechazo, pero no estamos obligados a querer a todo el mundo. Quizás sea un ideal admirable pero lo esencial, por el momento, es no perjudicar al otro. Por otra parte, si todo racismo es una agresión, lo contrario no lo es: toda agresión no es racismo. Agredir a un enemigo, incluso de manera preventiva, no es un signo incontestable de racismo; incluso se puede respetar, admirar a un adversario. El racismo implica cierta motivación: utiliza una maquinaria mental particular, en vista de una función precisa. Ni siquiera bastaría con decir que es un rechazo agresivo al otro: es un rechazo agresivo con un fin determinado, y justificado por un discurso determinado. Su definición debe dar cuenta de esa complejidad; empobrecer de manera exagerada su formulación sería faltar a su especificidad.

Lo mismo sucede a propósito de la *finalidad* del racismo: dos formulaciones son posibles, una desde un sentido estrecho, otra desde un sentido amplio: si nos mantenemos en la agresión en general o si se quieren señalar los frutos de la agresión, es decir, una dominación o un privilegio. Por lo común, en efecto, un privilegio sólo aparece como tal si es vivido como una injusticia, en particular en detrimento de los más desposeídos. Un beneficio admitido por todos no necesita justificación. Una dominación sólo es vivida de forma negativa si se resiente como una agresión duradera. Podemos detenernos en el nivel del *cómo*: el racismo es una agresión. También podemos preguntarnos *por qué* se agrede: el racismo es una agresión motivada, por el miedo de perder algún bien que se posea, o por el miedo a un adversario al cual se le intenta arrebatar algún bien y al que hay que dominar para conseguirlo. En suma, por la defensa de una ventaja, real o potencial.

De todas formas, la dualidad, si es que hay dualidad, se reabsorbe en el mecanismo común a toda actuación racista: el miedo y la agresión, uno engendrando a la otra. El miedo acompaña cualquier arremetida de hostilidad. Para permanecer enteramente sereno, habría que suponer un adversario, o una víctima, tan completamente desarmada que el riesgo sería nulo. El racismo es también una reacción preventiva a la reacción más o menos imprevisible del adversario. Bajo distintas formas, el miedo siempre está ahí: uno tiene miedo porque se prepara a agredir al otro y tiene miedo, por si acaso, del otro. Se teme lo desconocido, se teme ser invadido por éste, se tiene miedo a que éste le arrebatase a uno

algún bien, material o simbólico: “Se quedan con nuestros empleos”, “Nos quitan a nuestras mujeres y a nuestras hijas”, “Ya no nos sentimos en nuestra casa”... La amenaza puede ser aún más sutil: cuando corregía las pruebas de este texto una asociación de pedagogos especializados tuvo a bien asociarme a una de sus preocupaciones: ¿existe algún vínculo entre el racismo y la actitud de las personas consideradas normales hacia los discapacitados físicos y mentales? Creo que sí. Encontramos, de entrada al menos, el mismo rechazo basado en el miedo, a veces el esbozo de una agresividad defensiva, e incluso, quizás, un deseo oscuro de supresión. Aquí también, lamentablemente, los acontecimientos pueden resultar esclarecedores: el nazismo intentó exterminar a los enfermos mentales; y puede ser que la eutanasia provenga, parcialmente, de ese mismo malestar. Igual que el confinamiento de los enfermos por accidentes de tráfico en pueblos donde “pueden” vivir entre ellos, es decir, lejos de nosotros. ¿Por qué tal rechazo? ¿Porque nos remite a una imagen de nosotros mismos que pone en peligro nuestro equilibrio psíquico, es decir, uno de los bienes más preciados?

Dicho esto, aunque un llamado de alerta es necesario, no lo es para culpabilizar. Al contrario: la toma de conciencia de lo que nos remueve en lo oscuro puede ayudarnos a tratar mejor a los discapacitados. Agrego, repito que ese malestar, aunque pueda ser un ingrediente de una conducta racista, no alcanza a ser racismo. El racismo comienza realmente cuando se prepara o justifica esa agresión por medio de la desvaloración del otro, cuando se pone en funcionamiento la máquina de destrucción ideal del adversario, la cual prepara su expoliación y su destrucción concreta.

En realidad, la única dificultad, que rebasa los problemas de formulación, es la de saber si siempre hay privilegio. Es crucial, pues domina todo el resto: si siempre existe algún bien que arrebatar, o que defender contra el otro, entonces el racismo es *siempre posible*. No puedo más que confirmarlo de nueva cuenta: sí, por el momento al menos, mi respuesta es positiva.

En el caso del puente la respuesta es obvia. Por precaución, sin embargo, se podría prever un caso límite. Sólo hay privilegio, dijimos, cuando hay conciencia de una injusticia. Un privilegiado, que estaría perfectamente convencido de sus derechos, no sentiría la necesidad de ser racista. Podemos suponer que un individuo, o un grupo dominante, quien

no dudaría de ninguna manera de sí mismo, no pensaría ni siquiera en justificarse. El racismo no le sería de ninguna utilidad. Se me objetó que ciertos colonizadores, que no dudaban de la legitimidad de la colonización, no presentaban las conductas racionales que yo les atribuía. Quizás. Personalmente, nunca conocí ninguno. Siempre asistí a tentativas, más o menos convencidas, de justificación; a acusaciones más o menos justificadoras. Uno de los mejores sociólogos franceses, Roger Bastide, me decía que los grandes burgueses europeos no eran racistas. La prueba: su cosmopolitismo y la facilidad con la cual, igual que las personas coronadas, establecían matrimonios mixtos. Tampoco estoy del todo convencido. Ni el cosmopolitismo ni los matrimonios exogámicos han dejado nunca de impedir la xenofobia. Digamos que, por su situación, ellos descubrían con más facilidad la relatividad de los seres y de las culturas y que les era más difícil dejarse engañar. *Ahora bien, el racismo es también un autoengaño*: uno debe equivocarse sobre sí mismo, tanto como sobre los otros, para creer en su perfecta superioridad y en su perfecto buen derecho. Hay en el racista un sentimiento de superioridad, basado en una jerarquía entre él y su víctima: jerarquía, si no superior, a veces objetiva, puesto que el racista posee a menudo *privilegios objetivos*. Pero se puede ser manco, miserable, intelectualmente poco dotado y creerse superior a cualquier negro o cualquier árabe, aunque sean ricos, bellos y diplomados. Retengamos que en el pudiente, la violencia del discurso, el racismo que se desprende de él, son inversamente proporcionales a su convicción. Correlación que, de por sí, ya resulta instructiva.

Al contrario, en cuanto hay privilegios, percibidos y vividos como tales, incluso muy relativos, incluso irrisorios, el mecanismo de compensación se pone en funcionamiento. “Los indígenas tienen lo que se merecen”, nos repetía incansablemente uno de nuestros profesores del liceo Carnot de Túnez, buen hombre, por lo demás, pero que, habiendo sido beneficiado por un pequeño lote de colonización, no conseguía superar su culpabilidad. “Son unos holgazanes, mentirosos, incapaces de cultivar correctamente, apenas buenos para el ‘trabajo árabe’, mientras que los obreros de mi tierra, etc.” Y luego, sin miedo a la contradicción, pasando a esos mismos obreros de la metrópolis, exprimía una opinión aún peor de ellos: “¡Mejor hubieran hecho en venir a la colonia!” “Habrían obtenido, ellos también, lotes de colonización”. Pero, fulminaba con un inmenso desprecio, “¡prefieren la mugre de su pobre vida a la aventura!”. Nosotros debíamos comprender que

si, él, había sacado provecho de esos beneficios, es porque los había merecido, porque era un aventurero. Si los otros, los inferiores, los indígenas, los obreros, vivían en la miseria, es porque sus méritos eran insuficientes. El recuerdo de tales afirmaciones me ayudó mucho, después, a redactar mi *Retrato del colonizado*.

El racismo del desposeído

La última pregunta es, en suma: ¿puede haber un racismo del dominado? Ya he respondido antes que sí; pienso incluso que se pueden distinguir dos variedades. Primero, hacia otro más desposeído que él, esto es obvio; y siempre hay alguien más desposeído que uno. He descrito esta *pirámide de tiranuelos*⁴ a propósito de la sociedad colonial, de la cual constituye el esqueleto, pero creo, finalmente, que la encontramos en todas partes. Recordemos la sorprendente conducta de ciertas municipalidades comunistas que expulsaron, con una extraordinaria brutalidad, a trabajadores del norte de África. Se les acusó de cálculo electoral y, a la vez, de racismo. Las dos acusaciones no van necesariamente juntas. Si es un cálculo, deja por lo tanto de ser una convicción. Si es una convicción, no se trata sólo de un cálculo electoral, el cual es contingente. No creo que los comunistas se hayan vuelto súbitamente racistas; pero quizás su caso sea más grave: como políticos advertidos, que conocen bien a su clientela, *expresaron el racismo potencial de sus tropas*. Basta con revisar las justificaciones que dieron de su actuación: las parejas jóvenes, explicaron, no consiguen alojarse en las viviendas de interés social; los hijos de los obreros no encuentran suficientes lugares en los centros de vacaciones escolares, hablan cada vez peor el francés a causa del contacto con los niños extranjeros; los inmigrantes hacen demasiado ruido en la noche, las escaleras de los edificios apestan con su cocina, su música es estruendosa, rompen todo, etc. (como si un *gratinado* oliera menos y la música disco no molestara). Ahora bien, es justamente así como los obreros franceses caracterizan muy a menudo a los norafricanos. El crimen de los comunistas es el de haber utilizado esos sentimientos, desgraciadamente muy reales. En 1977, una encuesta del Instituto Louis Harris mostró que la hostilidad contra los judíos y los norafricanos provenía principalmente

⁴ Véase A. Memmi, *Portrait du colonisé, précédé de portrait du colonisateur et d'une préface de Jean-Paul Sartre*. [Paris]: Payot 1973.

de los obreros y los jubilados. ¿Pero por qué los obreros franceses piensan así? Se debe a que los obreros franceses creen que los inmigrantes ponen en peligro los pocos beneficios con que cuentan respecto a ellos. El miedo al desempleo, por ejemplo, no es ajeno a esta hostilidad. El desposeído, por tan desposeído que sea, puede serlo menos que otro, al menos en otros ámbitos.

Peor aún, se trata del obrero que vive en contacto cotidiano con los inmigrantes y no de los habitantes de los barrios pudientes; ahora bien, repitémoslo, la diferencia preocupa, y el oprimido no escapa, por supuesto, a ese malestar. Recientemente vimos una extraordinaria conmoción de la población, *sin distinción de clases*, de una ciudad de la región parisina, porque los inmigrantes musulmanes querían construir una mezquita. Se los toleraba siendo invisibles, pero se les consideraba intolerables en cuanto se ponían a existir de verdad, con un sorprendente monumento de piedra y, pronto, el canto insólito del almuecín. Sea dicho de paso, se evocó mucho, en esa ocasión, un pretendido *umbral de tolerancia*, que algunos caracterizaron con más justeza como un umbral de intolerancia. Como si el mal residiera en la mayor o menor concentración de ese producto tóxico en el organismo colectivo. Ahora bien, aquí, los musulmanes no habrían cambiado de nombre o de naturaleza con la edificación de la mezquita. Ello confirma con certeza que el mal no está en la víctima sino en el acusador, quien revela para la ocasión su racismo latente.

¿Existe, finalmente, un racismo del desposeído hacia el pudiente? La pregunta puede parecer, de nueva cuenta, sorprendente: la respuesta es, sin embargo, otra vez positiva. Es un racismo en parte reactivo, pero obedece a los mismos mecanismos del otro. Véanse las imágenes de Epinal que representan a los poseedores, capitalistas o pequeños propietarios: se los presume perversos y deformes, es decir, malvados y biológicamente malos. Agreguemos: *globalmente*, todo burgués es sospechoso a priori de esas dos características, que hemos anotado en cualquier actuación racista. Desde el maestro herrero al pequeño propietario del siglo XIX, reemplazados por el gran y pequeño empresario de nuestros días, todos son ávidos y crueles, afligidos por una sexualidad desenfrenada, que amenaza a las hijas del pueblo. Por antítesis, el pobre, el proletario, es un hombre apuesto, bien hecho y virtuoso. El movimiento de vaivén es evidente: el realce de las diferencias, incluso biológicas, incluso imaginarias, para valorizarse y desvalorizar al adversario; de

ahí, en el horizonte, la legitimación de la eventual agresión: individual (“todo patrón es un enemigo”); colectiva (necesidad de la revolución).

Si el racismo de los pobres se pone menos en evidencia es porque existen excusas: apartados de muchos goces objeto de sus deseos, con los cuales sueñan de manera aún más fabulosa puesto que están privados de ellos, con demasiada frecuencia expoliados y a veces aplastados, ¿cómo no van a estar habitados por quejas y resentimientos contra aquellos a los que consideran como la causa de su miseria, y que a menudo lo son, en efecto? Y, sobre todo, porque esta agitación del alma del desposeído tiene pocas consecuencias graves: salvo por sacudidas revolucionarias o actos impulsivos, por los cuales es castigado con dureza, el desposeído no puede actualizar su violencia. De tal manera que, en relación con el dominador, el racismo del dominado permanece en el nivel de la opinión. *El racismo del pobre es, de ordinario, un racismo que no muerde...* salvo si se ejerce contra alguien más pobre.

La globalización

Así, la observación repetida verifica el carácter extensivo del fenómeno. Si llegué a no reafirmar esta extensión, en el texto de circunstancia⁵, es porque me parecía obvio. Más aún, creo que forma parte de la naturaleza misma del racismo: lo vemos con más claridad a propósito de otras dos características: la *globalización* y la *tendencia al absoluto*.

Es cierto que esas dos características de la valoración racista no siempre son evidentes. Puede parecer que el racista se satisface, a veces, con vilipendiar un individuo en particular, sin referencia a su grupo y a la duración. Pero, a final de cuentas, no lo creo: la generalización resulta entonces implícita. Basta con rascar un poco para encontrar esa *doble globalización*: la acusación se refiere casi siempre, de manera implícita al menos, a la *casi totalidad de los miembros del grupo*, de manera tal que cualquier otro miembro cae bajo la misma acusación. Y, por otro lado, la acusación es *ilimitada en el tiempo*; ningún acontecimiento previsto pondrá jamás fin al proceso.

⁵ Me sucedió, efectivamente, el no acompañar el término *valoración* por los adjetivos *generalizada* y *definitiva*: es porque estaba preocupado sobre todo por la valoración.

Decir que ese obrero negro no puede dominar la técnica, porque es negro, significa que ningún negro puede hacerlo: por lo tanto, que *todos* los negros, o casi, son técnicamente inferiores. Acusar a una mujer de tener “el cabello largo y las ideas cortas”, porque es mujer, designa claramente a *todas* las mujeres. Cuando el racista se ve obligado a reconocer los méritos profesionales, artísticos o científicos de alguna mujer, lo que intenta hacer, al contrario, es romper la norma de su propio razonamiento: “Es una excepción que confirma la regla”.

La socialización

Esta globalización es, además, reforzada por la inevitable *socialización del racismo*, a tal punto, aquí también, que no se puede hablar de racismo sin tomarla en cuenta. El racismo tiene raíces emocionales y afectivas pero su formulación es social: *el racismo es también una propuesta cultural*, que el candidato racista encuentra desde su infancia, en el aire que respira, en las reflexiones de su parentela, en sus tradiciones culturales, y luego en la escuela y en la calle, en los periódicos e incluso en los escritos de los hombres a los que se le enseña a admirar y que son, por lo demás, admirables. Tal afirmación de Voltaire, de Balzac o de Gide revela su repulsión por los judíos. El judío, el árabe, el negro, o incluso el corso, el italiano o el alemán son figuras literarias o cinematográficas y, desde hace un tiempo, personajes de tiras cómicas. El vocabulario, reserva y memoria de los grupos, expresa con creces esas características hostiles: el árabe es el ratón, el melón, el “bournoul”; el judío es el “youpin”, el judas, el moisés; el Italiano es el “rital”, el macarrón, el espagueti; el alemán, el “boche”, el “frisé”, el “schleuh”, el comedor de chucrut⁶. Es relevante que la invención verbal se reaviva cuando los conflictos sociales lo hacen; conocimos un verdadero fuego de artificio en la época de la guerra de Argelia y se inventaron muchos motes antialemanes durante la guerra. Estas características canalizan, fijan y alimentan, a su vez, las aprehensiones y las experiencias individuales. *El racismo es un lenguaje colectivo al servicio de las emociones de cada uno.*

⁶ Se trata de formas peyorativas en argot para designar a los árabes, judíos, franceses e italianos. Se tradujeron los términos que tienen traducción literal en español, aunque no se usen con ese sentido en nuestra lengua (ratón, melón, espagueti, etc.) y se entrecomillaron los otros. N. del T.

El modo de actuar racista está incluso doblemente socializado: en su discurso y en su objetivo. *Es un discurso formulado por un grupo y dirigido a otro grupo.* La función del racismo se aclara aún más con esta *totalización*. El individuo ya no es considerado por sí mismo, sino como miembro de un grupo social, del cual debe poseer, a priori, las características. A la vez, todo el grupo extranjero, estigmatizado como nocivo y agresivo, merece la agresión; de manera inversa, todo individuo merece, a priori, la sanción que apela tales taras. Cuando el racista reconoce las cualidades de una persona en particular, lo hace a regañadientes, con extrañeza. “Hay buenas personas en todas partes”, acepta; lo que significa: “Incluso en el grupo de ustedes, tan condenable por lo demás”. O, de forma más clara: “Ustedes no son como los otros”, “Tengo un amigo judío que...”, lo cual no resulta nada halagüeño para todos los otros, que no son eximidos de la acusación y del eventual castigo. Por lo demás, incluso en el caso de esas “excepciones que confirman...”, la suspensión del juicio sólo es provisoria. Al menor error, al menor paso en falso, el malentendido estalla: el culpable vuelve a ser lo que nunca dejó de ser: parte de un conjunto contaminado. “¡En el fondo todos son iguales!”. La sospecha no desaparece nunca completamente; es sencillamente acallada, ocultada por una indulgencia provisoria, a favor de alguien que no lo merece: la continuación lo ha demostrado.

La totalización acaba por darle la razón al racista: “Yo se los dije”, “Yo sabía que había que tener cuidado”. Reencontramos la función: su hostilidad sistemática era una comodidad suplementaria: al estar siempre en guardia, ante un ser forzosamente malo, no corre el riesgo de ser sorprendido. Por si acaso, considera a cualquier gitano como un ladrón en potencia. Así, queda prevenido contra ese gitano en específico y un hombre prevenido vale por dos. Poco importa si ese gitano no ha cometido ningún robo. Pero si quisiera cometerlo, se le habrá impedido de antemano: se trata de una medida de seguridad, una doble garantía práctica y lógica, que protege y concluye la argumentación del racista. Mientras tanto, es verdad, ese gitano en específico, que no es un ladrón, ni en acto ni en potencia, es tratado como tal. Pero eso no incomoda al racista, puesto que es un racista, precisamente.

El otro tipo de totalización, dijimos, es *la prolongación en el tiempo*. Vemos cómo se inscribe en la estela de la socialización. El racista desea ver en la marca que le imprime en

la figura de su víctima sus rasgos *definitivos*. No sólo pertenece a un grupo, cuyos miembros poseen todos los mismos defectos; además los poseen para *siempre*. De esta manera todo queda en orden para la eternidad: los malos lo son de manera definitiva, los buenos también; los dominadores por un lado, los esclavos por el otro. “El negro no domina la técnica” significa que *nunca* lo ha podido hacer y que *nunca* lo podrá. Lo vimos a propósito del colonizado: nunca comprendió nada de la industrialización, la ciencia, el progreso: nunca podrá hacerlo... hasta la descolonización.

Comprobamos, una vez más, la comodidad de la acusación biológica: la inferioridad del colonizado, del negro o de la mujer está inscrita en su carne: por más que lo quisiéramos no podría ser corregida. Es un destino: ¿y qué destino es más tenaz que el de la biología? El negro es irremediablemente negro, la mujer irremediablemente mujer: *la biología es sin duda una figura de la fatalidad*. La víctima del racista estaba predispuesta a serlo y condenada a seguir siéndolo hasta el final de los tiempos: ¿qué mejor garantía para los privilegios que la eternidad? La totalización social y temporal se transforma en certeza metafísica. Se trata con toda claridad de un *paso al absoluto*: el judío, el negro, el árabe, el gitano, incluso la mujer, pasan a ser figuras del mal absoluto. El judío, elegido maldito por Dios, autor de un asesinato divino, fuera del tiempo, perturba el orden moral y cósmico; ¿no se sugirió, de manera seria, que el negro recordaba, por su color, las tinieblas maléficas? Recuérdese la figura de Lilith, ese doblete de Eva, nacida del esperma esta vez, sustituida después por la vampiresa, la mujer fatal, devoradora del hombre, que comienza esa comida infernal a veces por el dinero, a veces por el sexo. El racismo encuentra su apogeo en la metafísica o en la teología: ¿los metafísicos y los teólogos no se consideran a sí mismos como los especialistas de lo eterno? Aunque aquí se trata de absolutos negativos.

Negativización y nadificación

Vemos, sea dicho de paso, cómo la *negativización* es el preludeo a la *nadificación*. Es posible discutir sobre la parte consciente y la parte inconsciente: es probable que los racistas moderados, si así puede llamárselos, se horrorificarían si tomaran claramente conciencia del paradero del tranvía-racista: el cementerio. Sin embargo, es indiscutible que

se trata de un proceso progresivo, más o menos velado, más o menos confesado, de destrucción simbólica primero, de deshumanización de la víctima. Algunos racistas no le desean al negro o al colonizado una muerte violenta; los encuentran más bien cómicos. Pero su muerte, su sufrimiento, provoca en ellos más burla que compasión: no son exactamente seres humanos, con una madre e hijos del hombre, sino especies de animales; es más fácil considerar la desaparición, la erradicación de animales que de hombres. Esta manera de considerar a los negros está, por lo demás, fechada con exactitud: comenzó en la época de la trata de esclavos. Sospecho con fuerza que esos fueron los sentimientos, poco conscientes, cierto, de muchos cuando supieron de la masacre sistemática de las tribus indígenas en América del Sur: gigantesca batida contra bestias con figura humana. También acontece que el deseo de homicidio sea claramente expresado. Cuántas veces no escuché, en las colonias esta salida, pretendidamente divertida: “Somos una décima parte de la población del país: ¡que nos den a cada uno un fusil y nueve balas y el problema quedará resuelto!”.

Lo cual nos aporta la clave probable del exceso en la acusación: se trata de una inversión: se acusa a la víctima de un mal absoluto porque se le desea un mal absoluto. El judío es acusado de homicidio porque se le desea la muerte. (Envenena los pozos: ¿no es justo que muera? debe reformularse como: quiero que muera, entonces lo acuso de envenenar los pozos.) El negro es una potencia de las tinieblas, es justo que sea enviado a ellas, debe traducirse invirtiendo la fórmula: si le deseo el infierno, es porque es una criatura que ha escapado de ahí. ¡Felizmente, la mayoría de las veces, las exclusiones no llegan a esos extremos! Pero los ejemplos históricos son lo suficientemente numerosos para convencernos de que no existe diferencia sustancial entre el rechazo al otro y, si ese rechazo se exaspera en tal u otra circunstancia, la destrucción física. No hace demasiado tiempo, en plena Europa, las lapidaciones y las quemas de brujas reflejaban la misoginia ambiente llevada hasta la angustia.

Racismo y heterofobia

Para terminar, unas palabras más sobre la terminología: es comprensible que la preocupación por la clarificación hasta aquí mostrada deba reflejarse en el vocabulario. El equívoco en las discusiones sobre el racismo proviene, en parte, de la ambigüedad de esta palabra. En el sentido estricto, racismo remite exclusivamente a la biología; luego, por facilidad lingüística, llegó a tener un sentido más amplio. Muchas personas no piensan para nada en la biología cuando evocan el racismo. Facilidad que no es del todo aberrante, sin embargo, puesto que existe un parentesco entre ambos significados.

Para borrar el equívoco, ¿no habría que subrayar esa dualidad utilizando dos términos, pero lo suficientemente vecinos como para sugerir ese parentesco? En suma, reflejar por medio de una distinción formal la distinción de la doble definición. He aquí lo que he sugerido:

La palabra *racismo* conviene perfectamente para la acepción biológica; pero, propongo que de ahora en adelante *se limite a ese sentido*. No se podrá impedir, por supuesto, al discurso racista corriente que continúe nadando en la vaguedad y el imaginario; pero dispondremos al menos de una herramienta más adecuada para contradecirlo. Cuando se hable de racistas, se tratará de las personas que le otorgan una primacía a las características biológicas. Se economizarán muchos discursos inútiles, alegatos que no están dirigidos a lo esencial. Muchas personas, que tienen actitudes y conductas de rechazo, insisten en que no lo hacen a nombre de una filosofía biológica. Sería injusto no tomarlo en consideración, aún a riesgo de poner a descubierto su racismo latente, si es que existe.

Me parece que la palabra *heterofóbico* convendría bastante bien a esa categoría de personas. *Heterofobia* podría designar esas constelaciones fóbicas y agresivas, dirigidas contra el otro, que pretenden legitimarse con base en argumentos diversos, psicológicos, culturales, sociales o metafísicos, y entre las cuales el racismo, en el sentido biológico, sería una variante. Hasta donde sé, ese término no existe en el diccionario, pero, ahí también, espero que la necesidad y el uso lo impongan. Muchas personas se creen absueltas del pecado de racismo si no le prestan atención al color de la piel, la forma de la nariz o el espesor de los labios: ¿son menos condenables si agraden al otro por una fe o por costumbres diferentes?

Heterofobia respondería también a una preocupación más reciente: nos preguntamos si se puede hablar de racismo a propósito del ostracismo contra los jóvenes, las mujeres e

incluso los homosexuales y las lesbianas, o los discapacitados. En sentido estricto, obviamente no. Aunque, ironía de la suerte o confirmación de la importancia de la diferencia, no se ha subrayado de manera suficiente, y volveré a ello, que tanto en el caso de las mujeres y los jóvenes existen en verdad *características biológicas*, si es que no raciales. Como decía, con un humor discutible, un marido amigo mío: “No sé si existe una raza judía, pero, ¡las mujeres sí que son una raza aparte!”. Naturalmente, el cumplido lo hubiera podido devolver una esposa a propósito de los hombres. De igual manera, admití, para las personas de edad, los jóvenes son biológicamente casi diferentes. En todo caso, *heterofobia* permitiría englobar todas las variedades de rechazo agresivo. De manera inversa, tendría la ventaja de intercambiarse fácilmente bajo distintas formas. Por ejemplo, en lugar de hablar de antisemitismo, lo cual es manifiestamente inexacto, se emplearía el término de *judeofobia*, que indica con claridad el miedo y el rechazo al judío; lo mismo para *negrofobia*, *arabofobia*: dejo al lector el placer de buscar lo que convendría mejor para el miedo agresivo y desvalorizante a las mujeres o los jóvenes, los homosexuales o los ancianos⁷, etcétera.

Una última palabra sobre este tema: no pondría mi mano al fuego por estas distinciones, ni tampoco, por lo demás, por el texto de la definición. Me pareció, sencillamente, que la necesidad se hacía sentir de una definición más operatoria y, por lo tanto, con dos niveles, y de una duplicación de los términos que le corresponden. Cada parte de este procedimiento puede ser discutida. Llegué a dudar sobre la elección de tal u otro adjetivo; llegué a utilizar alterofobia, que conviene tanto como heterofobia. Lo descarté por purismo, pues comporta una parte en latín: *alter*, y una parte en griego: *fobia*, aunque estemos acostumbrados a tales monstruos, véase *socio-logía*. Pero, ya que estamos haciendo algo nuevo, mejor hacerlo lo mejor posible. Lo mismo con etnofobia, que tiene la ventaja de reflejar el rechazo a un grupo entero, una de las características del modo de actuar racista. Pero insistiendo en ese carácter colectivo, corría el riesgo de parecer restrictivo: la acusación racista puede también estar dirigida contra un individuo singular, aunque después se le sumerja en el plural. Lo mismo también con xenofobia, que tiene el

⁷ En la misma línea, se podrían considerar sentidos cada vez más amplios; el uso no se limita al respecto, por lo demás. ¿No se dice: “Pertenece a una raza de artesanos en vías de extinción”? O: “Los políticos pertenecen a una raza aparte”. ¿Por qué no? Importa solamente ser muy consciente de que nos acercamos cada vez más a la metáfora, o al cajón de sastre, como por ejemplo: ¡el “racismo anti-policía”!...

mérito de ya existir y que, vista su raíz, hubiera podido ser bastante adecuado. Pero el uso es rey; la costumbre se ha impuesto de ver en xenofobia sólo el rechazo a los extranjeros. Ahora bien, no se rechaza sólo a los extranjeros, a menos de que se entienda por extranjero todo aquello que es diferente de nosotros: por edad, sexo, clase social: habría que estirar demasiado el sentido de esta palabra. Fue, lo vemos, una elaboración bastante larga, que me hizo retener este doblote: *racismo* y *heterofobia*.

El primero designa exactamente el rechazo al otro en nombre de las diferencias biológicas; el segundo el rechazo al otro en nombre de cualquier diferencia. El segundo comprende al primero como un caso particular.

Lo cual debiera, por lo tanto, reflejarse en una misma definición, a la vez una pero con la posibilidad de dar cuenta de esa dualidad; es lo que he intentado hacer⁸.

⁸ ¿Hay que renunciar, por ello, al término mismo de *racismo*? Lo consideré por un tiempo. En 1992 se llevó a cabo un coloquio en París, al que fui invitado, para intentar contestar a esa pregunta. Finalmente, creo inútil esta batalla semántica; las palabras poseen una historia que nos sobrepasa. Lo más importante, me parece, es entenderse con base en sentidos y definiciones lo más precisos posible. (Nota de 1994.).

La desigualdad racista. Precisiones conceptuales y propuestas teóricas.

Véronique de Rudder, Christian Poiret et François Vourc'h

Traducción de Isabelle Combès, con la amable autorización de los editores, del original: Véronique DE RUDDER, Christian POIRET et François VOURC'H (2000), "Précisions conceptuelles et propositions théoriques", p. 25-45 dans *L'inégalité raciste. L'universalité républicaine à l'épreuve*. Paris, PUF.

Copyright: © PUF, 2000

Las relaciones interétnicas y el racismo forman un campo de discordia, conflictos y enfrentamientos, pero también de transacciones, ajustes y conciliaciones. Esto se refleja en las luchas discursivas, que tanto se refieren a conceptos como el reconocimiento, la dignidad y la legitimidad, que sería erróneo calificarlas de vanas querellas de palabras.

Nuestro objetivo es presentar aquí, de manera clara o al menos explícita, y por lo mismo expuesta a la crítica, el vocabulario al cual recurrimos para describir e interpretar lo que hemos llamado, como otros ya lo hicieron, el “etnismo” y el racismo, y en particular sus manifestaciones concretas como la discriminación y la segregación. No retomamos aquí el detalle de cada noción, de sus usos y su historia, y de hecho no rendimos un justo tributo a los autores a los cuales nos referimos¹. Remitimos, para estos aspectos, a los trabajos del colectivo “Pluriel-Recherches”, que está publicando el *Vocabulario histórico y crítico de las relaciones interétnicas*². (mayo 1998). En cambio, procuraremos echar luz sobre la red en la cual estos conceptos remiten los unos a los otros y forman lo que suele llamarse un marco teórico o, al menos, lo integran.

Tampoco presentaremos exhaustivamente este último: primero porque el espacio falta para desarrollar lo que tendría que ser una exposición larga, detallada y circunstanciada del mismo; luego porque no pretendemos disponer de una teoría global y unificada, de una “gran teoría” en la cual, además, no creemos.

¹ Los autores precisan en una nota que “Por razones de espacio no figuran en este capítulo los numerosos autores antiguos o modernos del corpus teórico que retomamos o sobre el cual nos basamos”. Aparecen en la bibliografía general del libro, que reproducimos al final de este texto. (NdT).

² *Vocabulaire historique et critique des relations interethniques*, ed. L'Harmattan, Paris, Cahier n°5, 1998

El lector se extrañará tal vez del número de términos especializados y de neologismos que utilizamos, y que pueden parecer oscuros, desafortunados, incluso confusos. Pero las palabras del lenguaje común no siempre permiten dar cabalmente cuenta de un hecho o de una situación que es importante distinguir y sacar a la luz; y el vocabulario disponible es demasiadas veces tan reificante o confuso que no abastece para expresar que de lo que se trata es de relaciones y de procesos históricos y sociales.

Algunas precauciones “usuales”

Tratar directa y formalmente del vocabulario relativo a lo social, y muy particularmente de aquel de las ciencias sociales, supone aceptar correr algunos riesgos. El primero es, por supuesto, el del “bizantinismo”, de las “disputas”, sutiles en el mejor de los casos pero puramente formales, desconectadas de las cosas concretas y de los problemas del tiempo. Otro riesgo consiste en erigirse en legislador del lenguaje e intentar imponer “el” uso correcto, instituir una “*sociologically correctness*” por así decirlo. Pero éstos no son los mayores peligros. Pues uno de los principales problemas que plantea la elección (y entonces la selección) de “las palabras para decirlo” es llegar a tomar las palabras por las cosas, el signifiante por el significado, en suma, a considerar sus deseos (de denominación, de ordenamiento, de análisis) por el orden real de los hechos. Sin embargo éstos, demasiado complejos para no rebasar por todas partes los discursos sobre-impuestos, no tardan en rebelarse. Lo mismo pasa además con el lenguaje mismo, que también se venga regularmente del rigor que se le inflige. Las “cosas” sociales viven, y trastornan las categorías...

Esto nos lleva a adoptar una posición decididamente “relativista”. Las nociones son herramientas. Sólo valen porque son útiles, y por el tiempo que dura esta utilidad. Algunos conceptos ya no se usan, sea porque se volvieron caducos en relación con la realidad, sea porque el estado del conocimiento obligó a encontrar varios vocablos para dar cuenta de hechos que antaño se designaban con un solo nombre, sea también porque sus contenidos se hipertrofiaron o se “ideologizaron” en la calle o el boliche o, quizás más todavía, en los gabinetes ministeriales y los repertorios administrativos.

La producción del lenguaje, aunque sea conceptual (¿o sobretodo cuando es conceptual?) es un hecho social. Contemplar la génesis, la evolución, el abandono o la

invención de léxicos en su contexto y su profundidad histórica aclara las elecciones. Esta aproximación, a la vez histórica y crítica, nos obliga también, como lo recuerda siempre Colette Guillaumin, a recordar que las palabras suelen menos perder sus significados anteriores que incluir unos nuevos. No obstante la intención y las precauciones, el pasado de las palabras se sedimenta y persiste –de manera manifiesta o latente– en sus usos ulteriores. En nuestra opinión, éste es típicamente el caso del vocablo “raza” que, aunque aparentemente totalmente “sociologizado”, sigue remitiendo al sentido biológico fijado en el siglo XIX. Por esta razón, sólo lo emplearemos aquí entre comillas. En cuanto al significado de los términos abandonados o cuestionados, también puede, cuando la idea perdura, “invertirse” en otros vocablos: es así que, en no pocos discursos, las designaciones de “etnia”, “cultura” y “origen” asumen muy fácilmente la significación de “raza”.

La exigencia de rigor y clarificación del léxico proviene de nuestra necesidad de nociones y categorías explícitas, distintas y ajustadas al nivel de la razón –entonces libres de la vaguedad, la afectividad y los intereses que caracterizan el lenguaje común (Simon P.-J, 1993). Desde Platón hasta Bacon, desde Mauss hasta Weber, no faltan los autores que nos recuerdan este requisito de la actividad científica. ¿De qué serviría implementar sofisticados procedimientos de investigación, si lo que buscamos sigue siendo borroso? Contar, describir o analizar, esto se hace mediante palabras que los números, los mapas o las figuras generalmente sólo ilustran. ¿Cómo transmitir los saberes adquiridos? ¿Cómo hacer para que sean cumulativos? El lenguaje es el que permite iniciar la famosa “ruptura con el sentido común”, que abre un espacio de inteligibilidad específica: el del objeto construido por y para el conocimiento, es decir, empíricamente hablando, un *artefacto*. Es, sin embargo, en este mismo momento cuando también empieza la crítica de los instrumentos de conocimiento. Tenemos que retomar lo que sabemos, a la vez que controlar los medios mismos de este conocimiento... antes de reutilizarlos, algunas veces, en un sentido renovado. Se dice que las palabras tienen una historia: sólo tienen, en realidad, unos usos y unos contextos de uso que son, ellos, verdaderamente históricos.

Esto aboga a favor de un cierto “nominalismo metodológico”, es decir a la adopción de categorías forjadas en el trabajo y para el trabajo. La “buena definición” o la “buena categoría” que coincidirían exactamente con la esencia de los hechos o de los fenómenos no existen, y sólo pueden ser postuladas alejándose del método científico. Además, recurrir a

los conceptos no debe servir tanto a “figurar” la realidad, mucho menos a “encerrarla”, sino a interrogarla: plantear problemas, proponer teorías.

Pero existe otra razón para recusar el “esencialismo metodológico” (o “nominalismo esencialista”) y sobretodo desconfiar de él, pues está latente en todas las categorizaciones, nomenclaturas y clasificaciones que estamos inevitablemente llamados a hacer. Es, pues, que no estudiamos “cosas” que podrían inventariarse, y a las cuales podría aplicarse sin riesgo una taxonomía. Lo que estudian las ciencias sociales son, en realidad, *interacciones*³ entre fenómenos que están a su vez insertos en *relaciones sociales*. Y el análisis de estas relaciones pasa por su definición y la definición de lo y los que están implicados en ellas. El trabajo de “nominación” de los grupos es así subordinado al de las relaciones que se busca identificar y entender; es relativo. Lo que no impide que sea permanentemente expuesto al riesgo de esencialización o reificación, dada la manera en que la ideología positivista impregna nuestros modos de pensar y los de nuestros contemporáneos.

Si parece menos difícil conseguir un acuerdo sobre las palabras en las ciencias de la naturaleza que en las ciencias sociales, es, por supuesto, porque las primeras tienen un lenguaje formal propio, a menudo incomprensible para el no especialista, mientras la mayor parte del corpus conceptual de las últimas (con variaciones entre ellas) pertenece también al lenguaje común. Razones de fondo explican esta situación, y no remiten solamente al nacimiento reciente de algunas de las disciplinas aludidas. No podemos extendernos aquí, pero debemos al menos recordar algunas “evidencias” al respecto. Primero, pensar lo social no es ninguna exclusividad de los profesionales: sean los que fueren los procedimientos de objetivación y distanciamiento, no es ni puede tratarse de un dominio reservado. Segundo, este pensamiento se expresa mediante el discurso: discursos organizados y articulados de los científicos, los doctrinarios, incluso los políticos; discursos espontáneos, a veces confusos, de la vida diaria; discursos “atrapados entre dos fuegos” de la circulación mediática. Finalmente, todos estos discursos son también hechos sociales, es decir parte íntegra de la realidad social de la cual dan cuenta y contribuyen a moldear. Estos discursos revelan al mismo tiempo que formalizan percepciones, representaciones y esquemas de pensamiento que, no lo olvidemos, se forjan en relaciones sociales profundamente

³ Lo que, de paso y contrariamente a una creencia ampliamente difundida, acerca las ciencias humanas y sociales y las de la naturaleza.

desiguales. El poder, y particularmente el poder de nominación, también es una relación de fuerzas. Y por eso mismo las palabras son parte del juego social. La vida política, entendida en su sentido más amplio, está hecha de palabras y, en parte, de querellas de palabras. Y cuando se inicia una controversia terminológica, es bien difícil saber de antemano si lo que está en juego tendrá o no consecuencias en la vida social, la historia, una disciplina... o para una corporación o un *lobby*.

Como lo subraya Pierre Bourdieu, en las ciencias sociales “decir es hacer”, pues “las palabras del sociólogo contribuyen a hacer las cosas sociales”. Participan *directamente* de las clasificaciones sociales. Al menos algunos de los conceptos, categorías y definiciones que retomamos o elaboramos, son adoptados luego por las instituciones y las administraciones, y eso cuando no fueron primero impuestos por ellas. ¿No nos olvidamos demasiadas veces que la mayor parte de nosotros, funcionarios o sus equivalentes, también somos pagados para eso por el aparato estatal al cual pertenecemos? En estas circunstancias, ¿qué de raro que las personas y grupos categorizados, descritos y analizados de esta manera se rebelen a veces contra nuestras nomenclaturas, contra nuestros “relatos”? Se sienten como cosas, encerrados en nuestras etiquetas; se sienten “manipulados” (Guillaumin, 1981). Y la verdad es que lo son. Sin importar el cuidado que se tome para elaborarlas, las definiciones y categorías nunca serán “justas”: son instrumentos de conocimiento contruidos, atravesados de par en par por las relaciones desiguales.

El disentimiento es entonces lo normal en este tema. Expresa un desaire a la sumisión necesario en la democracia. La ciencia no puede obviarlo apelando al argumento de autoridad; pero tampoco puede prescindir de la explicación conceptual ni de la teoría que propone o sobre la cual se basa.

Algunas precisiones conceptuales: racismo, etnismo y discriminación

En las ciencias sociales norteamericanas, la disyunción entre el campo del racismo y el de las relaciones interétnicas es tradicionalmente fuerte desde los años 1950. Para decirlo de manera demasiado rápida y brutal, el primero se construyó sobre la base de la “cuestión negra”, y el segundo a propósito de la inmigración europea.

En Francia, y hasta una fecha reciente, las investigaciones sobre el racismo tomaron forma de ensayos donde el contenido teórico ambicioso, antropológico o político,

prevalecía sobre los datos empíricos. En cuanto a las investigaciones sobre las relaciones interétnicas, surgieron paulatinamente a contar de los años 1970, a partir de trabajos que enfocaban inicialmente el objeto social llamado “inmigración”.

En ambos casos, la separación de los dos campos desembocó en un “punto ciego” sobre las modalidades de construcción y tratamiento de la “diferencia”, sea llamada étnica o “racial”. En Francia sobretodo, se sigue ignorando la consistencia y los efectos del racismo en acto, el que se ejerce diariamente, con o sin referencia a una ideología o una doctrina explícitamente racista. Pero más allá, esta disyunción plantea un problema epistemológico mayor. Pues lleva a razonar a partir de categorías forjadas en el interior mismo de las relaciones sociales de dominación: los grupos étnicos por un lado, los grupos “raciales” por el otro. El punto de partida de esta distinción era descriptivo: se trataba de mostrar la existencia de grupos marginalizados por su cultura, al lado de otros inferiorizados por su “raza”. Sin embargo, esta distinción no puede ser considerada como natural. Es el producto de procesos sociales que deben ser analizados. Sólo mediante este análisis, puede demostrarse lo que une y lo que distingue sociológicamente la construcción de lo étnico y de lo “racial”. Sin este examen, la “separación” del racismo sólo tiene como efecto la ratificación de la “separación” racista.

Interacciones interétnicas y racismo: etnicización y racialización

Las interacciones interétnicas son relaciones que construyen y unen grupos socialmente definidos por su origen real o supuesto, y su cultura, reivindicada o achacada. Las interacciones interétnicas no son reductibles a lo que suele llamarse “relaciones interculturales”. En las interacciones interétnicas, los hechos culturales están en realidad “captados” a través de un sistema de designación y de categorización. Este sistema selecciona, falsifica o inventa rasgos culturales para incluirlos en una organización social de mayor o menor desigualdad y generalmente jerárquica. El objeto del estudio de las interacciones interétnicas es el análisis de este conjunto de hechos, sin presuponer *a priori* la existencia de tal o cual grupo étnico sino, por el contrario, postulando que estos grupos se forman y se transforman a través de las relaciones sociales y, sobretodo, que estas relaciones son las que erigen entre ellos límites o “fronteras” más o menos impermeables, más o menos porosas.

Este proceso de construcción de fronteras y de designación es lo que llamamos *etnicización*. Se trata menos de “reconocimiento” de diferencias reales o supuestas que de clasificación social y posicionamiento en una escala que ordena estatus sociales, económicos o políticos... En el transcurso de la etnicización, la atribución o la reivindicación de pertenencia étnica se vuelve un referente determinante (fundamental, englobante, dominante, aun exclusivo) de la acción y en la interacción. Así, cuando, al igual que otros investigadores, evocamos la etnicización de las relaciones sociales en la sociedad francesa, nos referimos al reforzamiento, que opera desde hace unos veinte años, de la categorización y de la creación de jerarquías étnicas.

En esta perspectiva, el racismo no constituye un campo separado de investigación, como el de la historia de las ideologías, de la filosofía política o el que numerosos autores anglosajones llaman *Race relations*. Se trata de un campo analíticamente distinto pero genéticamente (en el sentido estrictamente lógico del término, que se está empezando a perder) y sobretodo sociológicamente ligado al de las interacciones interétnicas.

Históricamente el racismo nació en el interior de interacciones interétnicas modeladas, por una parte, en la esclavitud y la empresa de colonización y, por otra parte, en la tumultuosa formación de los Estados nacionales en Europa. Ambos “orígenes” del racismo (ilustrados por un lado por el racismo “de color” y por el otro por el antisemitismo moderno) designan formalmente relaciones políticas y sociales entre grupos humanos diferenciados, categorizados y jerarquizados en función de rasgos de tipo étnico, es decir sociales y culturales a la vez, y referidos al “origen”.

Sin embargo, a partir de este fondo común, la atribución “racial” da un paso cualitativo fundamental. Afirma la diferenciación cultural y de “origen” como absoluta, planteándola como “raza”, es decir inscribiéndola en un reino exterior a la voluntad humana: el de la naturaleza. La categoría de la “raza” es inmutable y definitiva. En la *racialización*, el registro de la cultura, instrumentalizado por la etnicización, queda integralmente subordinado, porque remite a una esencia hereditaria sincrética y superlativa, exterior y superior al orden contingente de lo social y lo histórico.

No siempre es fácil distinguir entre etnicización y racialización, no sólo en el orden empírico de las situaciones, sino incluso en el plano teórico. Por una parte, tienen en

común un cierto número de características y, por otra, la eufemización del racismo descansa a menudo en su disfraz como etnismo, lo que lleva a “enredar” el análisis.

Su primer punto en común es la atribución de estatus *ascriptivos* (del inglés *ascription*), basados sobre el nacimiento, el origen, la genealogía, sobre lo que precede al individuo y sobre lo cual no puede actuar, en oposición con los estatus adquiridos por las personas en función de lo que hacen y realizan durante su existencia (lo que en inglés se dice *achievement*).

Etnicización y racialización son procesos de *alterización*, es decir de producción de diferencias constitutivas de una alteridad colectiva más o menos radical, o incluso absoluta en el caso del racismo. Así, el tema de la diferencia no es lo primero. Las diferencias entre los individuos y los grupos que conforman son innumerables. En cambio, las diferencias socialmente pertinentes son seleccionadas, maquilladas o inventadas para insertarlas en relaciones de desigualdad. No existe(n) primero uno o varios “Otros” a ser tratado(s) de tal o cual manera; alteridad y diferencias se fabrican directamente, por contraste, en el seno de las relaciones. *Alter*, al igual que *Ego*, es una producción histórica y social, la misma que establece la distinción entre Nosotros y Ellos.

Etnicización y racialización son relaciones sociales que unen *racializante* y *racializado*, *eticizante* y *eticizado* en relaciones de poder, donde los segundos están en posición subalterna en relación con los primeros. Esta sujeción define una situación *minoritaria* completamente independiente de la importancia cuantitativa y relativa de los grupos: el *mayoritario* es el que incrementa su posición (su estatus, su poder...) mientras minoriza los de *Alter*.

Se trata también de procesos globales. Como sea que el grupo dominante se piense a sí mismo como referente general y universal (es decir como el grupo que no difiere de nada ni de nadie, pero en relación a quien “otros” difieren), o que se postule explícitamente como de esencia superior, protegiendo privilegios que le tocan naturalmente, no puede sustraerse enteramente a una confrontación que sus justificaciones procuran sin embargo evitar.

Ubicar las interacciones interétnicas y el racismo en un campo único de análisis no implica que sea lo mismo subordinar a una población por sus rasgos culturales reales o supuestos, o volverla radicalmente “otra” por su pretendida naturaleza intrínseca. Al menos en teoría, las prácticas culturales de una persona o de una colectividad pueden modificarse; no así la “raza”, que es una marca indeleble.

La ventaja de recurrir a los dos términos distintos de *etnismo* y *racismo* descansa en particular en el hecho que, al menos en las prácticas discursivas, la “diferencia” y la “distancia” apelan en general a tres registros: social o socioeconómico (la clase, el estatus...), cultural (costumbres, prácticas, creencias...) y “racial” (naturaleza, herencia, atavismo...). Los pasos de un registro a otro son frecuentes, aunque no sistemáticos, e informan mucho más sobre la percepción y la ideología de los locutores que afirmaciones del estilo “profesión de fe”.

En un plano más analítico, esta distinción permite dar todo su sentido, y solamente su sentido, a lo que se ha llamado el “neo-racismo”, calificado de “cultural” más que de “biológico”. Desde nuestro punto de vista se debe hablar de etnismo, y sólo de etnismo, cuando la cultura de *Alter* sigue siendo presentada como un rasgo contingente, susceptible de cambio, aun mediante el desprecio, la denigración y la segregación. En este sentido, el etnismo es una forma activa y proyectiva de etnocentrismo e incluso, a veces, de clasismo. Se “llega” al racismo no solamente cuando se hace referencia a la naturaleza biológica de *Alter*, sino también cuando se esencializan o reifican los rasgos culturales que se le atribuyen, de tal manera que formen una “segunda naturaleza” y que su transmisión intergeneracional se concibe más como una herencia que como un legado cuya adquisición está subordinada a la socialización.

El punto “sensible” del paso del etnismo al racismo se sitúa en la manera de abordar lo que se llama el “origen”, considerado como un rasgo existencial o simbólico o, por el contrario, como un rasgo esencial, a-histórico y genealógico.

El absolutismo propio del racismo no implica la existencia de una frontera impermeable entre etnismo y racismo, todo lo contrario. El análisis histórico muestra que con frecuencia la racialización puede dejar lugar a la etnicización (pensemos en los judíos en Europa o en los italianos en Francia) o, al revés, sucederla (los “hispanos” en los

Estados Unidos). La clase social misma es susceptible de ser racializada (los obreros del siglo XIX, hereditariamente estúpidos e inmorales, etc.) o etnicizada.

Sea lo que fuere, la distinción entre etnismo y racismo no corresponde a una gradación en la hostilidad o el rechazo. ¿Es necesario insistir sobre la extrema incandescencia contemporánea del etnismo? Pero sí se trata de una gradación en la alterización. El etnismo separa real o simbólicamente al etnicizado fuera del grupo (comunidad, nación...), menos si se convierte (se asimila) y desaparece su “diferencia”. El racismo arroja al racializado a otro mundo no completamente humano, infrahumano, en todo caso “sin común medida” con el del racializante. No se desea su conversión y ni siquiera se la considera posible.

Racismo y “raza”

Contrariamente a lo que se cree generalmente, la idea de “raza” no es la base lógica del racismo, sino más bien lo que produce. Mucho antes que se proponga el concepto mismo de racismo para denunciar prácticas de exclusión realizadas en nombre de la “raza”, en los años 1930, fue de hecho la fe en una partición indisociablemente física y psicológica de la especie humana, en sí misma y por ella misma, es decir productora de historicidad por naturaleza, la que inició el proceso de racialización. Todo el racismo –en sus diversos aspectos ideológicos, teóricos, políticos, cognitivos, afectivos o prácticos– está contenido en esta operación de naturalización o esencialización de grupos enteros. Estos grupos racializados son históricamente constituidos, o bien contruidos de manera ficticia. Se les vuelve definitivamente “otros” mediante la atribución de rasgos indisolublemente somáticos y mentales hereditarios.

Cualquier clasificación que se llame “racial” es, por definición, una clasificación racista. Marca con el sello de una “diferencia negativa” a grupos que también son llamados *estigmatizados*, es decir *desacreditados* en relación con los que constituyen la norma y la “normalidad”. No es necesario recurrir a la palabra “raza” para realizar esta operación, que puede indiferentemente utilizar los términos de etnia, cultura u origen. En esta perspectiva, la tendencia “culturalizante” o “diferencialista” del racismo contemporáneo –que corresponde al retroceso de la clasificación zoológica de la

humanidad en diferentes “razas” o “grupos raciales”⁴– no representa una transformación radical. La etnia, la cultura o el origen siempre funcionaron como marcas negativas en asociación con el fenotipo. Tratados como huellas sustanciales, inscritas en la continuidad genealógica, pueden reemplazar a la “raza”. “Asumen” de esta manera los significados de la palabra “raza”.

Muy a menudo, el racismo está reducido a un sistema de ideas que “orienta” la acción: pero no se trata solamente de eso. Es una relación social cuya ideología es la “cara mental”, lo que significa que el racismo rige o tiende a regir un orden social, al mismo tiempo que elabora su representación. Esta capacidad de “totalización” del racismo explica su relevancia, pues, antes de ser un modo de pensamiento, se trata de una experiencia social que reúne racializante y racializado en una relación de dominación/subordinación que escapa a los intentos individuales por sobrellevar o subvertirlo.

Etnia, grupo étnico y etnicidad

La relación entre “etnismo” y “etnia” no es exactamente la misma a la que asocia el racismo con la “raza”. La idea de etnia, con un significado bastante parecido al que tiene hoy, es muy antigua. De hecho, las interacciones interétnicas, y el etnismo, no son, a diferencia del racismo y de la idea misma de “raza” natural, fenómenos modernos.

Las primeras clasificaciones científicas calificadas como “étnicas” se basaron sobre criterios lingüísticos, dejando más o menos de lado los caracteres somáticos. Sin embargo, en sus usos más frecuentes, la noción es muy ambigua. Lleva en general una carga de desprecio, como ya la llevaba el *ethnos* del griego antiguo (cuya traducción como “pueblo primitivo” o “tribu” sería más adecuada que la, más corriente, de “pueblo”). De hecho, combina frecuentemente referencias culturales y somáticas, y funciona entonces como refuerzo, sustituto o eufemismo de la palabra “raza”.

La mayor parte de los trabajos que se inscriben hoy en el marco de las investigaciones sobre las “interacciones interétnicas” se refieren a lo *étnico* y la *etnicidad* mucho más que a la etnia –una noción muy criticada por su esencialismo latente y por las manipulaciones que sufrió en el marco de la etnología colonial y de las políticas inspiradas en ellas (o que las han inspirado). Aunque tengamos que admitir que esta distinción está

⁴ Lo que se llama *racialismo*.

lejos de ser inmediatamente comprensible para el no especialista, es esencial. *Ethnic* y *ethnicity* son términos que la sociología norteamericana (la de Estados Unidos en particular) adoptó paulatinamente para designar los hechos relativos a la situación minoritaria de grupos culturalmente identificados como divergentes en relación con la norma *WASP* (*White, anglo-saxon, protestant*). Según este concepto, el *Ethnic group* no es un grupo “racial” (socialmente considerado como físicamente identificable), sino una colectividad cuyos miembros comparten un cierto número de rasgos culturales (idioma, religión, costumbres...) y se reconocen una pertenencia común, una identidad propia, una *etnicidad*, basada por lo general sobre la creencia en un parentesco más o menos ficticio pero en todo caso simbólicamente significativo. A partir de este uso nacido en una sociedad y una historia particulares, las nociones de grupos étnicos y etnicidad se difundieron en las ciencias sociales anglohablantes y luego, más allá, fueron empleadas para designar los hechos relativos a la categorización y las divisiones étnicas. Los debates que estas nociones provocaron han puesto en contacto a investigadores de disciplinas muy poco comunicadas en el pasado (antropología cultural por un lado, sociología y ciencias políticas por otro). A pesar de ello, las teorías no están unificadas y el análisis, en particular, de la relación entre interacciones “raciales” e interacciones interétnicas está lejos de ser consensuado.

Por nuestra parte, consideramos los hechos étnicos en una perspectiva “constructivista”, dinámica y relacional. En otros términos, los consideramos como el resultado de relaciones que tienden a producir clivajes sociales entre Nosotros y Ellos, a partir de emblemas culturales utilizados como fronteras. La etnicidad es, en suma, una construcción social de pertenencia colectiva, y el grupo étnico un modo de organización social; ambos se basan sobre símbolos culturales seleccionados por su valor contrastivo en la interacción social. Lo que implica que el contenido de la etnicidad, así como la importancia que se le otorga en las interacciones, son tributarios de la historia.

Relaciones sociales interétnicas e interacciones sociales interétnicas

Afirmar que la etnicidad es social e históricamente construida, y que las situaciones en las cuales se inscribe son las que le confieren una significación más o menos importante, tanto en la organización social como en las interacciones diarias, plantea un problema. En efecto,

insistir sobre el carácter contingente de la atribución como de la reivindicación étnicas podría llevar a pensar en una fluidez, incluso una fugacidad, de los modos de organización colectiva y de las identificaciones a las cuales dan lugar. Sin embargo, cualquiera puede constatar, en numerosos lugares y contextos, la perennidad histórica y social de lo que Max Weber llamó la comunalización étnica.

Si bien estos modos de organización, al igual que los rasgos culturales que son sus atributos, son de hecho muy variables, las situaciones que presiden a la diferenciación lo son mucho menos. La inferiorización, las inscripciones en relaciones de desigualdad y un orden jerárquico se inscriben en efecto en tiempos, pero también en modalidades coercitivas, que sobrepasan a menudo por mucho el tiempo existencial de la vida individual. La variabilidad misma es entonces variable, y sólo el análisis de cada caso puede permitir entender qué es lo que vuelve más o menos durables las fronteras étnicas y “raciales”, y por consiguiente los grupos mismos que éstas especifican.

Nos parece en todo caso útil distinguir “niveles” en la estructuración y la organización sociales de las diferenciaciones étnicas. El que proponemos llamar “relaciones sociales interétnicas” es sin duda el más abstracto, pero también el más efectivo en una escala macro-social. Se trata de la distribución de las respectivas posiciones de los grupos en los niveles económicos, sociales, institucionales, estatuarios –distribución que dibuja un orden social tributario de la historia, a escala internacional o nacional. Las relaciones sociales interétnicas son estructurantes porque están históricamente ligadas con la división del trabajo, las relaciones internacionales, los intercambios desiguales y, entonces, con las relaciones entre los pueblos o entre grupos sociales dentro de las formaciones de los Estados-Naciones. Remiten más a menudo a la guerra, la expoliación, la explotación, la sumisión o la exterminación: en suma, a relaciones material y simbólicamente violentas. Esta estructuración jerárquica confiere a la nacionalidad, la religión, a tal o cual rasgo cultural, al “color”, etc., papeles clasificatorios a veces diferentes y a veces redundantes. Estos elementos dispares alimentan, en su mayor o menor coalición, un ciclo más o menos cerrado de reproducción de relaciones sociales con base “étnica” o “racial”, en las cuales funcionan como “marcadores” y a menudo como estigmas. Consideradas en este nivel, tanto la etnicidad como el racismo son principios de coacción. Determinan lugares y

posibilidades, e imponen “comunidades de destino” tales que, por sí mismas, producen solidaridades y rivalidades definidas como “étnicas” o “raciales”.

El nivel de las “interacciones sociales interétnicas” es más concreto. Supone el contacto, la coexistencia, y por consiguiente es más dependiente de las coyunturas temporales y de las configuraciones locales. Las interacciones interétnicas se inscriben, necesariamente, en el orden estructurante de las relaciones interétnicas. Sin embargo, y aunque las concreten, no sólo las reflejan. Tributarias de las circunstancias, incluso pueden estorbar su reproducción y, sobretodo, doblegar su actualización (la importancia relativa, los efectos de identificación, el desplazamiento o la superposición de las fronteras). En este nivel, se puede observar lo que está en juego, concreta o simbólicamente, en la movilización identitaria y la formalización de las cooperaciones y conflictos colectivos, de las alianzas y oposiciones que “endurecen” o “desplazan” las líneas de división heredadas, sea para reforzarlas, transponerlas, moverlas y, llegado el caso, borrarlas o crear nuevas. Si bien transcriben a veces estrictamente las divisiones étnicas sólidamente estructuradas en la escala macro-social, también pueden modificarlas en función de los desafíos de la coexistencia y la sociabilidad locales. Así, su influencia sobre el orden de las relaciones interétnicas es ambigua. Atrapadas en la contingencia de las situaciones y los acontecimientos, las interacciones sociales interétnicas difícilmente pueden subvertir este orden: pero sí lo influyen y, a la larga, lo modifican.

En estas mismas interacciones se desarrollan las tácticas que consisten en enfatizar, o por el contrario obviar, la identificación o la atribución étnicas. Por una parte, las interacciones interétnicas casi nunca son solamente “étnicas”. Llegado el caso, la etnicidad sólo aparece como una dimensión que interfiere en relaciones que son económicas y sociales (el trabajo, la compra, el consumo, el acceso a los servicios, la obtención de derechos, la vecindad...). Por otra parte, para cada individuo, la etnicidad sólo constituye, en un abanico de identificaciones disponibles, un recurso entre otros de identificación posible. Si bien no se trata de una opción enteramente libre, en las interacciones, y en particular aquellas cara a cara, el énfasis dado a la etnicidad está manipulado por el conjunto de los protagonistas. Es así bastante común observar, por ejemplo en un conflicto entre un comerciante y su cliente, que el miembro del grupo dominante intenta imponer una atribución étnica o “racial” al miembro del grupo dominado, para desacreditarlo, mientras

este último busca por el contrario hacerse reconocer como un ciudadano “ordinario”, gozando de todos sus derechos, e incluso intenta quitar todo crédito a las palabras de su interlocutor acusándolo de racismo.

Racismo individual, racismo institucional y racismo sistémico

El retroceso de la legitimidad del racialismo y la adopción de legislaciones antidiscriminatorias modificaron en parte las modalidades de expresión del racismo. Pero si bien la expresión directa, la hostilidad declarada o la discriminación abierta han retrocedido en algo, las desigualdades y las estratificaciones “raciales” persisten.

Para analizar esta nueva situación, varias propuestas conceptuales fueron elaboradas a partir de fines de los años 1960. En la actualidad, todas estas nociones (que consisten generalmente en agregar un adjetivo a la palabra racismo) siguen siendo debatidas, por lo cual su definición es todavía “movediza”. Su uso debe entonces ser explicitado en cada caso.

La distinción entre racismo individual y racismo institucional (*institutional racism*) fue establecida por los militantes de los derechos cívicos en los Estados Unidos. Hicieron valer que la desigualdad estructural de los negros norteamericanos no sólo es fruto de los prejuicios, de las intenciones y de los comportamientos discriminatorios de la mayoría blanca (racismo manifiesto), sino también el producto de un conjunto integrado de dispositivos que asegura la perpetuación del poder de los blancos y desfavorece sistemáticamente a los negros en la competición (racismo oculto). Publicado en 1967, el libro de Carmichael y Hamilton: *Black Power: The Politics of Liberation in America*, inauguró de esta manera una serie de trabajos sobre el racismo como estructura social resultante de reglas, procedimientos y prácticas, en general rutinarias, aplicadas por las instituciones (término que entendemos aquí en su sentido más amplio, incluyendo tanto a las organizaciones, los aparatos burocráticos, como a las instituciones formales).

El aporte innegable de la noción de racismo institucional es haber destacado la impregnación de hecho del “sentido de la supremacía blanca” en el funcionamiento ciego de las instituciones. También subrayó la extensión del hecho racista –independientemente o al lado de formas discursivas y comportamientos explícitamente referidos a una ideología, a

una doctrina o a prejuicios– y sus efectos sobre la perpetuación de las desigualdades “raciales”.

Numerosos debates, que sería demasiado largo resumir aquí, existen todavía alrededor de esta noción. Sólo apuntaremos dos de las dificultades generalmente reconocidas. La más importante es su funcionamiento lógico circular. En efecto, el “racismo institucional” incluye a la vez, por una parte, a los comportamientos (individuales o colectivos) y los procesos (burocráticos, institucionales) como, por otra parte, a su resultado, es decir la estratificación “socio-racial”. De esta manera, causas y consecuencias de la desigualdad se demuestran mutuamente. La segunda dificultad remite al carácter “globalizador” de la noción, que por cierto le da su virtud denunciadora, pero plantea algunos problemas analíticos cuando se trata de entender mejor lo que pasa en el interior mismo de las organizaciones. En efecto, podemos encontrar la costumbre institucional estructuralmente discriminatoria (el racismo *de* la institución, de hecho institucionalizado o burocratizado), pero también, a veces de manera sistemática, una aplicación discriminatoria de reglas que no lo son de por sí (pensemos en los controles más “minuciosos”, a las exigencias de “pruebas” adicionales, a la no consideración de algunos reclamos o a las sospechas *a priori* infligidos a los minoritarios). Esta situación es la que se llama a veces muy claramente, pero de forma un poco restrictiva, el “racismo de taquilla” y forma más generalmente parte del racismo *en* la institución, gozando a veces de una tolerancia general (la policía, la justicia o la aduana ofrecen ejemplos múltiples de este proceso, pero existe también en muchos servicios públicos o no, como los organismos de seguro social, los bancos, las empresas de seguro, etc.) Estas dos formas distintas de racismo conforman, cuando se cumulan, este verdadero “racismo institucional” o estructural que denuncian con razón sus víctimas.

Para ir más allá de la oposición, considerada a veces demasiado rígida, entre racismo individual y racismo institucional, algunos autores propusieron el concepto de “racismo sistémico”. Se presenta como el resultado o, más precisamente, como el punto de encuentro entre formas “interaccionales” y formas “estructurales” de racismo. Las primeras consisten en “micro-desigualdades” repetitivas y corrosivas, pero inatacables jurídicamente, y las segundas en reglas y procedimientos de tratamiento; ambas están incorporadas en las reglas éticas y socioculturales del funcionamiento ordinario de las instituciones, incluso de

las sociedades enteras. El interés de la noción de racismo sistémico es mostrar que cada tipo o modo de discriminación potencia a los demás, y mostrar también la multiplicidad de los actores individuales o colectivos que participan, incluidos, a menudo, sus víctimas mismas.

Racismo abierto, racismo encubierto, racismo simbólico

Aunque el punto de partida sea el mismo, la distinción entre racismo abierto y racismo encubierto (en inglés: *overt* y *covert racism*) sólo corresponde parcialmente con la que los primeros teóricos del racismo institucional llamaban racismo manifiesto y racismo oculto. El racismo “encubierto” consiste en manifestaciones no explícitas, indirectas y no violentas de racismo⁵ que se desarrollan en un contexto de reflujo –y de prohibición formal– de sus formas de expresión explícitas, directas y ofensivas.

Las investigaciones sobre este tema se desarrollaron sobretodo en el campo psico-sociológico. Permitieron echar luz sobre las modalidades de expresión ostensiblemente no-racistas de actitudes con un fondo racista subyacente. Por ejemplo, el racismo encubierto toma significativamente la forma de la negativa a expresar sentimientos positivos hacia tal o cual grupo minoritario, en vez de formular discursos negativos contra él; del deseo que se expulsen a los extranjeros delincuentes o ilegales, en vez de todos los “inmigrados”; de la exageración de las diferencias entre culturas y sistemas de valores, en vez de recurrir a las atribuciones “raciales”... El racismo encubierto también se caracteriza por tomas de posición “conformistas” (respeto de la ley e imposición de la asimilación cultural y normativa a los minoritarios) y una tendencia al *statu quo* (no hacer nada para mejorar la situación de los minoritarios, no modificar las leyes contra el racismo...).

Es difícil estudiar la expresión comportamental del racismo encubierto, pues la necesidad de cruzar sistemáticamente los indicadores constituye un obstáculo. Tenemos que admitir que, hoy en día, los mejores sociólogos de estos actos son sus propias víctimas. Chistes ambiguos, ironía suave, candidas sorpresas, segregación de hecho, denigración latente y sospechas gratuitas componen así la trama de relaciones de dominación que las instituciones, el universo del trabajo y la escena pública autorizan, siempre y cuando se expresen de este modo “encubierto”.

⁵ La expresión “racismo encubierto” no está “fijada”. Las mismas actitudes pueden ser calificadas, según los autores, como “racismo subyacente”, “racismo latente”, “racismo ordinario”...

El “racismo encubierto” es bastante cercano a lo que algunos autores designan con el nombre algo confuso de “racismo simbólico”. Esta forma de racismo consiste en un consentimiento de hecho, incluso activo, del orden racista real, sin intención de reforzarlo e incluso aceptando que se desarrollen las políticas menos coercitivas para reducirlo (educación, campañas de opinión, etc.). Los autores que recurren a esta noción buscan destacar la dimensión propiamente simbólica, y a menudo subestimada, de las relaciones sociales de dominación con base racista. En el racismo “simbólico”, existe sobretodo la negativa de ver afectada su propia existencia por medidas voluntaristas de lucha contra las desigualdades (por ejemplo, en los Estados Unidos, la negativa del *busing*, de la política de *affirmative action*, etc.). sin expresar ninguna hostilidad o prejuicio racista, esta forma de racismo aprueba la competición liberal y, generalmente de forma inconsciente, busca o apunta al *statu quo* —es decir, la perpetuación de la ventaja histórica de los dominantes. Los trabajos realizados hacen aparecer los comportamientos asociados con el racismo simbólico como una forma de egoísmo de clase y de “raza”, según una aceptación psico-sociológica a veces moralizante. Indican que es particularmente frecuente en las clases medias que tienen los recursos y las competencias para procurar zafarse de los efectos de las políticas de igualación de las oportunidades. El racismo simbólico parece también relacionado con las coyunturas en las cuales el riesgo de movilidad descendente intergeneracional se juzga importante. La comparación con las manipulaciones del mapa escolar en Francia, incluso por parte de “anti-racistas”, es evidentemente instructiva.

Discriminación directa e indirecta

Al hablar de discriminación, nos ubicamos en el campo de los actos, de los hechos y de su interpretación más que en el de las opiniones, las representaciones o los estereotipos. Sin embargo, la distinción entre discriminación directa e indirecta es más o menos el equivalente “comportamental” de la que distingue entre racismo abierto y racismo encubierto. La discriminación directa es inmediata e intencional: su función y su efecto es mantener o reforzar, sin tapujos, la inferioridad y la subordinación de los minoritarios. Por el contrario, la discriminación indirecta es un trato formalmente igualitario, pero que acaba estableciendo, cumpliendo o ratificando la desigualdad⁶. Volvemos a encontrar aquí el

⁶ Se lee a veces “discriminación voluntaria”, versus “involuntaria”.

modo de funcionamiento del racismo institucional o del racismo sistémico: los criterios discretos y rutinarios, las costumbres compartidas que forman el juicio y la evaluación, pueden tener un efecto tanto más desfavorable para los minoritarios que no tienen ningún medio legítimo para impugnarlos en su principio.

La noción de discriminación indirecta tampoco está exenta de ambigüedad por el estatus incierto que asigna a la “ausencia de intencionalidad”. De esta manera, y según los casos, se aplica a prácticas cuya premeditación está encubierta bajo argumentos aparentemente admisibles (por ejemplo, exigir para un empleo de empujada doméstica que la candidata “hable perfectamente francés”); a comportamientos de hecho indiferentes a sus efectos en materia de desigualdad (los problemas administrativos encontrados por las personas nacidas en países cuyos registros civiles han sido destruidos en las guerras), y a conductas cuyo efecto discriminatorio ni siquiera se percibe (ofrecer trabajo directamente a los conocidos en vez de publicar un aviso). De esta manera, algunos sociólogos anglohablantes y, en particular, los teóricos de la “elección racional”, prefieren distinguir entre la discriminación “categorial” (*categorical discrimination*), que corresponde a la discriminación directa, y la discriminación “estadística” (*statistical discrimination*), que se deduce de datos calculados, fruto de comportamientos cuya intencionalidad no se puede adivinar y que, por hipótesis, pueden considerarse como únicamente orientados hacia la maximización del beneficio personal.

A diferencia de las otras nociones con las cuales puede relacionarse, la de discriminación indirecta fue objeto en varios países, pero no en Francia, de transcripciones legislativas. En este caso el objetivo no es decidir sobre la cuestión de la intención cuando no puede ser comprobada, sino obligar a corregir, *nolens volens*, la desigualdad producida y averiguada, previendo sanciones solamente en caso de una negativa.

El tema de la discriminación indirecta es crucial y muy sensible. A través de ella se expresa buena parte del racismo contemporáneo, y a partir de su evaluación se elaboran políticas de corrección de las desigualdades “raciales” o étnicas (Estados Unidos, Gran Bretaña, Canadá...). Pero su evaluación plantea un problema, pues exige un examen de las desigualdades estructurales y de su reproducción, es decir el establecimiento de cifras que permitan observar la distribución étnica o “racial” de los empleos, las viviendas, el acceso a los servicios y prestaciones sociales y otros diversos recursos...

* * *

Las definiciones que hemos propuesto aquí forman el armazón que sirvió para analizar los datos empíricos recolectados durante varias encuestas, a partir de los cuales su validez fue experimentada. Le toca ahora al lector evaluar su pertinencia. Sea lo que fuere, no pretenden de ninguna manera ser inmutables. Por el contrario, piden ser criticadas, reformadas, o sobrepasadas.

Bibliografía del libro original

Adorno T. W. et al. (1964), *The Authoritarian Personality*, New York, Harper.

Allport G. W. (1954), *The Nature of Prejudice*, Cambridge (Mass.), Addison- Wesley Publishing Company.

Amselle J.-L., M'Boko1o E. (dir.) (1985), *Au Coeur de l'ethnie: ethnies, tribalisme et état en Afrique*, Paris, Éd. La Découverte, coll. « Textes à l'appui ».

Amselle J.-L. (1996), *Vers un multiculturalisme français. L'empire de la coutume*, Paris, Aubier.

Aubert F., Tripier M., Vourc'h F. (dir.) (1997), *Jeunes issus de l'immigration. De l'école à l'emploi*, Paris, CIEMI-L'Harmattan.

Aucouturier A.-L. (1993), « Contribution à la mesure de l'efficacité de la politique de l'emploi », *Travail et Emploi*, n° 55.

Balibar E., Wallerstein I. (1988), *Race, nation, classes: les identités ambiguës*, Paris, La Découverte.

Banton M. (1967), *Race Relations*, trad. franç., *Sociologie des relations raciales*, Paris, Payot, 1971.

Barth F. (dir.) (1969), *Ethnie Boundaries*, trad. franç. de l'introduction: « Les groupes ethniques et leurs frontières », in P. Poutignat et J. Streiff (1995), *Théories de l'ethnicité*, Paris, PUF, coll. « Le sociologue ».

Bataille P., Schiff C. (1997), « La Discrimination à l'embauche. Le cas du bassin d'Alés », *Annales de la Recherche urbaine*, n° 76.

Bataille P. (1997), *Le Racisme au travail*, Paris, La Découverte.

Becker H. (1963), *Outsiders. Sociologie de la déviance*, Paris, A.-M. Métailié, trad. franç., 1985.

Belbahri A. (1984), « Les Minguettes ou la surlocalisation du social », *Espaces et Sociétés*, n° 45.

Bernand C. (1992), « Ségrégation et anthropologie, anthropologie de la ségrégation » in *Le concept de ségrégation, Séminaire sur la ségrégation*, Paris, Plan construction et architecture et Réseau socio-économie de l'habitat (multigr.).

Body-Gendrot S. (1993), *Ville et violence. L'irruption de nouveaux acteurs*, Paris, PUF.

Bogardus E.-S. (1940), *The Development of Social Thought*, New York, London, Toronto, Longmans, Green & Co.

Bonnafoous S. (1991), *L'Immigration prise aux mots*, Paris, Kimé.

Borgogno V. (1990), «Le Discours populaire sur l'immigration. Un racisme pratique » *Peuples méditerranéens*, n° 51, avril-juin.

Borkowski J.-L. (1990), « L'Insertion sociale des immigrés et de leurs enfants », *Données sociales (INSEE)*.

Bourdieu P. (1979), *La Distinction*, Paris, Minuit.

Bourdieu P. (1982), *Leçon sur la leçon*, Paris, Minuit.

Bourdieu P. (1992), Entretien avec R.-P. Droit et T. Ferenczi., *Le Monde*, 14 janvier.

Bouvier P. (1989), *Le Travail au quotidien*, Paris, PUF.

Bovenkerk F. (1992), *Testing Discrimination in Natural Experiments. A Manual for International Comparative Research on Discrimination on the Grounds of « Race » and Ethnie Origin*, Genève, International Labour Office.

Brun J. et Chauviré y. (1990), «Des Frontières invisibles dans la ville: ségrégation et division sociale de l'espace » *Strates*, n° 5.

Brun J. et Rhein C. (dir.) (1994), *La Ségrégation dans la ville*, Paris, L'Harmattan.

Castel R. (1995), *Les Métamorphoses de la question sociale*, Paris, Fayard.

CERC (1999), «Immigration, emploi et chômage. Un état des lieux empirique et théorique » *Les dossiers de CERC-Association*, n° 3.

Chamboredon J.-c. et Lemaire M . (1970), « Proximité spatiale et distance sociale dans les grands ensembles » *Revue française de sociologie*, n° 1.

Cognet M. (1998), *Migrations, groupes d' « origine » et trajectoires : vers une ethnicisation des rapports socioprofessionnels ?* Thèse de doctorat de sociologie, Université Paris 7-Denis Diderot, mars.

Conseil d'État (1996), *Rapport public sur le principe d'égalité*, La Documentation française, « Études et documents », n° 48.

Corcuff P. (1991), « Éléments d'épistémologie ordinaire du syndicalisme », *Revue française de sciences politiques*, vol. 41, n° 4, août.

Corcuff P. (1995), « Quand le terrain prend la parole... Éléments de sociologie réflexive », *L'Homme et la Société*, n° 115, janvier-mars.

Cross M., Wrench J., Barnett S. (1990), *Ethnic Minorities and the Careers Service: An Investigation into Processes of Assessment and Placement*, Department of Employment Research Paper, London, n° 73. 204

Daum C. (1992), *L'immigration ouest-africaine en France : une dynamique nouvelle dans la vallée du fleuve Sénégal ?*, Rapport final, Paris, Institut Panos, juin.

Dejours C. (1998), *Souffrance en France. La banalisation de l'injustice sociale*, Paris, Seuil.

Dejours C. (1993), *Travail et usure mentale de la psychopathologie à la psychodynamique du travail*, nouv. éd. Bayard.

Demange J. (s.d.), *Citoyenneté de l'entreprise*, Paris, CNPF.

De Rudder V. (1987), *L' « Obstacle culturel: la différence et la distance »*, *L'Homme et la Société*, n° 77-78.

De Rudder V. (1990), « *La Cohabitation pluriethnique et ses enjeux* » *Migrants-Formation*, n° 80, mars.

De Rudder V. (1991), « *Le Racisme dans les relations interethniques* », *L'Homme et la Société*, n° 4.

De Rudder V. (1995), « *Emploi et exclusion : ce que dit le directeur de l'ANPE* », *Différences*, avril.

De Rudder V. (1997), « *Quelques problèmes épistémologiques liés à la définition des populations immigrantes et de leur descendance* », in F. Aubert, M. Tripier et F. Vourc'h (dir.), *Jeunes issus de l'immigration. De l'école à l'emploi*, Paris, CIEMI-L'Harmattan.

De Rudder V. en collab. avec M. Guillon (1987), *Autochtones et immigrés en quartier populaire*, Paris, CIEMI-L'Harmattan.

De Rudder V., Taboada-Leonetti I., Vourc'h F. (1990), *Immigrés et Français, stratégies*

d'insertion, représentations et attitudes, Rapport de recherche pour le ministère de l'Urbanisme, du Logement et des Transports et la Direction régionale de l'équipement d'Ile-de-France, CNRSURMIS (multigr.).

De Rudder v., Tripiet M. et Vourc'h F. (1995), La Prévention du racisme dans l'entreprise en France, Rapport pour la Fondation européenne pour l'amélioration des conditions de vie et de travail (Dublin), Paris, CNRSURMIS.

De Rudder V., Poiret c., Vourc'h F. (1997), La Prévention de la discrimination raciale, de la xénophobie et la promotion de l'égalité de traitement dans l'entreprise : une étude de cas en France, Rapport pour la Fondation européenne pour l'amélioration des conditions de vie et de travail (Dublin), CNRS-URMIS.

De Rudder V., Poiret c., Vourc'h F. (1998), «A Marseille, la "préférence locale" contre les discriminations à l'embauche », Hommes et Migrations, n° 1211, janvier-février.

De Rudder V., Poiret C. (1999), «Affirmative Action et "discrimination justifiée" : vers un universalisme en acte », Ph. Dewitte, Immigration et intégration : l'état des savoirs, Paris, Éd. La Découverte.

Desrosières A. (1997), «Du Singulier au général. L'argument statistique entre la science et l'État », in Conein et Thévenot (dir.), Cognition et information en société, Paris, Ed. de l'EHESS.

Dubet F. (1989), Immigrations: qu'en savons-nous ? Un bilan des connaissances, Paris, La Documentation française.

Dulong R. (1978), Les régions, l'État et la société locale, Paris, PUF, coll. « Politiques ».

Duncan O. et Duncan B. (1955), « A Methodological analysis of segregation indexes », American Sociological Review (20), 2.

Dupuy S. (1988), Le jardin secret des attributions, Paris, Médina (multigr.)

Echardour A. et Maurin E. (1993), Données sociales, Paris, INSEE.

Elias, N. (1970) (rééd., 1991), Qu'est-ce que la sociologie ?, Paris, Press Pocket.

Elias, N. (1970) (rééd., 1983), Engagement et distanciation, contribution à la sociologie de la connaissance, Paris, Fayard Press Pocket, coll. « Agora ».

Fattah (1981), « La Victimologie : entre les critiques épistémologiques et les attaques idéologiques », Déviance et Société, n° 5, janvier.

Fichet B. (1993), « La Distance sociale comme représentation chez Emory S. Bogardus », Cultures et Sociétés (Cahiers du CEMRIC), Université de Strasbourg 2, n° 3.

Filizzola G., Lopez G. (1995), Victimes et victimologie, Paris, PUF, « Que sais-je? », n° 3040.

Fix M., Struyk R.-J. (éd.) (1993), *Clear and Convincing Evidence. Measurement of Discrimination in America*, Washington DC (États-Unis), The Urban Institute Press.

Fremontier J. (1971), *La Forteresse ouvrière*, Paris, Fayard.

Gallissot R. (1985), *Misère de l'antiracisme*, Paris, Arcantère.

Gallissot R. (1987), « Les Minorités: égalité et différences, citoyenneté et nationalité », *Laïcité 2000*, Paris, Idilig, 1987.

Gallissot R. (1988), *La Place des étrangers dans le mouvement ouvrier français*, Paris, Note de synthèse pour la Mire (multigr.).

Gallissot R. (1994), « Nationalisme et racisme », in M. Fourier, G. Vermes (éd.), *Ethnicisation des rapports sociaux*, Paris, L'Harmattan, coll. « Espaces interculturels ».

Gallissot R., Boumaza N., Clément G. (1994), *Ces Migrants qui font le prolétariat*, Paris, Méridiens-Klincksieck, coll. « Réponses sociologiques ».

Gesnestier P. et Laville J.-L. (1994), « Au-delà du mythe républicain. Intégration et socialisation », *Le Débat*, Paris, Gallimard, n° 82, novembredécembre.

Giraud M., Marie c.-V. (1990), *Les Stratégies sociopolitiques de la communauté antillaise dans son processus d'insertion en France métropolitaine*, Rapport, Paris, Ministère de la Recherche. GISTI (1993), *Légiférer pour mieux tuer les droits*, Paris, GISTI. 206

GISTI (1994), « Les Discriminations dans l'emploi », contribution à l'European Guidelines to Good Employment Practice to Combat Discrimination, Paris, GISTI (multigr.).

Glaser B., Strauss A. L. (1967), *The Discovery of Grounded Theory. Strategies for Qualitative Research*, New York, Aldine.

Glazer N., Moynihan D. P. (ed.) (1975), *Ethnicity : Theory and Experience*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press.

Glele-Ahanhanzo M. (1996), *Rapport sur les formes contemporaines de racisme, de discrimination raciale, de xénophobie et de l'intolérance qui y est associée*, Commission des droits de l'Homme, ONU, avril.

Goblot E. (1925), *La Barrière et le niveau*, Paris, PUF (rééd., 1967).

Goffman E. (1963), *Stigmate. Les usages sociaux des handicaps*, Paris, Minuit (rééd., 1993).

Goffman E. (1968), *Asiles. Études sur la condition sociale des malades mentaux*, Paris, Minuit.

Grafmeyer Y. (1992), *Quand le Tout-Lyon se compte: Lignées, alliances, territoires*, Lyon,

Presses Universitaires de Lyon.

Grafmeyer Y. (1994), « Regards sociologiques sur la ségrégation », in J. Brun et Y. Chauviré (dir.), *La Ségrégation dans la ville*, Paris, L'Harmattan.

Grangeart C. (1994), *Emploi des publics issus de l'immigration*, Mosaïques.

Green N. (1985), *Les Travailleurs immigrés juifs dans le Paris de la Belle Époque*, Paris, Fayard.

Guillaumin C. (1972), *L'Idéologie raciste: genèse et langage actuel*, Paris-La Haye, Mouton.

Guillaumin C. (1979), « Question de différence », *Questions féministes*, n° 6.

Guillaumin C. (1981), « Femmes et théories de la société, remarques sur leurs effets théoriques de la colère des opprimés », *Sociologie et Sociétés*, vol. XIII, n° 2.

Henry F., Ginsberg E. (1985), *Who Gets the Work : A Test of Racial Discrimination in Employment*, The Urban Alliance on Race Relations, The Social Planning Council of Metropolitan Toronto, Canada (multigr.).

INSEE (1994), « Les Étrangers en France », *Contours et caractères*, Paris, INSEE, mai.

Jewson N., Mason D. (1997), « The Theory and Practice of Equal Opportunities Policies : Liberal and Radical Approaches », in A. Rattansi and R. Skellington (eds), *Racism and Antiracism. Inequalities, Opportunities and Policies*, Londres, Sage Publications.

Juteau-Lee D. (1999), « La Production de l'ethnicité ou la part réelle de l'idéal », *L'ethnicité et ses frontières*, Presses Universitaires de Montréal, p. 77-101.

Lacascade J.-L. (1979), « Analyse critique du concept de ségrégation spatiale et des discours sur la ségrégation », *Ségrégation spatiale*, Paris, Copedith.

Laperrière A (1997), « La Théorisation ancrée: démarche analytique et comparaison avec d'autres approches apparentées », in Poupart, Deslauriers, Groulx, Laperrière, Mayer, Pires, *La Recherche qualitative. Enjeux épistémologiques et méthodologiques*, Montréal, Gaétan Morin.

Le Bras H(1998), *Le Démon des origines: démographie et extrême droite*, Paris, Ed. De l'Aube.

Leclerc G. (1979), *L'Observation de l'homme. Une histoire des enquêtes sociales*, Paris, Seuil.

Linhart R. (1978), *L'Établi*, Paris, Éd. de Minuit.

Lochak D. (1987), « Réflexions sur la notion de discrimination », *Droit social*, n° II.

Lochak D. (1990), « Les Discriminations frappant les étrangers sont-elles licites? », *Droit social*, n° 1.

Lochak D. (1992), « Discrimination Against Foreigners Under French Law », Immigrants in Two Democracies: French and American Experiences, New York University Press.

Lochak D. (1999), « Les Droits des étrangers, entre égalité et discriminations », in P. Dewitte (dir.), Immigration et intégration, l'état des savoirs, Paris, La Découverte.

Lorcerie F. (1994), « Les Sciences sociales au service de l'identité nationale: le débat sur l'intégration au début des années 1990 », in D. C. Martin (dir.), Cartes d'identité. Comment dit-on « nous » en politique, Paris, Presses de la Fondation nationale de sciences politiques.

Lyon-Caen A (1990), « L'Égalité et la loi en droit du travail », Droit social, n° 1, 1990.

McKenzie E. (1994), Privatopia, Homeowner Associations and the Rise of Residential Private Government, New Haven and London, Yale University Press.

Maguer A, Berthet J.-M. (1997), Les Agents des services publics dans les quartiers difficiles. Entre performance et justice sociale, Rapport d'étude, La Documentation française.

Marchand O. (1992), « La main-d'oeuvre étrangère en France », Revue française des affaires sociales (numéro hors série: L'immigration en France: données, perspectives).

Massey D.-S., Denton N. (1992), American Apartheid, Harvard University Press.

Maurin E. (1991), « Les Étrangers: une main-d'oeuvre à part? », in « Les étrangers en France », Économie et Statistiques (INSEE, Paris), n° 242, avril. 208

Merton R. K. (1965), Social Theory and Social Structure (chap. 9: « The Self-fulfilling Prophecy »), New York, The Free Press [trad. et adaptation françaises par H. Mendras] (1997), Éléments de théorie et de méthode sociologique (chap. 6: « La prédiction créatrice »), Paris, Armand Colin, coll. « U ».

Miles M., Huberman A.-M. (1991), Analyses de données qualitatives: recueil de nouvelles méthodes, Bruxelles, De Boeck.

Murard M., Moulière M. (1997), Le Travail des uns et le souci des autres. Les relations des CAF avec les allocataires précaires, Rapport à la CNAF. Laboratoire du changement social, Université Paris 7-Denis Diderot (multigr.).

Neveu C. (1997), « Les Schémas locaux d'intégration ou les ambiguïtés de l'innovation. Le FAS Nord -Pas-de-Calais comme laboratoire? », in F. Lorcerie (éd.), Politiques publiques et minorités, Éd. LCDJ. Noiriel G. (1988), Le Creuset français. Histoire de l'immigration XIX^e-XX^e siècle, Paris, Seuil.

Olender M. (1981), « Les Langues du paradis », in M. Olender (dir.), Le Racisme, mythes et sciences, Bruxelles, Éd. Complexes.

Park R.-E. (1926), « La Communauté urbaine : un modèle spatial et un ordre moral », trad. in Y.

Grafmeyer et I. Joseph (1979), L'École de Chicago. Naissance de l'écologie urbaine, Paris, Éd. du Champ urbain.

Payet J.-P. (1995), Collèges de banlieue. Ethnographie d'un monde scolaire, Méridiens-Klincksieck.

Peneff J. (1992), L'Hôpital en urgence : étude par observation participante, Paris, Métailié.

Pinçon M., Pinçon-Charlot M. (1989), Dans les beaux quartiers, Paris, Seuil.

Poiret, c., Voure'h F. (1997), Université Paris 8, insécurité et rapport à l'environnement, Rapport à la Présidence de Paris 8, Saint-Denis, Profession Banlieue.

Poiret C. (1996), Familles africaines en France. Ethnicisation, ségrégation, communalisation, Paris, CIEMI-L'Harmattan.

Poiret C. (1997), «Attention, un cycle migratoire peut en cacher un autre! », Revue européenne des migrations internationales, n° 1.

Quiminal C. (1991), «Le long voyage des femmes du fleuve Sénégal », Hommes et Migrations, n° 1141, mars.

Quiminal C. (1993), Mode de constitution des ménages polygames et vécu de la polygamie en France, Rapport à la Direction des populations et des migrations, Paris.

Rawls J. (1971), A Theory of Justice, trad. franç. (1987), Théorie de la justice, Paris, Seuil.

Ray J.-E. (1990), « L'Égalité et la décision patronale », Droit social, n° 1.

Roncayolo M. (1972), «La Division sociale de l'espace: méthodes et procédés d'analyse », Bulletin de l'Association des géographes français, n° 395-396.

Sama D.-J. (1978), «From immigrants to ethnies: Toward a new theory of ethnicization », Ethnicity, n° 5. Sayad A. (1994), «Qu'est-ce que l'intégration? », Hommes et Migrations, n° 1182, décembre.

Schnapper D . (1991), La France de l'intégration. Sociologie de la nation en 1990, Paris, Gallimard.

Schor R. (1985), L'Opinion française et les étrangers en France, 1918-1939, Paris, Publications de la Sorbonne.

Simmel G . (1908), «Digr,essions sur l'étranger », trad. in Y. Graffmeyer et I. J?sel?h(1979), L'École de Chicago. Naissance de l'écologie urbaine, Pans, Ed. du Champ urbain.

Simon P.-J. (1993), «Du bon usage des définitions », in Vocabulaire historique et critique des relations interethniques. Pluriel-Recherches, fasc. n° 1.

Simon P. (1993), «Nommer pour agir », Le Monde, 28 avril.

Simon P. (1998), «La Discrimination: contexte institutionnel et perception par les immigrés », Hommes et Migrations, n° 1211, février.

Streiff-Fenart J. (1998), «Racisme et catégorisation sociale », Quelles initiatives contre le racisme « ordinaire », Saint-Denis, Profession Banlieue. Taguieff P.-A. (1988), La Force du préjugé. Essai sur le racisme et ses doubles, Paris, La Découverte.

Taguieff P.-A. (1992), «Nationalisme, réactions identitaires et communauté imaginée », Hommes et Migrations, n° 1154

Taguieff P.-A. (1997), Le Racisme, Paris, Flammarion, coll. « Dominos ».

Thermes J. (1999), Essor et déclin de l'affirmative action, les étudiants noirs à Harvard, Yale et Princeton, Paris, Éd. du CNRS.

Thomas W. 1. (1918-1920), The Polish Peasant in Europe and America, rééd. New York, Dover Publications, 1958.

Thomas W. 1. (1923), The Unadjusted Girl, New York.

Tribalat M. (00.) (1991), Cent ans d'immigration. Étrangers d'hier, Français d'aujourd'hui, Paris, PUF-INED ((travaux et documents », n° 131).

Tribalat M. (dir.) (1995), Faire France, Paris, La Découverte.

Tribalat, M. (1996), De l'Immigration à l'assimilation, Paris, La Découverte-INED.

Tripier M. (1990), L'Immigration dans la classe ouvrière en France, Paris, CIEMI-L'Harmattan.

Tripier M., De Rudder V., Vourc'h F. (1995), «Les Syndicats face aux nouvelles discriminations », Hommes et Migrations, n° 1187, mai.

Verret M. (1979), L'Espace ouvrier, Paris, Armand Colin.

Vourc'h F., De Rudder M., Tripier M. (1994), «Racisme et discriminations dans le travail: une réalité occultée », L 'Homme et la Société, n° 3-4. 210

Weber M. (1922), Économie et société, trad. franç. Paris, Plon, 1971 (rééd. 1995).

Wilson W.-J. (1987), The Truly Disadvantaged : The Inner City, the Underclass and Public Policy, University of Chicago Press, trad. franç., LeOubliés de l'Amérique, Desclée de Brouwer, 1994.

Wirth L. (1928), Le Ghetto, trad. franç. , Grenoble, Le Champ urbain, 1980.

Wrench J. (1996), Preventing Racism at the Workplace : A Report on 16 European Countries,

European Foundation for Improvement of Living and Working Conditions, Dublin.

Wrench J. (1997 a), Recueil européen de bonnes pratiques pour la prévention de la discrimination raciale et de la xénophobie, et pour la promotion de l'égalité de traitement sur le lieu de travail, European Foundation for the Improvement of Living and Working Conditions, Dublin.

Wrench J. (1997 b), « Des Problèmes dans le passage de l'école à l'emploi chez les jeunes issus de l'immigration au Royaume-Uni », in F . Aubert, M. Tripier, F. Vourc'h (dir.), Jeunes issus de l'immigration. De l'école à l'emploi, Paris, CIEMI-L'Harmattan.

Yamgnane K. (1992), Droits, devoirs et crocodile, Paris, Robert Laffont.

“Discurso y Racismo”

Teun A. Van Dijk

Traducción inicial de Christian Berger, Escuela de Psicología, Universidad Alberto Hurtado (chile). Revisado por Oscar Quintero para la presente publicación. Cesión gratuita y no exclusiva de la Revista y del autor para la presente edición.

Teun VAN DIJK: " Discurso y Racismo", *Persona y Sociedad*. Universidad Alberto Hurtado, Instituto Latinoamericano de doctrina y estudios sociales, ILADES. Vol. XVI, n° 3, Diciembre de 2002, pp. 191-205. Artículo original en inglés: David Goldberg & John Solomos (Eds.), *The Blackwell Companion to Racial and Ethnic Studies*. Oxford: Blackwell, 2001.

Copyright: © *Persona y Sociedad*, 2002.

Introducción

Para la mayoría de la gente, y probablemente también para muchos lectores de este texto, la noción de racismo no se asocia inicialmente a la de discurso. Asociaciones más obvias serían discriminación, prejuicio, esclavitud o *apartheid*, entre muchos otros conceptos relacionados con la dominación étnica o “racial” y la desigualdad tratada a lo largo de este escrito.

Ahora bien, aunque el discurso puede parecer sólo “palabras” (y por lo tanto no puede romper sus huesos como lo harían los palos y las piedras), el texto y la charla juegan un papel vital en la reproducción del racismo contemporáneo.

Esto es especialmente verdad para las formas más perjudiciales de racismo contemporáneo, a saber, las de las élites. Las élites políticas, burocráticas, corporativas, mediáticas, educativas y académicas controlan las dimensiones y decisiones más cruciales de la vida cotidiana de las minorías y los inmigrantes: entrada, residencia, trabajo, vivienda, educación, bienestar, salud, conocimiento, información y cultura. Realizan este control en gran parte hablando o escribiendo, por ejemplo, en las reuniones de gabinete y las

discusiones parlamentarias, en entrevistas de trabajo, en los noticieros, anuncios, lecciones escolares, libros de textos, artículos científicos, películas o *talk shows*, entre muchas otras formas de discurso de la élite.

Es decir, al igual que es cierto para otras prácticas sociales dirigidas contra minorías, el discurso puede ser en primera instancia una forma de discriminación verbal. El discurso de la élite puede constituir así una forma importante de racismo de la élite. De la misma manera, la (re)producción de los prejuicios étnicos que fundamentan dichas prácticas verbales así como otras prácticas sociales ocurre en gran parte a través del texto, de la charla y de la comunicación.

En suma, especialmente en las sociedades de la información contemporáneas, el discurso se aloja en el corazón del racismo. Este capítulo explica cómo y por qué eso es así.

Racismo

Para entender con cierto detalle cómo el discurso puede contribuir al racismo, primero necesitamos resumir nuestra teoría del racismo. Mientras que el racismo se reduce a menudo a la ideología racista, aquí se entiende como un sistema societal complejo de dominación fundamentado étnica o racialmente, y su consecuente inequidad (para mayor detalle, ver Van Dijk, 1993).

El sistema del racismo está compuesto por un subsistema social y uno cognitivo. El subsistema social está constituido por prácticas sociales discriminatorias a nivel local (micro), y por relaciones de abuso de poder por parte de grupos dominantes, de organizaciones y de instituciones dominantes en un nivel global (macro) de análisis (la mayoría de los análisis clásicos respecto del racismo se focalizan en este último nivel; ver, por ejemplo, a Dovidio y a Gaertner, 1986; Essed, 1991; Katz y Taylor, 1988; Wellman, 1993; Omi y Winant, 1994).

Según lo sugerido arriba, el discurso puede ser un tipo influyente de práctica discriminatoria. Y las élites simbólicas, es decir, esas élites que literalmente tienen la palabra en la sociedad, así como sus instituciones y organizaciones, son un ejemplo de los grupos implicados en abusos de poder o dominación.

El segundo subsistema del racismo es cognitivo. Mientras que las prácticas discriminatorias de los miembros de grupos y de instituciones dominantes constituyen las manifestaciones visibles y tangibles del racismo cotidiano, tales prácticas también tienen una base mental que consiste en modelos parciales de eventos e interacciones étnicas, las cuales por su parte se encuentran enraizadas en prejuicios e ideologías racistas (Van Dijk, 1984, 1987, 1998). Esto no significa que las prácticas discriminatorias son siempre intencionales, sino solamente que presuponen representaciones mentales socialmente compartidas y negativamente orientadas respecto de Nosotros sobre Ellos. La mayoría de los estudios psicológicos sobre el “prejuicio” abordan este aspecto del racismo, aunque raramente en esos términos, es decir, en términos de su papel en el *sistema* social del racismo. El prejuicio se estudia generalmente como una característica individual (Brown, 1995; Dovidio & Gaertner, 1986; Sniderman, Tetlock & Carmines, 1993; Zanna & Olson, 1994).

El discurso también desempeña un papel fundamental para esta dimensión cognitiva del racismo. Los prejuicios e ideologías étnicas no son innatos, y no se desarrollan espontáneamente en la interacción étnica. Se adquieren y se aprenden, y esto sucede generalmente a través de la comunicación, es decir, a través del texto y la charla. De la misma forma, en sentido inverso tales representaciones mentales racistas típicamente se expresan, formulan, defienden y legitiman en el discurso y pueden por lo tanto reproducirse y compartirse dentro del grupo dominante. Es esencialmente de esta manera en que el racismo es “aprendido” en la sociedad.

Discurso

Definición

Si carecemos de conocimiento sobre el racismo, no sabemos cómo el discurso está implicado en su reproducción diaria. Esto es igualmente cierto para nuestro conocimiento sobre el discurso. Esta noción ha llegado a ser tan popular, que ha perdido mucho de su especificidad. “Discurso” es entendido aquí solamente para significar un evento comunicativo específico, en general, y una forma escrita u oral de interacción verbal o de uso del lenguaje, en particular. “Discurso” se utiliza a veces en un sentido más genérico para denotar un tipo de discurso, una colección de discursos o de una clase de géneros discursivos, por ejemplo, cuando hablamos de “discurso médico”, de “discurso político” o, de hecho, de “discurso racista”. (Para una introducción al análisis contemporáneo del discurso, ver los capítulos respectivos en Van Dijk, 1997).

Aunque se utiliza a menudo de esa manera, no entendemos por discurso una filosofía, una ideología, un movimiento social o un sistema social, como sucede en frases tales como “el discurso del liberalismo” o “el discurso de la modernidad”, a menos que nos refiramos realmente a colecciones de conversaciones o textos.

En un sentido “semiótico” más amplio, los discursos pueden incluir también expresiones no verbales tales como dibujos, cuadros, gestos, mímica, etc. Sin embargo, en honor a la brevedad, éstos no serán considerados aquí, aunque se da por entendido que los mensajes racistas pueden transmitirse también por las fotos, las películas, los gestos despectivos u otros actos no-verbales.

Análisis estructural

Los discursos tienen variadas estructuras, las cuales también se pueden analizar de diversas maneras dependiendo de las distintas perspectivas generales (lingüística, pragmática, semiótica, retórica, interaccional, etc.) o el tipo de género analizado, por ejemplo conversación, informes de noticias, poesía o los anuncios publicitarios. Se asumirá aquí que tanto el texto escrito/impreso como la charla oral pueden analizarse así en distintos niveles o a través de varias dimensiones. Cada uno de éstos puede estar directamente o

indirectamente implicado en una interacción discriminatoria contra miembros de grupos minoritarios o a través de un discurso sobre ellos, por ejemplo de las siguientes maneras:

- Estructuras no-verbales: un cuadro racista; un gesto despectivo; un titular o aviso destacado que acentúa significados negativos sobre “Ellos”.
- Sonidos: una entonación insolente; levantar la voz.
- Sintaxis: (des) enfatizar la responsabilidad sobre la acción, por ejemplo, a través de oraciones activas contra oraciones pasivas.
- Léxico: seleccionar palabras que pueden ser más o menos negativas sobre “Ellos”, o positivas sobre “Nosotros” (por ejemplo, “terrorista” versus “luchador por la libertad”).
- Significado local (de una oración): por ejemplo siendo vago o indirecto sobre nuestro racismo, y detallado y preciso sobre sus crímenes o conductas impropias.
- Significado global del discurso (temas): seleccionando o acentuando asuntos positivos para Nosotros (como ayuda y tolerancia), y negativos para Ellos (tales como crimen, desviación o violencia).
- Esquemas (formas convencionales de organización global del discurso): presencia o ausencia de categorías esquemáticas estándar – tales como una resolución en un esquema narrativo, o una conclusión en un esquema argumentativo para acentuar Nuestras Buenas cosas y Sus Malas cosas.
- Dispositivos retóricos, tales como metáfora, metonimia, hipérbole, eufemismo, ironía, etc. – nuevamente para centrar la atención en la información positiva/negativa sobre Nosotros/Ellos.
- Actos de habla: por ejemplo, acusaciones tendientes a denigrar a Ellos, o defensas para legitimar Nuestra discriminación.
- Interacción: interrumpir exposiciones de Otros, terminar reuniones antes de que los Otros puedan hablar, discrepar con los Otros, o no responder a sus preguntas, entre muchas otras formas de discriminación interaccional directa.

Aunque no muy detallada ni sofisticada, esta breve lista de niveles y de algunas estructuras del discurso da una primera aproximación a la manera en que el discurso y sus varias estructuras pueden ligarse a algunos aspectos del racismo. Nótese también que los ejemplos

datos demuestran también la clase polarización grupal que también conocemos por prejuicios subyacentes, a saber, la tendencia total hacia el favoritismo por el endogrupo y una autopresentación positiva, por una parte, y hacia una derogación del exogrupo o una hetero-presentación negativa, por otra parte.

En otras palabras, con las muchas estructuras sutiles de los significados, de forma y acción, el discurso racista acentúa generalmente Nuestras cosas buenas y Sus cosas malas, y des- enfatiza (atenúa, oculta) Nuestras cosas malas y Sus cosas buenas. Este cuadrado 'ideológico' general se aplica no solamente a la dominación racista, sino que en general a la polarización endogrupo-exogrupo en prácticas sociales, discursos y pensamientos.

La interfaz cognitiva

Una teoría adecuada del racismo es no reductora en el sentido en que no limita el racismo sólo a la ideología o formas “visibles” de prácticas discriminatorias. Lo anterior también es cierto para la manera en que el discurso está implicado en el racismo. Este es especialmente el caso para los “significados” del discurso, y por lo tanto también para las creencias, es decir, para la cognición. Los discursos no son solamente formas de interacción o prácticas sociales, sino que también expresan y transmiten significados y pueden, por lo tanto, influenciar nuestras creencias sobre los inmigrantes o las minorías.

Así, el punto del análisis de las estructuras del discurso planteado más arriba, no sólo está planteado para examinar las características detalladas de un tipo de práctica social discriminatoria, sino también obtener un conocimiento más profundo sobre la manera en que los discursos expresan y manejan nuestras mentes. Es especialmente esta interfaz discurso-cognición lo que explica cómo los prejuicios étnicos y las ideologías se expresan, transmiten, comparten y reproducen en la sociedad. Por ejemplo, una oración pasiva puede obscurecer nuestra responsabilidad en los modelos mentales que nos formamos sobre un acontecimiento racista, un tipo especial de metáfora (por ejemplo en "una invasión de refugiados") puede realzar la opinión negativa que tenemos sobre Otros, y un eufemismo tal como “resentimiento popular” puede atenuar la auto-imagen negativa que una expresión

tal como “racismo” podría sugerir. De esta y muchas otras maneras, las estructuras del discurso mencionadas anteriormente pueden influenciar los modelos mentales específicos que tenemos sobre acontecimientos étnicos, o las representaciones sociales más generales (actitudes, ideologías) que tenemos sobre nosotros mismos y sobre los Otros. Y una vez que tales representaciones mentales han sido influenciadas de la manera prevista por un discurso racista, pueden ser utilizadas también articulando e integrándose en otras prácticas racistas. Es de esta manera que el círculo del racismo y su reproducción se cierra.

El contexto social: las élites

La investigación sugiere que la reproducción discursiva del racismo en la sociedad no está distribuida uniformemente entre todos los miembros de la mayoría dominante. Además de analizar sus estructuras y sus respaldos cognitivos, es esencial examinar algunas características del contexto social del discurso, tales como quiénes son sus hablantes y escritores. Hemos sugerido varias ocasiones en este capítulo que las élites desempeñan un papel especial en este proceso de reproducción (para detalles, ver Van Dijk, 1993). Esto no porque las élites sean generalmente más racistas que las no-élites, sino principalmente debido a su acceso especial a las formas más influyentes de discurso público –a saber, los medios de comunicación de masas, la política, la educación, la investigación y las burocracias- y su control sobre ellos. Nuestra definición de estas élites se plantea entonces no en términos de los recursos materiales que son la base del poder, tales como la riqueza, ni simplemente en términos de su posición societal de liderazgo, sino en términos de los recursos simbólicos que definen el "capital simbólico", y particularmente por su acceso preferencial al discurso público. Las élites, definidas de esta manera, son literalmente el(los) grupo(s) en la sociedad que tiene "más que decir", y por ende tienen también un “acceso preferencial a las mentes” del público general. Como los líderes ideológicos de la sociedad, ellos establecen valores, metas y preocupaciones comunes; formulan el sentido común como también el consenso, tanto a nivel de los individuos como también a nivel de los líderes de las instituciones dominantes de la sociedad.

Esto también es verdadero para el ejercicio del poder “étnico” - en el cual la mayoría dominante necesita ser orientada en sus relaciones con las minorías o los inmigrantes. Dado nuestro análisis del papel de las élites “simbólicas” en la sociedad contemporánea, concluimos que también tienen un papel especial en la reproducción del sistema del racismo que mantiene al grupo blanco dominante en el poder. Esto significa que un análisis del discurso de la élite ofrece una perspectiva particularmente relevante respecto de la manera en que el racismo se reproduce en la sociedad.

Al mismo tiempo, sin embargo, es necesario un análisis sociológico y político adicional para examinar en mayor detalle cómo las élites simbólicas se relacionan con la población en general, incluyendo la incorporación y la traducción de la confusión popular o el resentimiento en las formas del discurso racista dominante que consideran como las más relevantes para mantener su propio poder y estatus. Por ejemplo, la crítica al desempleo y al decaimiento urbano en contra de las élites (políticas) puede así ser desviada atribuyéndosela a los inmigrantes.

Formas más extremas de racismo popular, organizadas o no en partidos políticos, pueden entonces ser denunciadas públicamente para proteger así su propia imagen de no-racista y propagar formas más “moderadas” de racismo en los partidos dominantes. No es sorprendente, por lo tanto, que los partidos racistas sean “idiotas útiles” y, en relación con los valores y principios democráticos, raramente prohibidos. Los variados procesos sociales y políticos pueden detectarse fácilmente en un análisis de los discursos de la élite en las sociedades contemporáneas.

Por supuesto, esta perspectiva especial respecto del papel que juegan las élites en la reproducción del racismo, basada en el simple argumento de que éstas controlan el discurso público, explica también el papel de los pequeños grupos de élites en las formas no-dominantes de *anti-racismo*. Si es generalmente verdad que los líderes son responsables y necesitan dar un buen ejemplo, esta conclusión también implica que las políticas y el cambio anti-racista no deberían centrarse tanto en la población general, sino en quienes

proclaman necesitarlo menos: las élites. Si las formas más influyentes de racismo están en la cúspide, es también allí donde el cambio tiene que comenzar.

El papel del contexto

El actual análisis del discurso enfatiza en el papel fundamental del contexto para la comprensión del rol del texto y de la charla en la sociedad. Como se mencionará repetidamente en este escrito, los discursos dominantes no ejercen su influencia solamente fuera de contexto. Al definir discurso como eventos comunicativos, debemos considerar también, entre otros, los dominios sociales generales en los cuales se utilizan (política, medios de masas, educación), las acciones sociales globales que son abordadas por ellos (legislación, educación), las acciones locales que decretan, la definición de los tiempos y plazos, lugar y circunstancias, los participantes implicados, así como también sus muchos papeles sociales y comunicativos y sus membresías (por ejemplo como grupo étnico) y, por último pero no menos importante, las creencias y metas de estos participantes. Estas y otras propiedades de la situación social del evento comunicativo influenciarán virtualmente todas las características del texto y de la conversación, especialmente aquellas características que puedan variar, por ejemplo su estilo: *cómo* son dichas las cosas. Es decir, los mismos prejuicios pueden formularse de maneras muy diversas dependiendo de éstas y otras estructuras del contexto -por ejemplo, en el discurso del gobierno o en debates parlamentarios, grandes alocuciones o actuaciones, de la izquierda o a la derecha, etcétera. En otras palabras, la gran variedad de discursos racistas en la sociedad no sólo refleja variables representaciones sociales subyacentes, sino especialmente adaptación a diversos contextos productivos: quién dice qué, dónde, cuándo y con qué objetivos. Una teoría del contexto también explica en parte porqué a pesar del consenso étnico dominante no todas las conversaciones sobre minorías serán iguales.

Conversación

Luego de una introducción más teórica sobre la manera en que el discurso está implicado en el racismo y su reproducción, presentaremos ahora algunos ejemplos de los varios géneros cuyo rol respecto del racismo ha sido estudiado.

Un género es un *tipo* de práctica social discursiva, definido generalmente por las estructuras específicas del discurso y las estructuras del contexto según lo explicado más arriba. Por ejemplo, un debate parlamentario es un género discursivo definido por un estilo específico, formas específicas de interacción verbal (charla) bajo limitantes contextuales especiales de tiempo y de control de los hablantes, en el dominio de la política, en la institución del Parlamento, como parte del acto de la legislación total, desarrollado por los hablantes que son Congresistas, representantes de sus distritos electorales así como de los miembros de sus partidos políticos, con el objetivo (por ejemplo) de defender u oponerse a determinadas propuestas, con estilos formales en el tratamiento y en las estructuras argumentativas que sustentan un punto de vista político... Y éste es simplemente un breve resumen de una definición particular de un género, la cual generalmente necesita tanto una especificación textual como una contextual.

De la misma manera, la conversación cotidiana es un género, probablemente el género más elemental y más extenso de la interacción y del discurso humanos, definido típicamente por la carencia de los varios limitantes institucionales mencionados anteriormente para los debates parlamentarios. De hecho, virtualmente todos tenemos acceso a las conversaciones, mientras que solamente los Congresistas tienen acceso a los debates parlamentarios. Mucho de lo que aprendemos sobre el mundo se deriva de tales conversaciones cotidianas con familiares, amigos y colegas. Lo mismo es verdadero para los prejuicios e ideologías étnicos.

El estudio de conversaciones de la gente blanca en los Países Bajos y California sobre los inmigrantes (Van Dijk, 1984, 1987), demuestra algunas características interesantes. Frente a preguntas casuales sobre su vecindario, muchos hablantes comienzan espontáneamente a hablar sobre "esos extranjeros", a menudo negativamente (véase también los siguientes

estudios sobre conversaciones racistas: Jäger, 1992; Wetherell Y Potter, 1992; Wodak, et al, 1990).

Mientras que las conversaciones cotidianas son a menudo sobre otras personas, en las cuales cualquier cosa puede entrar en la conversación, los *temas* sobre las minorías o los inmigrantes se limitan a menudo a algunos tipos, a saber, aquellos que cada vez más tienen una connotación negativa como lo son la Diferencia, la Desviación y la Amenaza. Así, los exogrupos étnicos son referidos en primer lugar en términos de lo diferente en que actúan y se perciben respecto de Nosotros -diferentes costumbres, lengua, religión o valores. Una tal conversación puede todavía ser neutra en el sentido que tales diferencias no son necesariamente evaluadas de forma negativa; de hecho, las diferencias se pueden plantear incluso en una manera “positiva” como siendo interesantes, exóticas y culturalmente enriquecedoras. A menudo, sin embargo, diversas características serán evaluadas negativamente al compararlas con las del endogrupo. Por otra parte, se puede hablar de los Otros más negativamente en términos de la desviación, es decir, de romper nuestras normas y valores; esto se aprecia típicamente en Europa en observaciones negativas sobre el Islam, o en la manera en que los hombres árabes tratan a las mujeres. Finalmente, se puede hablar sobre los inmigrantes o las minorías de forma aún más negativa en términos de una amenaza, por ejemplo, en historias sobre la agresión o el crimen, o al presentarlos como quienes nos quitan nuestros trabajos, viviendas o espacios, o (especialmente en el discurso de la élite) cuando son vistos como amenazantes para “nuestra” cultura dominante.

Mientras que los temas son significados que caracterizan conversaciones enteras o grandes partes de ellas, un análisis semántico local de las conversaciones diarias sobre minorías o inmigrantes revela otras características interesantes. Una de las más conocidas es los *disclaimers*; estos son jugadas (*moves*) semánticas con una parte positiva sobre Nosotros, y una parte negativa sobre Ellos, tales como:

- Negación aparente: no tenemos nada en contra de los negros, pero...
- Concesión aparente: algunos de ellos son inteligentes, pero en general...
- Empatía aparente: por supuesto que los refugiados han tenido problemas, pero...

- Ignorancia aparente: no sé, pero...
- Excusas aparentes: perdón, pero...
- Inversión (culpar a la víctima): no ellos, sino nosotros somos las verdaderas víctimas.
- Transferencia: a mí no me importa, pero mis clientes...

Vemos que estas jugadas locales instalan dentro de una oración las estrategias totales (globales) de la auto-presentación positiva (favoritismo del endogrupo) y de la hetero-presentación negativa (menoscabo del exogrupo). Obsérvese que algunas negaciones son llamadas “aparentes” aquí, porque la primera y positiva parte parece funcionar principalmente como una forma de cuidar la imagen y manejar las impresiones: el resto del texto o del fragmento se focalizará en las características negativas de los Otros, contradiciendo así la primera parte “positiva”.

De la misma manera, podemos examinar varias otras dimensiones de conversaciones cotidianas sobre minorías. Encontramos de esta manera que en las *estructuras narrativas* de historias negativas cotidianas sobre inmigrantes, normalmente faltaba la categoría de la resolución. Esto se puede interpretar como un dispositivo estructural que realza precisamente los aspectos negativos de la categoría de la complicación de una historia: historias que tienen resoluciones (positivas) de los problemas o conflictos son menos eficientes que las historias que se quejan sobre los Otros.

De la misma manera, las historias también tienen a menudo el papel de premisas que presentan los “hechos” innegables de la experiencia personal en las argumentaciones que conducen a conclusiones negativas sobre las minorías. Resulta innecesario plantear que tales argumentaciones están repletas de falacias. Así, las declaraciones negativas sobre los Otros serán fundamentadas típicamente por la jugada de autoridad que dice que la gente “lo vio en la TV”. Al igual que los prejuicios son representaciones sociales negativas estereotipadas, los argumentos en sí mismos pueden ser estereotipados y convencionales. Así, se describirá típicamente a los refugiados como una “carga financiera” para Nuestra sociedad, sugiriendo que mejor sean cuidados “en su propia región”, disuadidos de venir

porque aquí pueden “sufrir por resentimiento popular”, o recomendándoles permanecer en su propio país “para ayudar a construirlo y desarrollarlo”.

Finalmente, incluso en los niveles superficiales del manejo real de la conversación, por ejemplo al tomar turnos para hablar, en la fluidez, etc., podemos observar que los hablantes blancos parecen demostrar inseguridad o inquietud; por ejemplo, por el uso adicional de vacilaciones, pausas y sus reparos y explicaciones, cuando tienen que nombrar o identificar minorías.

Como hemos planteado antes, éstas y otras propiedades del discurso sobre los Otros tienen tanto condiciones, funciones y consecuencias interaccionales-sociales, así como también cognitivas. De esta forma, el menoscabo del exogrupo es en sí mismo una práctica social y discriminatoria, pero al mismo tiempo sus manifestaciones discursivas expresan los prejuicios subyacentes, que pueden en último término contribuir a la formación o confirmación de tales prejuicios en los oyentes.

Informes de noticias

Las conversaciones cotidianas son el lugar natural del racismo popular diario. Dado que las personas comunes no tienen control activo sobre el discurso público de la élite, generalmente no tienen más “que decir” o “que hacer” contra los Otros que hablando negativamente con ellos y sobre ellos. Por supuesto, los estereotipos y los prejuicios étnicos, de la misma manera que los rumores, pueden así expandirse rápidamente.

Sin embargo, como se planteó antes, gran parte de las conversaciones cotidianas se inspira en los medios de comunicación. Los hablantes se refieren rutinariamente a la televisión o al periódico como su fuente (y autoridad) del conocimiento o de las opiniones sobre las minorías étnicas. Esto es particularmente cierto para aquellos temas que no pueden observarse directamente en la interacción cotidiana, incluso en aquellos países o ciudades étnicamente heterogéneas. La inmigración es un ejemplo prominente, en el cual la mayoría de los ciudadanos depende de los medios de comunicación, los que a su vez dependen de

políticos, de burócratas, de la policía o de las agencias del estado. Obviamente, en ciudades, regiones o países con pocas minorías, virtualmente todas las creencias sobre los Otros surgen del discurso de los medios de comunicación, de la literatura, los libros de texto, de los estudios y otras formas de discurso de la élite. En otras palabras, no sólo para los ciudadanos comunes sino también para las propias élites, los medios de comunicación son actualmente la fuente primaria del conocimiento y la opinión “étnica” en la sociedad.

No es sorprendente, por lo tanto, que la representación de las minorías en los medios tales como la televisión, los periódicos y las películas, haya sido investigada extensivamente (Dates y Barlow, 1990; Jäger y Link, 1993; Hartmann y Husband, 1974; Van Dijk, 1991). Gran parte de los trabajos anteriores es de análisis de contenido – es decir, investigación cuantitativa respecto de características observables del texto o de la conversación, tales como qué tan a menudo son retratados los miembros de un grupo étnico específico en las noticias o la publicidad, y en qué roles. Estos estudios ofrecen un cierto acercamiento general, pero no nos dicen detalladamente *cómo* los medios retratan exactamente a las minorías o a las relaciones étnicas. El análisis sofisticado del discurso puede proporcionar tal estudio, y también puede realmente explicar porqué el discurso de los medios tiene las estructuras que tiene, y cómo éste afecta las mentes de la audiencia. Sólo de esta manera lograremos un conocimiento que nos permita adentrarnos en el papel fundamental de los medios en la reproducción del racismo.

Si nos centramos más específicamente en el género de los medios que está en la base de la mayoría de las creencias sobre las minorías, es decir las noticias, podemos proceder de una manera similar a la presentada anteriormente respecto de las conversaciones. Es decir, examinamos cada uno de los niveles identificados antes, y buscamos las estructuras o las estrategias que parecen típicas para las representaciones de los Otros en los medios.

Los informes de noticias en la prensa, por ejemplo, tienen una estructura esquemática convencional que consiste en categorías tales como el Resumen (título + encabezado), los Eventos Centrales, la Fundamentación (acontecimientos previos, contexto, historia), los Comentarios y la Evaluación. Así, podemos centrarnos en los *encabezados* y ver si estos

resúmenes típicos de los informes de noticias son diferentes cuando se refieren a las minorías que cuando están referidos a miembros del grupo dominante. Siguiendo la lógica ideológica introducida más arriba, podemos por ejemplo asumir que los títulos en las noticias tienden a enfatizar las características negativas de las minorías. Muchas investigaciones han demostrado efectivamente esto. En un estudio holandés, por ejemplo, encontramos que de 1500 títulos relacionados con temas étnicos, ninguno era positivo cuando implicaba a minorías como agentes activos y responsables, mientras esto era completamente normal cuando uno de Nosotros era el agente semántico en un encabezado. De la misma manera, la sintaxis de los títulos puede sesgarse en favor del endogrupo, por ejemplo, cuando las construcciones pasivas disminuyen su responsabilidad sobre acciones negativas.

Los títulos resumen la información más importante de un informe de noticias, y por lo tanto expresan también el tema central. El análisis adicional de estos significados totales del discurso confirma lo que encontramos ya en las conversaciones cotidianas, las cuales aparentemente parecen seguir a los medios en este sentido (y viceversa, los medios en un sentido reflejan también la creencia del sentido común), a saber, que los *temas* se pueden clasificar como temas sobre Diferencia, Desviación y Amenaza. Si hacemos un listado con los temas noticiosos “étnicos” más importantes en diversos países occidentales, o países donde los europeos son dominantes, surge siempre una lista estándar de asuntos preferidos, como:

- Inmigración y recepción de los recién llegados;
- Asuntos socioeconómicos; (des)empleo;
- Diferencias culturales;
- Crimen, violencia, drogas y desviación;
- Relaciones étnicas; discriminación.

En otras palabras, de los muchos temas posibles, encontramos otra vez una lista corta y estereotipada en la cual las categorías son definidas generalmente de una manera negativa. Así, la inmigración se define siempre como un problema fundamental, y nunca como un

desafío, considerado solamente como un favor al país, asociado a menudo a una carga financiera. Lo mismo es verdadero para otros asuntos principales. El crimen o los asuntos relacionados con éste, tales como las drogas, está virtualmente siempre entre los cinco temas centrales de representaciones de las minorías – incluso centrándose en lo que se considera como un crimen étnico “típico”, tal como el tráfico y la venta de drogas, pero también lo que se define como "terrorismo político" (por ejemplo en relación con los árabes). Las diferencias culturales tienden a ser enfatizadas en demasía, y las semejanzas culturales ignoradas. Incluso la discriminación y el racismo, que podrían proporcionar una visión más equilibrada de los aspectos “negativos” de la sociedad, son raramente noticias sobre la prevalencia de la discriminación y del racismo en la sociedad, pero en cambio en la mayoría de los casos sobre el resentimiento popular (muy raramente o nunca sobre racismo de la élite), sobre casos individuales de discriminación, por ejemplo en el trabajo, o sobre partidos racistas extremistas. Es decir, la discriminación y el racismo, cuando se discute o aborda en el discurso de la élite, siempre se sitúa *en otra parte*.

Mientras que los temas son indudablemente lo más importante, y al mismo tiempo el aspecto más memorable de las noticias, estos simplemente nos dicen *qué* divulgan los medios sobre asuntos étnicos, pero no *cómo* lo hacen. Aunque tenemos menor conocimiento detallado respecto de los aspectos locales del significado, del estilo y de la retórica de las noticias relacionadas con la “raza”, hay algunos descubrimientos que parecen ser bastante confiables.

Hemos observado ya para los títulos, que la responsabilidad puede realizarse o fundamentarse a través de oraciones activas o pasivas. De la misma manera, la fundamentación puede expresarse en nominalizaciones o en el orden de las palabras en la oración. Nuevamente, la estrategia (en gran parte no deliberada) que determina tales estructuras locales es la tendencia polarizada y combinada de la autopresentación positiva y la hétero-presentación negativa. Así, podemos encontrar referencias al “resentimiento” o a la “discriminación” en el país, pero no siempre se menciona contra *quién* se resiente de, o *a quién* se discrimina, como si la discriminación o el racismo fuera fenómenos de la naturaleza en vez de prácticas de los miembros del grupo dominante.

Además de los aspectos de las formas discursivas superficiales (sintaxis), es el rico sistema de *significados* el que especialmente incorpora las muchas creencias subyacentes que representan los modelos mentales de los eventos étnicos, o de forma más general, comparte las representaciones sociales sobre los grupos étnicos o sobre las relaciones étnicas. Siguiendo el ya familiar marco ideológico, podemos entonces esperar, y de hecho encontrar, que por lo general la información que es positiva sobre Nosotros, o negativa sobre Ellos será destacada, y viceversa. Semánticamente, esto significa que dicha información tenderá a ser explícita más bien que implícita, precisa más bien que vaga, específica más bien que general, evidente más bien que supuesta, detallada en vez de desarrollada a través de abstracciones. Así, Nuestra intolerancia, racismo cotidiano o discriminación serán divulgados raramente en detalles concretos, pero Sus crímenes, violencia y desviación sí lo serán.

Considerando la interfaz cognitiva discutida más arriba, suponemos que tales estructuras del significado son una función de las representaciones mentales subyacentes, las cuales simplemente retratan los eventos étnicos y los grupos étnicos de esa manera. Estas pueden ser, *ad-hoc*, modelos mentales personales con opiniones personales, pero también estereotipos, prejuicios e ideologías extensamente compartidos. Y entre menos estos sean concientes (como es comúnmente el caso para formas más sutiles de racismo), más estará el consenso entrelazado con las ideologías étnicas dominantes. De hecho, el análisis detallado de las noticias sobre eventos étnicos proporciona una rica fuente para el estudio de la cognición social contemporánea.

Nótese, sin embargo, que lo que la gente dice y piensa en el discurso no es solamente una función directa de sus creencias étnicas, sino también una función del *contexto*, tal como el *setting*, el género, los hablantes/escritores, las audiencias, etcétera. Así, las noticias sobre asuntos étnicos en periódicos serios y en los tabloides son muy diferentes por esas razones contextuales, incluso si los modelos mentales subyacentes de los periodistas sobre los acontecimientos étnicos fueran los mismos. Estas diferencias del contexto se manifiestan especialmente en las superficiales estructuras variables del estilo (exposición, sintaxis, léxico, dispositivos retóricos).

Los informes de noticias también tienen una dimensión intertextual importante. La elaboración de las noticias se basa en gran parte en el procesamiento de una gran cantidad de fuentes, tales como otros informes de noticias, ruedas de prensa, entrevistas, estudios, etcétera. Tal intertextualidad en los informes de noticias se muestra a través de varias formas de citación y otras referencias a otros discursos. De esta forma, no sorprende que los periódicos tomen generalmente fuentes de la élite (blancas) (por ejemplo, del gobierno, de los intelectuales o de la policía) como si fueran más creíbles y valiosas que las fuentes de los miembros de los grupos minoritarios. De hecho, los grupos minoritarios tienen poco acceso directo a los medios. Si son citados, siempre son acompañados por declaraciones de miembros del grupo mayoritario creíble. Declaraciones sobre la discriminación y el racismo serán a menudo degradadas al dudoso estado de alegaciones.

Mientras que éstos y muchos otros aspectos de las noticias que se divulgan sobre la raza expresan y reproducen actitudes e ideologías étnicas dominantes, y por lo tanto influyen crucialmente al racismo, debe enfatizarse que la problematización y la marginalización de las minorías no sólo ocurre en las noticias, sino también en la sala de edición. Especialmente en Europa Occidental, los reporteros principales son virtualmente siempre europeos blancos. No sorprende que éstos seguirán un golpe noticioso, buscarán fuentes, y creerán opiniones que son consistentes con sus propias creencias y las de otros miembros de su grupo, y mucho menos aquellas de los grupos minoritarios. Asimismo, hasta ahora los periodistas de la minoría han tenido menor acceso a los medios, especialmente en posiciones de liderazgo. Como hemos visto, las élites, especialmente en Europa, son virtualmente siempre blancas, y también controlan los contenidos, las formas, el estilo y los propósitos de las noticias y del periodismo. No es sorprendente, por lo tanto, que los medios de comunicación de masas, y especialmente la prensa sensacionalista de derecha, sean en mayor medida parte del problema que parte de la solución del racismo.

Libros de texto

Podría decirse que después de los medios de comunicación de masas, el discurso más influyente en la sociedad es el educativo, especialmente cuando se refiere a la comunicación de creencias que no son transmitidas generalmente a través de la conversación cotidiana o los medios. Todos los niños, adolescentes y adultos jóvenes se ven confrontados diariamente a muchas horas de estudio y libros de texto - los únicos libros que son lectura obligatoria en nuestra cultura. Es decir, no hay ninguna institución o discurso comparable respecto de aquél que se inculca masivamente en la escuela.

La mala noticia es que esto también es cierto para las lecciones sobre Ellos - los inmigrantes, los refugiados, las minorías y la población del Tercer Mundo -, y que tales discursos son a menudo muy estereotipados y, en ocasiones, claramente prejuiciosos. La buena noticia es que no hay dominio o institución en la sociedad en donde los discursos alternativos tengan mayores posibilidades de desarrollarse que en la educación.

Muchos estudios se han desarrollado en torno a la representación de las minorías y de la población del Tercer Mundo en libros de textos. Incluso simples análisis de contenido han demostrado repetidamente que tal representación, por lo menos hasta hace poco tiempo, tiende a ser sesgada, estereotipada y eurocéntrica, y en los libros de texto anteriores incluso explícitamente racista (Blondin, 1990; Klein, 1985; Preiswerk, et al., 1980; Van Dijk, 1993).

Según lo sugerido, mucho ha cambiado en los libros de texto contemporáneos. Mientras que los libros anteriores virtualmente ignoraban o marginaban a las minorías, por lo menos hasta el final de los años 80, y a pesar de su presencia prominente en el país al igual que en la sala de clase. Los libros de texto actuales sobre ciencias sociales, como también en otros campos, parecen finalmente haber descubierto que también existen minorías sobre las cuales escribir. Y mientras que la información sobre Nosotros, que podría ser negativa (tal como el colonialismo), comúnmente era ignorada o atenuada, existe hoy una tendencia a desear enseñar a los niños también sobre los aspectos menos gloriosos de “Nuestra” historia o sociedad.

Si bien esto es una tendencia, aún se encuentra lejos de ser la regla. Muchos libros de texto contemporáneos en muchos países occidentales siguen siendo básicamente eurocéntricos: no sólo nuestra economía o tecnología, sino también nuestras opiniones, valores, sociedades y políticas son invariablemente superiores. Continúan repitiendo los estereotipos sobre las minorías y otras poblaciones no europeas. Los países del Tercer Mundo tienden a ser tratados de una manera homogénea, a pesar de las enormes diferencias existentes entre ellos. Al igual que en el caso en la prensa, los Otros son asociados invariablemente a Problemas, para los cuales sin embargo Nosotros tendemos a ofrecer una solución. Todo esto es igualmente cierto para las minorías *dentro* del país, sobre las cuales se refiere en gran parte en términos de diferencias culturales y de desviación, y raramente en términos de su vida diaria, trabajo, y sus contribuciones tanto a la cultura como a la economía. Finalmente, las tareas asignadas en el libro de texto también ignoran demasiado la presencia de niños de la minoría en la sala de clase, o bien, puede hablarse de éstos como Ellos, y no siempre tratarles como parte de Nosotros.

Estas y muchas otras características de los libros de texto no son obviamente una preparación ideal para la adquisición de las creencias étnicas que preparan adecuadamente a los niños para las sociedades contemporáneas, cada vez más multiculturales y diversas, en Europa Occidental, Norteamérica y en otras partes donde los europeos son excesivamente dominantes respecto de los no europeos. De igual manera que para los medios y la población adulta, los libros de texto y las lecciones basadas en ellos forman el crisol discursivo para la reproducción diaria de las creencias étnicas negativamente polarizadas, y de las prácticas a menudo discriminatorias basadas en ellas. Hemos planteado que el racismo es aprendido y no natural o innato. Este proceso de aprendizaje comienza ya en la escuela.

Discurso político: debates parlamentarios

Finalmente, entre las élites simbólicas influyentes de la sociedad, es decir, aquellas que tienen acceso especial a, y control sobre, el discurso público, debemos mencionar finalmente a los políticos. De hecho algunas veces, incluso ante los medios de

comunicación, los políticos prominentes tienen ya preformulada una definición respecto de la situación étnica. Algunas instituciones gubernamentales, tales como el Servicio de Inmigración y la policía, como también las burocracias que las sostienen, son a menudo las primeras “en hablar realmente” con los nuevos inmigrantes, así como también en hablar sobre ellos. Tal discurso llegará rápidamente a ser oficial, tanto en cuanto a significado/contenido como a estilo, y será adoptado rutinariamente por los medios que cubren a estas agencias e instituciones, propagando así las definiciones dominantes respecto de la situación étnica entre la población en general. También, dependiendo de partidos y de contextos políticos, tales discursos pueden otra vez ser estereotipados, sesgados e incluso racistas, o bien tomar de hecho una posición disidente, antirracista, basada en los derechos humanos, el multiculturalismo y la diversidad (véase, por ejemplo, a Hargreaves y a Leaman, 1995; Hurwitz Y Peffley, 1998; Solomos, 1993).

Históricamente, el discurso político sobre los Otros, ya sean las minorías dentro del país, o bien los no-europeos en los países del Tercer Mundo o en las colonias, ha sido una de las formas evidentes de racismo en el discurso de la élite (Lauren, 1988). Al menos hasta la Segunda Guerra Mundial, los líderes políticos despreciaban abiertamente a personas de origen asiático o africano, y explícitamente manifestaban su superioridad blanca y occidental. También debido al Holocausto y a la Segunda Guerra Mundial, y como resultado del descrédito de las creencias racistas debido a su uso por parte de los nazis, el discurso político de la posguerra ha llegado a ser cada vez menos evidente en la derecha, y más antirracista en la izquierda. Este desarrollo, sin embargo, no debe considerarse como una forma constante de progreso, considerando que en los años noventa el discurso problematizador y estigmatizador sobre los refugiados e inmigrantes ha reaparecido abiertamente, incluso en los partidos dominantes.

El análisis de los debates parlamentarios sobre minorías, inmigración, refugiados y temas étnicos en general, muestra muchas características que son consistentes con las de otros discursos de la élite que hemos examinado anteriormente (Van Dijk, 1993). Específicamente para este género discursivo, sus características de contexto son, por supuesto, especiales: el dominio político, la institución del parlamento, el acto de la

legislación política en su totalidad, los participantes en muchos roles diversos (políticos, miembros del partido, parlamentarios, representantes, miembros de la oposición, etc.), y los actos locales implicados, como por ejemplo defender u oponerse a algún determinado proyecto dando un discurso, criticando al gobierno, atacando a los oponentes, etcétera.

Grandes partes de los debates parlamentarios sobre la inmigración y asuntos étnicos se organizan en función de estas dimensiones del contexto. Así, las estrategias populistas conversacionales, en las cuales se invoca la voluntad de la gente, por ejemplo, para restringir la inmigración, son por supuesto una función de la posición de los parlamentarios quienes necesitan votos para permanecer en el parlamento o para alinearse con la línea de partido. Las posturas respecto a las políticas étnicas que se toman y defienden en el parlamento, así, no son en principio opiniones personales, sino expresiones de las actitudes políticas compartidas por el partido. Y los temas de debate son aquellos que forman parte de la discusión respecto de la legislación actual, por ejemplo ocuparse de alguna ley de inmigración, o de la llegada de refugiados de Bosnia o de Kosovo.

El contexto político define de igual modo el nacionalismo que se hace evidente en las discusiones sobre inmigración y minorías. De la misma manera en que encontramos “*disclaimers*” en la conversación cotidiana, los discursos parlamentarios pueden comenzar con largas secciones de auto-presentación positiva en la forma de glorificación nacionalista de las “largas tradiciones de tolerancia” o de la “hospitalidad para el oprimido”. Pero, por supuesto, “no podemos dejarlos entrar a todos”, “no tenemos los recursos”, etc. Es decir, el resto de tales discusiones será a menudo absolutamente negativo cuando se refiera a la caracterización de los otros o a la legitimación de futuras restricciones para la inmigración. Ésta es por lo menos la voz dominante - porque de vez en cuando también encontramos voces más tolerantes, anti-racistas, disidentes, que apelan a los derechos humanos y a los principios universales.

Estructuralmente hablando, los debates parlamentarios son secuencias organizadas de alocuciones, por parte de hablantes del gobierno y de la oposición respectivamente. Dadas las posiciones y los roles políticos respectivos, cada hablante se referirá “a” un tema

específico, tal como un acontecimiento étnico reciente o una ley, y argumentará a favor o en contra de determinadas posiciones, por ejemplo, aspectos de la política pública sobre temas étnicos o sobre la inmigración. Esto significa que tales debates y sus alocuciones serán principalmente argumentativos y retóricos.

Aparte de la conocida retórica del nacionalismo, del populismo o de los derechos humanos mencionada mas arriba, lo que es quizás lo más fascinante de los debates parlamentarios sobre la inmigración son las *jugadas argumentativas*, por ejemplo las que se utilizan para legitimar las restricciones de inmigración. Muchos de estos movimientos se han convertido en argumentos estándar o *topoi*, tal como la referencia a nuestra (la del “hombre blanco”) carga financiera, la lamentable referencia al “resentimiento” en el país, la sugerencia de recibir a los refugiados en su propio país, la necesidad de escuchar la voluntad de la gente, etcétera. De la misma manera, tales argumentaciones están repletas de *falacias* de varios tipos. La credibilidad por sobre la verdad es utilizada al referirse a fuentes autorizadas o a líderes de opinión, tales como los intelectuales o la iglesia. Ejemplos seleccionados, pero emocionalmente eficaces, del fraude de la inmigración o de la tortura por parte de regímenes extranjeros, son utilizados para argumentar en contra o a favor de leyes liberales de inmigración para los refugiados, en ambos casos cayendo en la falacia de la generalización con base en casos singulares. Una vez más, la estrategia global en la selección de las jugadas argumentativas es auto-presentación positiva y hétero-presentación negativa. Los Otros pueden ser no solamente los inmigrantes, pero también aquellos miembros de los partidos políticos (opositores) que defienden sus derechos, o viceversa, aquellos que son señalados por infringir tales derechos.

Los debates parlamentarios son públicos, tanto en el expediente y como en lo oficial. Esto significa que tanto el contenido como el estilo son estrictamente controlados, especialmente en los discursos escritos. En los debates espontáneos hay menos formalidad, con una gran variación según los países: en Francia tales discusiones pueden ser acaloradas, con muchas interrupciones, cortes, y muchos estilos retóricos, a diferencia de los Países Bajos y de España, donde los debates parlamentarios son formales y corteses. Esto también se aplica a los significados y al estilo de los debates sobre minorías e inmigración.

El autodomínio y la exposición pública prohíben por ejemplo formas explícitas de menoscabo o de selección léxica que sea obviamente sesgada. Esto significa que tal discurso oficial raramente aparecerá muy racista. Por el contrario, la tolerancia y el entendimiento pueden ser tematizados en exceso. Pero hemos visto que esto puede ser también una jugada, una negación que introduce nuevos temas negativos. Y para legitimar las restricciones a la inmigración, los oradores necesitan explicar porqué los inmigrantes o la inmigración son negativas para el país, y una declaración tan global puede ser presentada solamente a través de la estrategia general, ejecutada en todos los niveles del discurso, de la hétero-presentación negativa. Así, también en el parlamento habrá referencias al fraude, a las drogas o al crimen de los inmigrantes, así como a las diferencias y a los conflictos culturales, o al impacto desastroso en el mercado de trabajo.

Observaciones finales

En suma, vemos que los discursos públicos influyentes, a saber aquellos de las élites y de las instituciones de la élite, muestran una gran cantidad de características similares. Éstos no solamente reflejan modelos mentales subyacentes similares y representaciones sociales compartidas por las élites, sino que también formas similares de interacción social, de comunicación, de persuasión y de opinión pública. Las diferencias son principalmente contextuales, es decir, dependen de las metas, de las funciones o de los participantes implicados en ellas. Pero dadas estas metas similares, a saber, la manipulación de la opinión pública, la legitimación y la toma de decisiones, podemos asumir que estructuras y estrategias muy similares estarán trabajando en tales tipos de discurso. Encontraremos temas estereotipados, *topoi* convencionales, “*disclaimers*” que encubren y por lo tanto manejan la impresión que se genera; todos ellos se articulan sobre falacias argumentativas similares, hacen selecciones léxicas similares al hablar sobre Ellos, o utilizan las mismas metáforas para enfatizar algunas de sus (malas) características. Todas estas diversas estructuras en diversos niveles, y de diversos géneros, de la élite, contribuyen a la estrategia global de la auto-presentación positiva y de la hétero-presentación negativa. Hemos visto que tales estructuras pueden derivar de- y orientarse hacia la construcción de las mismas

estructuras mentales, es decir, actitudes e ideologías negativas en torno a las minorías y la inmigración. Y considerando que, tanto entre las élites así como entre la población en general, tales cogniciones dominantes del grupo inspirarán nuevamente discursos y prácticas sociales igualmente negativos, podemos comenzar a entender cómo el discurso, y especialmente el discurso público de la élite, está implicado de manera crucial en la reproducción del racismo.

BIBLIOGRAFÍA

BLONDIN, D. (1990). *L'apprentissage du racisme dans les manuels scolaires*. Montréal, Québec: Editions Agence d'Arc.

BROWN, R. (1995). *Prejudice: Its social psychology*. Oxford: Blackwell Publishers.

DATES, J. L., y Barlow, W. (Eds.). (1990). *Split image: African Americans in the mass media*. Washington, DC: Howard University Press.

DOVIDIO, J. F., y GAERTNER, S. L. (Eds.). (1986). *Prejudice, discrimination, and racism*. Orlando, FL: Academic Press.

ESSED, P. (1991). *Understanding everyday racism: An interdisciplinary theory*. Newbury Park: Sage Publications.

HARGREAVES, A. G., y LEAMAN, J. (Eds.). (1995). *Racism, ethnicity, and politics in contemporary Europe*. Aldershot: Elgar.

HARTMANN, P., y HUSBAND, C. (1974). *Racism and the mass media*. London: Davis-Poynter.

HURWITZ, J., y PEFFLEY, M. (Eds.). (1998). *Perception and prejudice: Race and politics in the United States*. New Haven: Yale University Press.

JAGER, S. (1992). BrandSätze. *Rassismus im Alltag*. ('Brandsätze' - Inflammatory Sentences / Firebombs. Racism in everyday life). DISS-Studien. Duisburg: DISS.

JAGER, S., y LINK, J. (1993). *Die vierte Gewalt. Rassismus und die Medien*. (The Fourth Power. Racism and the Media). Duisburg: DISS.

KATZ, P. A., y TAYLOR, D. A. (Eds.). (1988). *Eliminating racism: Profiles in controversy*. New York: Plenum Press.

- KLEIN, G. (1985). *Reading into racism: Bias in children's literature and learning materials*. London Boston: Routledge & Kegan Paul.
- LAUREN, P. G. (1988). *Power and prejudice. The politics and diplomacy of racial discrimination*. Boulder, CO: Westview Press.
- OMI, M., y WINANT, H. (1994). *Racial formation in the United States. From the 1960s to the 1990s*. London: Routledge.
- PREISWERK, R. (1980). *The Slant of the pen: Racism in children's books*. Geneva: Programme to Combat Racism, World Council of Churches.
- SNIDERMAN, P.M., TETLOCK, P. E., y CARMINES, E. G. (Eds.). (1993). *Prejudice, politics, and the American dilemma*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- SOLOMOS, J. (1993). *Race and racism in Britain*. New York: St. Martin's Press.
- VAN DIJK, T. A. (1984). *Prejudice in discourse: An analysis of ethnic prejudice in cognition and conversation*. Amsterdam Philadelphia: J. Benjamins Co.
- VAN DIJK, T. A. (1987). *Communicating racism: Ethnic prejudice in thought and talk*. Newbury Park, CA: Sage Publications, Inc.
- VAN DIJK, T. A. (1991). *Racism and the press*. London, New York: Routledge.
- VAN DIJK, T. A. (1993). *Elite discourse and racism*. Newbury Park, CA: Sage Publications, Inc.
- VAN DIJK, T. A. (1998). *Ideology. A multidisciplinary study*. London: Sage.
- VAN DIJK, T. A. (Ed.). (1997). *Discourse studies: A multidisciplinary introduction*. London (England: Sage Publications.
- WELLMAN, D. T. (1993). *Portraits of white racism*. Cambridge: Cambridge University Press.
- WETHERELL, M., y POTTER, J. (1992). *Mapping the language of racism: Discourse and the legitimation of exploitation*. New York: Columbia University Press.
- WODAK, R., NOWAK, P., PELIKAN, J., GRUBER, H., de CILUA, R., y MTTEN, R. (1990). *"Wir sind alle unschuldige Täter". Diskurshistorische Studien zum Nachkriegsantisemitismus* ("We are all innocent perpetrators" Discourse historic studies in post war antisemitism). Frankfurt/Main: Suhrkamp.
- ZANNA, M.P., y OLSON, J.M. (Eds.). (1994). *The psychology of prejudice*. The Ontario Symposium.

*Cuaderno de trabajo AFRODESC / EURESCL N°8,
Estudiar el racismo. Textos y herramientas, México, 2010*